

TEJIDO DE FAVORES

Asuntos pendientes

Alex A. Moresti



Índice de contenido

TEJIDO DE FAVORES

—1—

—2—

—3—

—4—

—5—

—6—

—7—

—8—

—9—

—10—

—11—

—12—

—13—

—14—

AGRADECIMIENTOS

OTRAS PUBLICACIONES

TEJIDO DE FAVORES

ASUNTOS PENDIENTES

ALEX A. MORESTI

Con las persianas abiertas para que entre la suficiente luz, pero con las cortinas corridas para que no se me vea desde la calle; con una música suave puesta en mi iPad para ambientar sin que me impida ser escuchada, sentada sobre el colchón de mi cama con las piernas cruzadas y el portátil cerca de mis rodillas, sonrío mientras aparto un mechón rubio de la peluca que tapa parte de mi cara, mando un beso a cámara a un tal tigre⁴⁵ que me acaba de mandar doscientas monedas mientras escribía que quería un beso mío dedicado, doy las buenas noches a mirón⁷⁵ que se acaba de conectar, y al que estoy acostumbrada a leer en cada una de mis sesiones, y reprendo a obsceno²⁷ por su manera de dirigirse a mí.

—Aquí soy yo la que marca los ritmos. Si quieres algo, haz una petición y adjunta monedas.

Varios espectadores aplauden mi carácter y algunos añaden una pequeña cantidad de monedas a mi contador del día. Acaricio con la yema de los dedos mis pezones para que se sigan mostrando firmes y capten la atención de mi audiencia mientras me muerdo mis labios de forma sensual. El gesto hace que el flujo de monedas a mi marcador aumente. Doy un sorbo de agua para calmar un poco la sed de llevar hablando más de media hora a la cámara y para mantener el tono húmedo del carmín de mi boca.

Uno de mis observadores se decide a pedirme un privado. En cada sesión suele ser habitual que un buen número de espectadores quiera aportar monedas para tener una conversación subida de tono a solas conmigo, más íntima, en la que hacerme proposiciones más directas o confesarme sus más oscuras fantasías conmigo, y no hay noche que no acabe aceptando cuatro o cinco de estas conversaciones a solas, para aumentar mis ganancias, aunque a veces tenga que rechazar peticiones de espectáculos privados en vivo o citas a ciegas que no me interesan.

Despidiéndome momentáneamente del resto de espectadores, la acepto. Las peticiones por privado suelen ser las que más monedas suben a mi marcador, y hoy ando un poco baja en la clasificación diaria.

—Hola, guapo, ¿tienes alguna petición en especial? —digo, una vez que nuestra conversación no puede ser escuchada por el resto mientras me humedezco los labios con la lengua, intentando insinuarme.

—Hola, Gema. Porque eres Gema, ¿verdad?

—Mi nombre es Sweet_Lady —respondo, a pesar de que mi corazón se ha puesto a latir a doscientas pulsaciones, al oír mi nombre en un lugar donde pretendo mantenerlo en secreto.

—Vamos, Gema, soy Roberto, el hermano de Javier. Llevo años intentando localizarte. Reconocería ese tatuaje de tu espalda en cualquier sitio. Aunque nunca pensé encontrármelo aquí.

—¿Roberto? ¡Oh, Dios! —exclamo, tapándome las tetas en un acto reflejo, sin caer en la cuenta de que llevo más de quince minutos enseñándolas y, sin duda, él ya las ha estado mirando.

—Solo quiero hablar contigo. Cara a cara. Antes de que desaparecieras, te dije que podía ayudarte a acabar con mi hermano, pero después de lo que pasó te fuiste de la ciudad y cambiaste de teléfono.

—¿Y qué haces en esta página? Bueno, déjalo. Da igual. ¡Qué vergüenza, por Dios! —Intento ponerme la blusa, que ha quedado tirada sobre mi cama mientras emitía en directo, pero con los nervios no consigo encontrar las mangas y termino poniéndomela con las costuras hacia fuera. El chat general se llena de mensajes protestando porque me cubra, pero no les presto atención.

—Por la vergüenza no te preocupes. Dime cómo puedo hablar contigo. Creo que aún puedes terminar con la carrera de mi hermano y yo estoy dispuesto a ayudarte.

Han pasado dos años desde que mi exmarido y Stela me traicionaron. Dos años en los que mi vida ha estado más centrada en salir del pozo en el que ellos me metieron que en cumplir la palabra que le di de que nuestra historia no había terminado.

Tras la traición de ambos, me quedé sin trabajo en la redacción del periódico. Mi jefe no tardó ni una hora en confirmarme que había sido despedida. Era mala imagen, me dijo. Que mi cara gimiendo apareciera en portada de toda la prensa, incluida la que yo consideraba mía y que saliera en todos los medios televisivos abriendo informativos, programas de prensa rosa y de debate tampoco ayudó mucho.

Durante semanas fui titular en la prensa y motivo de tertulia en los medios de comunicación a nivel nacional. Javier siempre aparecía como el pobre hombre traicionado. Yo, como el burro que se niega a avanzar, fui llevándome todos los palos.

Cuando llegaron las elecciones, Javier arrasó en las urnas. Su pose de hombre engañado por su propia esposa y la imagen del partido de la oposición, dispuesto a confabularse con semejante bruja a cambio de ganar una alcaldía, le hicieron conseguir la victoria más amplia jamás obtenida. Los militantes de su partido, que ya no nuestro, acudieron a votar en masa. Los votantes del partido de la oposición prefirieron quedarse en casa antes que traicionar sus ideales o abrumados por la vergüenza.

Nuestro divorcio fue un visto y no visto. Estaba tan asqueada que preferí quedarme sin nada a tener que encontrarme con él en repetidas sesiones con los abogados. No quería nada suyo. No quería ni verlo. Su abogado se frotó las manos y el mío se llevó las suyas a la cabeza. Me dio igual, solo quería largarme de allí.

En medio de una depresión, cogí mis pocas pertenencias y me marché a vivir a Madrid, con la esperanza de que en la capital tuviera más fácil encontrar un trabajo. El centro neurálgico del país es el mejor sitio para una buena periodista como yo. Por desgracia, las noticias viajan más rápidas que el AVE y todos los medios de comunicación ya conocían la historia de Gema Romero. Ninguno quiso darme la oportunidad de trabajar para ellos.

Siempre he sido cabezota y obstinada y me negué a dejar de lado la profesión por la que siempre he sentido vocación. Por fortuna, existe Internet y las redes sociales y, si alguien quiere escribir noticias, solo tiene que abrirse un blog. Lo difícil luego es que te lean y, más difícil aún, que esas noticias y ese blog te den dinero para pagar el alquiler de un piso en Madrid.

Desde la llegada de los chats, las redes sociales y los blogs, no hay persona en el mundo que no tenga una doble identidad. Una con la que nació, y con la que sale a la calle, y otra con la que puede ser quien siempre soñó y con la que se desenvuelve en las redes. En mi caso, la identidad con la que siempre había soñado era con la que salía a la calle cuando era periodista. En Internet, me tuve que limitar a inventarme un personaje, como si mis días fueran parte de un libro en el que poder escribir sin que nadie supiera quién se encontraba tras mi avatar y mis letras. Por primera vez en mi vida, tenía más credibilidad siendo una desconocida que siendo yo misma.

Empecé creándome un perfil en Facebook y otro en Twitter con mi nueva personalidad. Después, abrí un blog en el que fui colgando artículos de opinión sobre las noticias que leía en la prensa. No tardé en darme cuenta de que casi nadie me leía, así que me centré en conseguir seguidores. Empecé a seguir a gente, periodistas, políticos, presentadores de televisión, medios de comunicación y bloggers que, como yo, escribían noticias e intentaban informar a su manera.

Poco a poco empezaron a llegar los seguidores y, con ellos, los comentarios a mis noticias que, en alguna ocasión, generaron controversia y debate. Eso me hizo ganar popularidad y mis artículos eran compartidos por las redes sociales. Pasadas unas semanas, ya pude añadir algo de publicidad a mi blog y convertir las visitas en ingresos.

Pero tampoco tardé en darme cuenta de que, con esos ingresos, no iba a poder pagar el alquiler mucho tiempo y que, si quería comer y vivir, iba a tener que buscarme otra manera de ganarme la vida.

Por desgracia, había tenido la mala suerte de quedarme en la calle en la peor época para encontrar trabajo. Las colas del paro eran casi tan largas como las que se forman delante de una tienda de telefonía cuando sale al mercado un nuevo iPhone o como las colas de adolescentes para ver un concierto de su

artista favorito.

Son curiosos los contrastes que uno se puede encontrar caminando por la calle y fijándose en el mundo que le rodea. Normalmente paseamos sin mirar más allá de nuestros propios ombligos, pensando solo en llegar adonde tenemos pensado ir. Montamos en el metro y viajamos sin levantar la cabeza de nuestros teléfonos móviles, sin preocuparnos por las historias que ocurren a la gente de nuestro alrededor. Cuando tu vida se va a la mierda, como se fue la mía hace dos años, las cosas que antes no eran importantes te empiezan a llamar la atención y no dejas de sorprenderte al encontrarte con situaciones tan dispares como que las colas más largas en este país sean las del paro y las de las tiendas de telefonía de gente dispuesta a pagar mil euros por su nuevo iPhone 7 Plus.

Trabajos de doce horas con cotizaciones de cuatro a la Seguridad Social, salarios por debajo del sueldo mínimo permitido por la ley, horas extras sin pagar. Cada oferta de trabajo que encontraba fuera del periodismo me revolvió el estómago y me permitía escribir otro artículo de opinión en mi blog. Dentro de mi profesión, la situación estaba todavía peor.

Pasados cuatro meses desde mi llegada a Madrid, mi buena presencia solo me había permitido trabajar unos días en un bar de camarera, del que ni siquiera tuvieron que despedirme para contratar a una más joven, dispuesta a trabajar por menos sueldo que yo.

En aquellos días recordé la historia que me contó Marta, la supuesta prostituta con futuro en el cine, con la que creí que se acostaba el que fue mi marido.

Aunque sabía que esta era mentira y solo fruto de la imaginación siniestra de Stela, me sentía como la chica que la protagonizaba. Una chica que, buscando su sueño de ser actriz, había tenido que conformarse con trabajos mal pagados de canguro o en la hostelería, para acabar convirtiéndose en puta.

Es probable que si, en aquellos primeros meses en Madrid, en algún bar, se me hubiera acercado algún Ángel a proponérmelo, la idea de aceptar se me hubiese pasado por la cabeza.

Y la idea se quedó ahí, en mi cerebro, como una esquirla de madera clavada

en el dedo, difícil de sacar. El mundo del sexo no solo genera mucho dinero en la prostitución callejera, también inunda ese Internet en el que yo intentaba ganarme un espacio con mi blog de noticias.

Hay una teoría que dice que cualquier persona del planeta puede acceder a cualquier otra persona del mundo a través de, como mucho, seis contactos. Se llama «la teoría de los seis grados». Esta consiste en que, si mis conocidos se pusieran en contacto con sus conocidos y estos, a su vez, hicieran lo mismo con los suyos, no necesitaría más de seis personas para conocer, por ejemplo, al presidente de los EEUU. «En realidad, ahora que he puesto el ejemplo y me he planteado cuántas personas necesitaría para eso, resulta que, a mí, en verdad, solo me hacen falta tres para conocer a Donald Trump».

Pues bien, estoy segura de que, si esa teoría de los seis grados fuera aplicada a los clics en la publicidad de las páginas de Internet, solo necesitaríamos tres grados para acabar en una página de contenido pornográfico.

Y eso fue lo que me pasó cuando llevaba seis meses en Madrid y ya me planteaba seriamente el tener que marcharme a un lugar donde los alquileres fueran más baratos o a algún país extranjero donde mi vídeo no hubiera llegado y pudiera encontrar trabajo como periodista. Aunque en la época de los Trending Topic, Youtube y los vídeos virales, dudo que haya país en el mundo donde no hayan visto mi cara al borde del orgasmo.

Con la historia falsa de Marta en la cabeza, y en mi afán de buscar publicidad que poner en mi blog, que aumentara mis ingresos, me puse a buscar anunciantes en Internet y, comprobando mi teoría, no tardé ni dos minutos en terminar, sin querer, en una página de contenido sexual. Esta página cambió, de nuevo, mi vida.

En ella no se mostraban escenas de películas porno rodadas por expertas actrices, ni fotografías de exuberantes modelos y hombres bien dotados. Esta página era una web donde gente corriente se mostraba en público a través de webcams caseras en sus ordenadores portátiles. Por morbo, por el placer que provoca el ser observado y, lo que más me sorprendió en un principio, por ganar dinero.

En un mundo lleno de exuberantes actrices, me pregunté qué tendría que

ofrecer a las libidinosas mentes de los espectadores, por ejemplo, una mujer de cuarenta y cinco años, entrada en carnes, de un pueblo de Albacete. Para mi sorpresa, la mujer tenía ciento cuarenta y tres en ese momento, ciento cuarenta y dos si quitamos de la lista mi mirada sorprendida viendo a la señora con las tetas al aire, mientras charlaba con sus expectantes visitas y se fumaba un cigarro.

Pasados los primeros minutos de asombro, cerré la página, bucéé en la Red en busca de algún que otro anunciante sin mucho éxito y regresé a mis labores del hogar, pero sin poder quitarme de la cabeza la página llena de cámaras web.

Mientras limpiaba la cocina, fregaba el suelo y recogía las notas tomadas en papeles desordenados en el salón, volvía a mi mente la imagen de la mujer de Albacete y la idea de que, además de obtener placer en el hecho de ser observada, estuviera ganando dinero. Un dinero que a mí me hacía mucha falta conseguir si no quería volver a tener que darme por vencida.

Por la noche, cuando me cansé de oír al camión de la basura recorrer las calles y subir y bajar contenedores, sin poder conciliar el sueño, cosa que me pasa muy a menudo cuando mi cabeza no deja de dar vueltas a un problema o una idea, encendí mi portátil y busqué de nuevo la página.

Es curioso lo fácil que resulta acabar metido en una sitio porno en Internet y lo difícil que resulta encontrar uno en concreto cuando lo buscas. No recordaba el nombre y tras teclear palabras como amateur, vídeos porno caseros o cámaras web porno, y tras visitar decenas de páginas, más o menos afortunadas, con esa temática, finalmente conseguí encontrar la que buscaba.

No me sorprendió ver que, pese a las horas de la noche que eran, seguía habiendo cámaras en activo y mirones curiosos. Internet lo que tiene es que es un mundo global y, cuando un español o española se va a la cama, siempre hay un argentino o argentina deseando ser observado.

En vez de rebuscar en más de una docena de webcams de mujeres o en las cinco de hombres que estaban activas en ese momento, lo que hice fue ir directamente a la sección de preguntas frecuentes. Tenía curiosidad por saber cómo funcionaba la página y cómo era posible ganar dinero con ella.

El funcionamiento era bastante simple. Para ver las cámaras no hacía falta ni registrarse en la página, cosa que yo ya había comprobado por la tarde. Solo si se quería usar el chat para hablar con la persona de la webcam era necesario rellenar el registro. También en caso de que quisieras ser tú quien emitiera con tu cámara.

Con eso ya tenías asegurado el morbo de mirar o ser visto, pero con ello no ganabas nada de dinero. Para eso, se usaban las monedas virtuales. Los observadores pueden comprar monedas y, con ellas, hacer peticiones a la persona que está en directo. Si tú quieres que esa persona se quite la ropa, solo tienes que pedirselo y ofrecer una cantidad de monedas. Si acepta dicha cantidad, te serán descontadas y subirán a su marcador. También puedes pedirles privados para hablar a solas e incluso pueden ser ellos mismos quienes sugieran una actividad. «Si queréis verme sin sujetador, tenéis que sumar entre todos tres mil monedas».

Al finalizar la sesión, la página web se encarga de contabilizar esas monedas, y las cámaras que más recauden se llevan un premio en metálico al finalizar el día.

Un modo de ser observada en el que tú decides qué hacer, cuándo hacerlo y a quién, sin que nadie, salvo tú misma, te ponga una mano encima.

Recuerdo que sin pensármelo mucho cree una cuenta, al principio con la idea de mirar y escribir, pero con otra idea naciendo ya en mi cabeza. Después, antes de dormirme, curioseé en la webcam de un joven argentino que mostraba su torso desnudo encerrado en su cuarto. Observar sin ser vista me produjo un cosquilleo por debajo del estómago que me recordó placeres que creía ya olvidados.

Durante una semana estuve entrando todas las noches a la página. Observaba, sin decir nada, cómo actuaban algunos de los anónimos delante de la cámara y qué hacían ellas para conseguir monedas y aparecer en los primeros puestos del ranking. Curiosamente, eran estas últimas las que captaban más mi atención. Me producía una curiosa mezcla de curiosidad, morbo y placer observar las cámaras de otras mujeres interactuando con sus espectadores y siendo seductoras con un simple gesto, una mirada o una palabra susurrada, mientras que las de los hombres me parecían siempre lo mismo: obsesionados

con mostrar sus abdominales o su sexo bien cerca de la pantalla desde el primer momento y sin mayor conversación que las groserías que soltaban mientras se masturbaban. La mayoría de las veces ellos terminaban aburriéndome.

Lo que hacían las mujeres para copar los primeros puestos no era muy diferente a lo que había hecho yo el día que Stela me propuso una conversación por Skype en mi oficina.

Por algo que ya había hecho por placer, acariciar mi cuerpo mientras las palabras del otro lado terminaban de encenderme, podía ganar algo de dinero, que me hacía mucha falta. Pero tenía claro que, en esta ocasión, no me iba a dejar grabar por nadie que pudiera desvelar mi identidad.

Entonces me acordé de la vez que Stela me usó como mueble en su cena, de las emociones vividas sintiendo mi identidad protegida por una máscara. Con una peluca rubia y un antifaz en la cara, nadie sería capaz de reconocerme.

Compré los artículos, acondicioné la habitación donde tenía el ordenador para que no apareciera nada en la cámara que pudiera delatar ni quién era ni dónde vivía y, no sin sonrojarme de la vergüenza y con más temores que ganas, rellené el registro para emitir y activé mi webcam.

Durante los primeros instantes no ocurrió nada. Me quedé mirando la pantalla, sin que nada terminara de pasar. Fueron solo unos segundos en los que la intención de desconectar y olvidar la absurda idea se me pasó por la cabeza.

Pero después empezó a haber movimiento. El número que aparecía en mi pantalla de gente observando empezó a subir lentamente. Dos, seis, ocho, diez personas mirando.

Una de ellas, de curioso apodo, rompió el hielo tecleando un simple «hola» en el chat. Respondí con un hola por escrito y un saludo con la mano, reflejado en la pantalla. Su primera petición no tardó en llegar. «¿Tienes audio? ¿Puedo oír tu voz?».

Entonces me di cuenta de que mi ordenador tenía micrófono y activé el sonido.

—Hola, bienvenido, miron75 gracias por pasarte —dije, mientras me temblaba un poco la voz por los nervios y dándome cuenta de que ni siquiera había pedido monedas por hacer mi primera petición.

Desde ese momento inicié una conversación con las personas que entraban y salían del chat, saludando a los que me saludaban, rechazando peticiones absurdas y riéndome con los comentarios de la gente. Reconozco que me divertí. Pasé casi tres horas conectada. No hice otra cosa que charlar, sonreír, enseñarles la ropa que llevaba puesta y, casi al final, me decidí a aceptar una propuesta en la que me pedían que enseñara las tetas a cambio de casi diez mil monedas.

Después me despedí, apagué la webcam, me quité la peluca y el antifaz y me fui a la cama con una extraña sensación de pudor y excitación, sintiéndome traviesa y avergonzada a partes iguales.

Mi sorpresa fue cuando, al abrir mi correo a la mañana siguiente, tenía un email de la página web que me daba la enhorabuena porque mi cámara había entrado entre las cien que más monedas habían recaudado durante el día y que mi premio de diez euros me sería abonado en mi cuenta en menos de setenta y dos horas.

No me podía creer que con solo charlar tres horas y terminar enseñando las tetas, de una forma totalmente inofensiva, hubiera ganado diez euros. ¿Cuánto podría ganar si estaba dispuesta a hacer algo más ante la cámara? ¿Cuánto ganaría en un día si, por ejemplo, terminaba masturbándome delante de esos mirones como había hecho delante de la zorra de Stela?

La idea estuvo en mi cabeza rondando hasta el sábado. Cuando el viernes comprobé que los diez euros habían sido ingresados, como me prometieron, me decidí a llevarla adelante. Ese día, después de una semana en que mis ingresos por publicidad en mi blog habían sido escasos y que las noticias publicadas no habían creado la controversia suficiente como para dar que hablar fuera de mi propio círculo de lectores, decidí dejarme llevar en la página.

Esta vez no dejé nada a la improvisación. Me puse una ropa interior sexi con toda la intención de terminar mostrándola y llamar la atención. Además de la

peluca rubia y mi antifaz, me maquillé con un tono rojo fuerte en mis labios y dejé que el cosquilleo de la emoción y la vergüenza se apoderara de mi cuerpo.

Ese día los mirones fueron entrando de manera casi continuada. Las primeras peticiones no tardaron en llegar y, esta vez, no dudé en ir aceptando y cumpliéndolas una a una. «¿Puedes ponerte en pie?», «ábrete un poco la blusa», «¿bailas para nosotros?».

A cada petición le seguía un aumento de mirones. Cuando me quedé en ropa interior delante de la cámara eran ya más de trescientas las personas que miraban mi webcam.

Me resultaba excitante la idea de estar siendo observada, que no reconocida, por esa cantidad de gente. Imaginar lo que ellos y ellas, porque alguna mujer también estaba en la lista de personas que me observaban y charlaban conmigo, pudieran estar haciendo al otro lado de su pantalla terminaba por aumentar mi libido. ¿Estarían solo mirando? ¿Habría alguno que se estaría acariciando? ¿A cuántos de ellos y ellas estaría excitando? ¿Los que se excitaran lo estarían tanto como yo?

Ni siquiera recordaba el tiempo que llevaba sin experimentar los placeres de un orgasmo. El escándalo, ver durante los primeros días mi imagen practicando sexo en el suelo de un salón con la cara desencajada, había acabado con mi reputación y matado mi libido. Mi odio hacia Stela y mi exmarido, sentirme traicionada y humillada hacían que mis pensamientos nunca consiguieran centrarse en nada que no fuera en seguir adelante con mi vida. Pasar la mayor parte del tiempo encerrada en casa, sola, leyendo noticias de siniestros y escándalos políticos, tampoco ayudaba en nada.

La noche que vi al argentino fue la primera en la que mi cabeza recordó lo agradable que es sentirse excitada. El primer día que emití en directo, esa sensación se hizo más intensa, pero controlable. Hasta ese momento que más de trescientas personas me miraban, no había intentado alcanzar un orgasmo ni ayudándome de mi imaginación y de mis manos. Delante de la cámara, siendo observada, por primera vez desde hace dos años, me apetecía mucho alcanzar el clímax.

Finalmente, me decidí a lanzar yo misma una propuesta: «¿Queréis que me masturbe para vosotr@s hasta llegar al orgasmo? Objetivo: veinte mil monedas».

Si mis voyeurs querían verme llegar al orgasmo, solo tenían que aportar esa cantidad y yo lo haría para ellos. En realidad, me sentía tan excitada con la conversación, las peticiones e imaginándome los pensamientos sucios que despertaba en mis observadores que, aunque no hubieran alcanzado esa cantidad, lo habría hecho igual, solo por gusto, pero no fue el caso. En menos de tres minutos las monedas recibidas superaban las veinticinco mil y el número de mirones había ascendido a los trescientos setenta y cinco.

Ante semejante audiencia y ruborizada por el énfasis de sus peticiones, empecé a acariciarme los pechos dejando que esas caricias terminaran de mojar mis bragas negras, elegidas para la ocasión. Mi boca empezó a exhalar jadeos y suspiros que envalentonaron los comentarios de mis espectadores y me hicieron perder cualquier ápice de vergüenza. Cuando, animada por sus palabras y excitada, metí mi mano dentro de mi ropa interior, mis dedos resbalaron y una contracción de placer me arqueó la espalda. Tenía casi olvidada esa sensación. Esa primera descarga eléctrica que te recorre la espalda y te hace contraer todos los músculos del cuerpo. Esa pequeña tortura placentera que te hace sentir escalofríos y te eriza la piel.

Tardé unos segundos en retomar el control y poder abrir los ojos. Leer los comentarios soeces y obscenos que me escribían en la pantalla hizo que aumentara aún más mi temperatura. Eran decenas los hombres que confesaban estar poniéndose cachondos y que me pedían que por nada del mundo parase. Un par de mujeres dijeron estar imitándome mientras me miraban y eso terminó por desinhibirme. En ese instante, me los imaginaba a todos ellos intentando alcanzar el clímax en una orgía de cuerpos en mi mente.

Loca de deseo, buscando alcanzar un mayor placer, me quité las bragas y les enseñé a mis espectadores cómo estaban por dentro. Las monedas llegaron en cascada y más de uno empezó a escribirme a gritos que se corría. Eso me excitó aún más. Sentía contracciones en mi bajo vientre, incluso cuando mis manos no me tocaban. Casi podía sentir sobre mi piel los orgasmos alcanzados por mis espectadores y gotas de sudor empezaron a resbalar por mi cuerpo.

Intenté controlar mis instintos el máximo tiempo posible, disfrutar hasta que no quedara ninguno de mis espectadores sin correrse, pero era tanto el tiempo que llevaba sin disfrutar de esas sensaciones que mis manos se negaban a parar de acariciarme y todo mi cuerpo me pedía a gritos que me dejara llevar. Con la vergüenza inicial desaparecida, con el rubor acalorando mis mejillas, con los dedos descontrolados por el placer, mi respiración se detuvo unos segundos después de conseguir gemir un «me corro, chicos, me corro». Tras mucho tiempo, una corriente eléctrica volvió a cruzar mi cuerpo y disfruté de los placeres del sexo, aunque fuera en solitario.

Después del orgasmo, como suele ocurrirme casi siempre, la vergüenza recuperó poco a poco su sitio. Mientras recuperaba la respiración, me fui vistiendo, rechacé alguna petición de que siguiera jugando para ellos, me despedí de mis visitantes y desconecté la cámara. Ni siquiera me quedé a mirar el número de monedas recibidas. Me limité a apagar el ordenador y salir corriendo a darme una ducha, al mismo tiempo que la vergüenza y una risa nerviosa de «pero, Gema, ¿qué has hecho?» me hacían temblar bajo el agua.

El email recibido esa noche, y que leí en la mañana del domingo, hizo que la timidez se me olvidara y que esa misma tarde volviera a realizar un nuevo show para quien quisiera verlo.

«Enhorabuena, Sweet_lady, usted quedó en primer lugar en nuestra página ayer sábado. Sus ciento cincuenta euros en ganancias le serán abonados en el plazo de setenta y dos horas».

Desde ese día, me dedico a hacer shows por webcam ante quien desee observarme. Mi libido se ha recuperado y raro es el día que me vaya a la cama sin alcanzar, al menos, un orgasmo delante de mis espectadores. Pago el alquiler de mi casa en Madrid sin tener que recurrir a mis escasos ahorros y disfruto de una nueva fantasía que desconocía de mí misma, me excita mucho ser observada. Al menos hasta hoy, que Roberto me ha descubierto y espero nerviosa, y con cierto temor, que aparezca en mi casa.

Me siento angustiada, expectante y asustada a partes iguales, antes de que Roberto llegue. Pese a que lo que viví hace dos años nunca ha dejado de estar presente en mi cabeza, la necesidad de sobrevivir y de empezar desde cero había terminado por ocupar la mayoría de mis pensamientos. Los malos recuerdos y las ganas de venganza habían quedado en un segundo plano, incluso en un tercero.

Una vez apartadas a ese plano más alejado de mi vida diaria, por mis problemas presentes, mis deseos de venganza no habían vuelto a apoderarse de mí, una vez que mi situación mejoró cuando empecé a realizar shows en Internet. Mis preocupaciones para pagar el alquiler habían sido relegadas también de mi cabeza, pero la revancha no había retomado su puesto. Seguir trabajando por las mañanas en mis noticias en el blog como periodista y preparar los shows nocturnos mantenían mi cabeza ocupada.

Hasta que Roberto habló conmigo en el chat. Entonces, como si alguien hubiera encendido la luz de la habitación en la que mantenía guardado el complot del que había sido víctima, los malos recuerdos, las traiciones y los anhelos de venganza regresaron.

Tenía curiosidad por lo que Roberto tenía que contarme. Siempre que nos habíamos encontrado, la relación entre nosotros había sido tensa. Quizás por su mala relación con su hermano, quizás porque yo conocía de sobra sus pensamientos hacia mí; el caso es que, en nuestros encuentros, el aire se hacía irrespirable.

Cuando, mortificada y hundida, decidí marcharme a Madrid dejando atrás mi anterior vida, también dejé atrás los encuentros inesperados con Roberto. Esta era la primera vez que íbamos a vernos desde entonces. Y era la tercera vez que lo iba a ver, en mi vida, sin ser la esposa de Javier Márquez.

La primera fue el día que Javier nos presentó. Javier y yo ya nos habíamos prometido y antes de la boda quiso presentarme a lo poco que quedaba de su familia: su hermano.

No fue una cena nada agradable. De hecho, ni siquiera terminamos de comer. Desde el primer momento que nos encontramos, la conversación entre los dos hermanos fue fría y distante. Roberto se esforzaba en mostrarse amable y cordial conmigo, que iba a ser su cuñada, pero en cuanto Javier intervenía en la conversación, sus respuestas se volvían cortantes, frías e hirientes. Javier no tardó en hartarse de la situación y en querer marcharse. Yo, enamorada y ciega, por supuesto, me fui con él.

La segunda vez que lo vi, sin estar aún casada, fue el día de mi boda. En un principio no entendí por qué Javier, que tan mal se llevaba con su hermano y del que apenas hablaba, quiso invitarlo al enlace. Después supuse que era porque, por muy mal que se llevaran, no dejaba de ser la única familia que le quedaba. Al menos hasta estar casado conmigo. ¿O puede que tuviera otro motivo oculto que estoy a punto de descubrir?

Ese día, para mi sorpresa, Roberto se presentó en mi habitación cuando yo estaba vistiéndome. Empezó a hablarme de manera cordial. Pidió disculpas por la situación vivida durante nuestro primer encuentro e intentó mostrarse simpático conmigo.

Al principio me mostré sorprendida. Era la segunda vez en mi vida que hablábamos y Roberto se comportaba con una cercanía hacia mí que me resultaba incómoda. Le agradecí el gesto de pedir disculpas y su presencia en la boda. Incluso, me reí aliviada con alguno de sus comentarios. Para cuando quise darme cuenta, se había acercado a mí más de lo que yo deseaba. Lo tenía tan cerca que di un salto del susto.

Me dijo que me tranquilizara, pero, desde ese momento, su conversación volvió a tornarse incómoda para mí. Empezó a decirme lo guapa que estaba, que ya le había parecido muy guapa el día que me conoció. Yo respondí un gracias sin sentimiento que solo ocultaba las ganas que tenía de que terminara la conversación y de que se marchara. Pero no lo hizo. Siguió halagándome y piropoándome y no dejaba de repetirme cosas como que un hombre como Javier no me merecía; que no era el tipo de hombre que me convenía; que iba a

cometer un error casándome con él.

Quién me iba a decir a mí entonces que aquel loco paranoico que no dejaba de acosarme iba a tener más razón que un santo. El caso es que, en aquel momento, pensé que estaba mal de la cabeza y, cuando se acercó a mí e intentó besarme, le crucé la cara y salí corriendo hacia la iglesia.

Esa fue la segunda, y última vez hasta hoy, que había visto a Roberto sin ser la esposa de Javier. Hoy va a venir a casa para contarme qué es lo que él y su hermano me han ocultado todo este tiempo. Sentimientos de emoción, esperanza, temor y nervios me tienen dando vueltas por el piso desde hace dos horas, cuando todavía falta una para que Roberto llegue.

Las cosas en mi vida han cambiado tanto desde la última vez que nos vimos en la calle mientras yo vigilaba a mi marido que no sé cómo voy a reaccionar al verlo. Pero lo que más me preocupa es cómo se va a comportar él. Desde aquel día en la boda, en todos y cada uno de nuestros fugaces encuentros, no ha dejado de insinuarme que yo le he gustado desde el día que me conoció. Lo que en otra persona podría llegar a resultarme adulator, en Roberto me despierta alertas ante un posible acoso. Sin embargo, cuando hablamos por el chat de la página web erótica y me dijo que tenía información importante de Javier que darme, en vez de quedar en un lugar público, había elegido mi casa como punto de encuentro. ¿En qué estaba pensando? En realidad, creo que tenía la cabeza tan perdida en pensamientos como «¿desde cuándo Roberto observaba mi webcam?», «¿sería la primera vez que entraba o ya me habría observado otras veces?» y «¿cuánto podría haber llegado a ver de mis espectáculos?» que ni siquiera pensé en nada. Podía haber quedado en mi casa como en un cementerio apartado, a las doce de la noche, fuera de la ciudad.

Si ahora pudiera cambiar de idea, le propondría quedar en una cafetería, un restaurante o en una plaza llena de gente, pero ya es tarde para eso. Solo me queda esperar y que no ocurra nada extraño.

Quince minutos antes de la hora fijada, suena el timbre de la puerta y, al instante, mis nervios aumentan hasta el punto de que me tiemblan las piernas cuando me dirijo a abrir. Parece que Roberto también tiene prisa por verme, pero el brusco reencuentro con mi vida pasada me aterra.

—¿Sí? —pregunto por el interfono, aunque sé perfectamente quién es la persona que llama. Desde que vivo en esa casa, nunca he recibido visitas y el único que toca el timbre es el cartero cuando me trae algún pedido de Amazon.

—Soy Roberto —me responde, y el sonido de su voz me hace volver de golpe dos años atrás en mi vida.

Los segundos que pasan desde que abro la puerta hasta que el ascensor llega a mi planta se me hacen eternos y no dejo de dar paseos por el pequeño pasillo de mi piso alquilado. Roberto no toca el timbre, llama a la puerta con los nudillos.

Aunque sé quién llama, miro por la mirilla antes de abrir. Algo dentro de mí me hace necesitar verlo antes de dejarle entrar, como si necesitara el empujón del sentido de la vista para dar el paso.

Roberto está igual que hace dos años. Sigue siendo el hermano díscolo de la familia y su forma de vestir dista mucho de la elegancia con la que lo hacía siempre mi exmarido. Viene con unos pantalones vaqueros gastados por el uso, y no por la voluntariedad de las modas, y una camiseta que, en aquellos años que vivía con el candidato a la alcaldía, yo no usaría ni para limpiar los cristales.

En su mirada sigue habiendo algo que me inquieta y, durante unos segundos, dudo en abrir la puerta. ¿Estoy segura de que quiero volver a dejar entrar en mi vida a alguien de mi pasado?

Al final puede más mi curiosidad por lo que me viene a contar que el temor de enfrentarme a mis miedos.

—Hola, Roberto. Pasa.

—Hola, Gema, buenos días. Estás cambiada desde la última vez —dice tras cruzar la puerta y observándome con detenimiento.

—Tú, en cambio, sigues igual que siempre —respondo, a la vez que cierro la puerta y me alejo un poco de él—. ¿Qué es eso que tenías que contarme?

—Directa al grano, sin andarte por las ramas. Mujer, llevamos dos años sin vernos. Podrías invitarme a una cerveza y a tomar asiento antes de interrogarme en medio del pasillo, ¿no crees?

—Te seré sincera, Roberto. Tu presencia siempre me ha incomodado desde el día de mi boda, en el que intentaste besarme. No me siento cómoda. Y menos en mis actuales circunstancias. Así que, por favor, dime lo que tengas que decirme y vete.

—Ya te dije que el error fue no haberte intentado besar antes. Como te dije, mi hermano no es de fiar y creo que, en tus actuales circunstancias, me tendrás que reconocer que tenía razón. Quizás, si te hubiera besado ese día, no te habrías casado con mi hermano y no te hubiera traicionado como lo hizo. Vengo a Madrid solo para hablar contigo, qué menos que ofrecerme algo de beber.

—Está bien. Pasa y siéntate. Yo te la llevaré. —Roberto me interroga con la mirada para que le indique hacia donde tiene que ir—. La sala es la primera puerta a la derecha.

Voy a la cocina y, antes de abrir el frigorífico, respiro profundamente, intentando relajarme. Roberto tiene razón en algo. Siempre me ha dicho que su hermano no es de fiar. Siempre. Y yo me he sentido incómoda con él porque siempre le he escuchado desde el punto de vista de la mujer enamorada de su hermano. Ahora, pasado un tiempo y vivido lo que me ha tocado vivir, no puedo más que darle la razón. Su hermano es el mayor cabrón con el que me he cruzado en mi vida. Y eso, visto con mis nuevos ojos, coloca a Roberto en el lado de la balanza de los buenos.

Saco dos cervezas de la nevera. Aunque yo no estoy acostumbrada a beber por las mañanas, tengo la sensación de que me va a hacer falta, al menos, una.

Roberto me espera sentado en mi modesto salón con las manos entrelazadas sobre sus rodillas. Cuando le ofrezco la cerveza la deja sobre la mesita central sin darle siquiera un trago y respira profundo antes de levantar la vista para mirarme y decidirse a hablar.

—¿Cómo estás? —La pregunta me coge por sorpresa y me quedo de pie en

medio del salón sin responder. Roberto continúa hablando para llenar mi silencio—. ¿Te adaptas bien a la vida en Madrid? Esta casa no se parece en nada a la que tenías antes...

—No me puedo permitir una casa como la de antes, y menos en Madrid —digo, dejándome caer en el sofá.

—Es acogedora —responde, intentando suavizar su verdadero pensamiento.

—Es una mierda. Es pequeña, apenas entra luz natural de la calle y en invierno tiene humedades y hace un frío de mil pares de demonios. Pero el cabrón de tu hermano y Stela se encargaron muy bien de que mi fama nacional no me permitiera obtener un trabajo de periodista en ningún sitio. El dinero da para lo que da.

—Imagino que las webcams no dan para más —responde con un tono de voz de reproche que no soporto.

—Da para bastante más que un trabajo de camarera en un bar de mierda, acosada por borrachos, o que trabajar de secretaria de algún impresentable como tu hermano por cuatro míseros euros la hora. Me siento menos humillada. Me da para pagar el alquiler y para comer todos los días, cosa con la que me conformo después de lo que me hizo tu hermano. Hago lo que quiero, cuando quiero y ante quien me da la gana. Por fortuna, siempre hay mirones que, como tú —remarco mis palabras—, están dispuestos a pagar por verme. Si no, nunca me habrías encontrado —replico enérgicamente y después doy un trago a mi cerveza.

Roberto recibe el golpe sin inmutarse, pero, por un instante, no dice nada y se queda pensando.

—Lo siento, no sé por qué he sacado ese tema. No es hacia ahí donde quiero dirigir nuestra conversación —dice cuando, por fin, se decide a hablar—. Mi idea es la de intentar apoyarte, no la de criticar ninguna decisión que hayas tomado. Solo quiero ayudarte a vengar la traición de mi hermano y de su nueva esposa.

—¿Javier y Stela se han casado? —pregunto sorprendida, casi escupiendo el

trago de cerveza.

El matrimonio es algo que no me encaja con la personalidad de Stela. Sin embargo, tampoco encajaba con la mía cuando conocí a Javier, y no tardé en casarme con él. Quizás el matrimonio no sea más que otro paso en su plan. No en vano, me dijo que era ella quien utilizaba a Javier en sus planes.

—Así es, se casaron el verano pasado. La boda fue noticia porque Javier ha renunciado a su puesto de alcalde para trasladarse a Madrid. Se presenta al Congreso en las próximas elecciones.

—¿Javier y Stela se vienen a vivir a Madrid?

—Sí, me sorprende que no estés al tanto. Ya tienen hasta comprada la casa. En cuanto empiece la campaña electoral se vendrán a vivir aquí.

—¡Joder! Yo me vine a Madrid para alejarme de ellos. He querido hacerlo tanto que no he leído nada que les incumbiera.

—Conocías los planes de Javier. Su paso por el Ayuntamiento no era más que un peldaño en su escalada política. Su objetivo siempre ha sido el Congreso. Su meta es ser Presidente del Gobierno. Ya lo sabías.

Roberto tiene razón. Siempre he sabido cuál era el objetivo de Javier y, dentro de mí, no solo la mayor posibilidad de encontrar trabajo como periodista en la capital había pesado a la hora de venirme a vivir aquí. Sabía que, viviendo en Madrid, tarde o temprano, nuestros caminos iban a volver a encontrarse y, entonces, ya estaría preparada para dejar de ser la mujer confiada e imprudente que, de manera tan patética, había caído en su trampa.

Pero han pasado dos años y me sigo sintiendo la misma mujer temerosa que había huido. No estoy preparada. Quizás nunca voy a llegar a estarlo. Quizás nunca voy a ser capaz de ser esa mujer fría, metódica y calculadora que necesito ser para enfrentarme de nuevo a Javier y Stela.

—¿Y qué es eso que querías contarme sobre tu hermano?

—Algo que debería haberte contado desde un principio pero que, si lo hubiera

hecho en aquel momento, no me habrías creído. Ahora que ya sabes cómo es él y en lo que está dispuesto a colaborar para alcanzar sus metas, puede que me creas.

—Prueba a ver —digo y le doy un nuevo trago a la cerveza. Me resulta llamativo que Roberto ni siquiera haya tocado la suya, que sigue sobre la mesa.

—Seguro que, en los años que estuvisteis juntos, mi hermano te habló del accidente de nuestros padres, ¿verdad?

—Sí, me contó que murieron en un accidente de tráfico. También me dijo que aquel accidente terminó por alejarte de él, que no eras el mismo desde entonces.

—Vaya, qué sorpresa. No pensé que mi hermano pudiera llegar a decir la verdad en nada, aunque también es cierto que en enmascarar mentiras es un profesional.

—¿Qué ocurrió en aquel accidente? —pregunto con una mezcla de incredulidad, incertidumbre e interés.

—Es cierto que mis padres murieron en un accidente de tráfico. Como también es cierto que aquel accidente me cambió a mí y la relación con mi hermano. Nunca nos hemos llevado especialmente bien. Siempre es difícil ser el hermano que va detrás del favorito de tus padres. Javier siempre era el que todo lo hacía bien, el que debía ser mi ejemplo, al que yo debía parecerme. Pero, por mucho que lo intentaba, nunca era suficiente para ellos. Siempre estuve en un segundo plano, esperando que reconocieran mi valor, más allá de la sombra de mi hermano. Pero eso nunca llegó a ocurrir. Murieron antes.

—¿Por eso te llevas tan mal con él?

—No, por eso no. Por esa razón nunca nos hemos llevado bien, pero seguía siendo mi hermano. Había un lazo de unión entre ambos, aunque solo fuera familiar. Un lazo que terminó de romperse la noche del accidente.

—¿Qué ocurrió? —reitero de nuevo, con un tono de impaciencia en mi voz.

—El accidente... el cambio en nuestra relación es la única verdad que te contó mi hermano respecto a aquel día. Que él era quien conducía el coche, que dio positivo en los test de alcoholemia, que él y el partido se encargaron de ocultarlo y silenciarlo, eso es lo que no te contó nunca.

—¿Qué? ¿Javier conducía el coche en el que murieron tus padres?

—Y me ha pagado cada mes desde entonces para mantener mi silencio. No me siento orgulloso de ello, pero es lo que hay.

—¿Por eso irrumpiste en la gala de celebración cuando lo eligieron para alcalde! ¿Querías recordarle que, o te seguía pagando, o podías terminar con él!

—A Javier se le olvidó por un tiempo que tenía que pagar por mi silencio. Estaba tan ocupado en fingir ante la prensa y en preparar su asalto a la alcaldía que se olvidó de mí. Tuve que ir a recordárselo.

—¿Y por qué me cuentas esto ahora?

—Quise contártelo en cuanto supe lo que te había hecho, pero no respondiste a mis llamadas. Cambiaste de ciudad y de número de teléfono. No tuve manera de localizarte. Juro que te busqué por todos los medios a mi alcance, pero no hubo manera. Cuando vi el tatuaje de tus alas en la webcam no me lo podía creer. Pensé que era una casualidad. Seguramente haya decenas de personas con ese tatuaje en la espalda. Pero ¿y si eras tú? Tenía que intentarlo.

»Además, desde que Javier se ha casado con Stela, las cosas han cambiado. Ha vuelto a no pagarme y las amenazas ya no me sirven de nada. Creo que Stela le está convenciendo para hacerme algo parecido a lo que te hicieron a ti. Creo que quieren deshacerse del problema antes de llegar al Congreso. Necesito tu ayuda, Gema.

—¿La mía? ¿Por qué la mía?

—Porque no conozco a nadie que tenga más ganas de vengarse de Javier y de Stela. Y porque me sigue gustando verte.

Si me lo hubieran dicho dos días antes, hasta yo misma habría tenido dudas de si tenía tantas ganas de vengarme. Al golpe de descubrir que mi marido era infiel le siguió un sentimiento de rabia y sed de venganza que me llevó a complicarme aún más la vida. Dejarme llevar por los impulsos y no pensar en las consecuencias me han llevado a terminar como he terminado.

A la puñalada que me asestaron finalmente Stela y Javier le siguió una desolación de la que me costó salir ilesa, si a mi vida actual como miembro de una web erótica se le puede considerar salir indemne para una periodista como yo.

Pero, pese a la rabia inicial y mi juramento a Stela de que aquello no había terminado, la sed de venganza nunca volvió a tomar el control de mis decisiones. Me centré en intentar organizar mi nueva vida desde los escombros que habían quedado.

Ahora, con Roberto sentado frente a mí, con alguien a mi lado en quien apoyarme, con alguien que vigile mis pasos y me prevenga de mis posibles errores, la necesidad de cumplir mi palabra de que aquello no había terminado va tomando fuerza. Y más cuando me acabo de enterar de que Javier provocó el accidente en el que murieron sus padres.

—Está bien. Buscaremos la manera de que terminen pagando por lo que han hecho, pero esta vez lo haremos bien. Planharemos cada uno de nuestros pasos. Seremos nosotros quienes vayan por delante. Esta vez no me dejaré engañar —manifiesto después de meditar unos segundos e intentando no ruborizarme por sus palabras halagadoras.

—Perfecto. ¿Por dónde empezamos? —pregunta Roberto irguiéndose en el sillón.

—Además de tu palabra, ¿hay alguna prueba de que Javier condujera el coche aquella noche? ¿Tenemos alguna forma de demostrarlo?

—Sé que existen unas fotografías y unos papeles que lo demuestran. La policía hizo el informe del accidente, pero mis padres eran miembros importantes del partido y Javier era visto con buenos ojos como sucesor. El partido silenció la noticia y guarda una copia de esos papeles para que Javier no se salga del

redil. Confían en él como su imagen, lo llevan haciendo años, tantos como para proteger su imagen desde el día del accidente. Mi hermano tiene todas las cualidades que necesita un político para triunfar: capacidad de liderazgo, imagen pública, estilo y una falta de escrúpulos a prueba de bombas. El partido le tiene cogido por los huevos para que haga exactamente lo que tiene que hacer. Por desgracia, no tengo ni idea de qué hicieron con esos papeles. Sé que los tienen, pero no sé dónde.

—Tenemos que organizar un buen plan. Esos papeles pueden ser la clave. Javier lleva cargando con ese peso a las espaldas mucho tiempo. Y, si te digo la verdad, no sé si estoy preparada para enfrentarme a ellos. Déjame pensarlo unos días, antes de tomar una decisión.

Cuando Roberto se marcha de casa y me quedo sola, sentada en el salón, las sensaciones de seguridad y confianza parecen marcharse con él. Me ocurre lo mismo que el día que estuve desnuda frente al espejo de Stela. Con ella a mi lado me sentía capaz de hacer cualquier cosa, de enfrentarme a mis inseguridades y miedos con la firmeza necesaria para alcanzar mis objetivos. ¡Maldita puta!

Sin embargo, cuando me quedé sola ante el espejo me sentí acobardada, insegura, indecisa. Y ahora que Roberto se ha marchado me siento de la misma manera.

¿Seré capaz de trazar el plan? ¿Me veré con la seguridad de enfrentarme a aquellos que tanto daño me han hecho? ¿No sería más sensato quedarme en la sombra en la que ahora sobrevivo? Si me arriesgo a enfrentarme a ellos y vuelvo a cometer los mismos errores que hace dos años, puede que no me queden fuerzas ni para regresar a la vida que ahora tengo. Puede que terminen por destruir del todo a la Gema Romero que fui en algún momento de mi existencia.

Si quiero tener éxito esta vez y recordarle a Stela las últimas palabras que le dije, no puedo dejarme llevar por la sed de venganza. Tengo que ser fría, calculadora, metódica y cruel más allá incluso de lo que lo es ella. Y, sobre

todo, tengo que ser más astuta.

Es curioso. Ahora que estoy aquí sentada, con mis miedos y temores, pensando en si debo dejar que el tiempo borre el dolor o en si decido jugarme el todo por el todo, mis pensamientos están más centrados en Stela que en Javier.

No voy a decir que la traición de Javier no me doliera. Lo hizo, claro que lo hizo. Para algo era mi marido y con quien compartía mi vida. Pero, una vez aceptada su infidelidad, una vez comprendido que yo no era el centro de su vida, asimilé su traición. Fue como una puñalada en una pierna. Dolorosa, cruel, sangrienta, pero por fortuna no mortal. Me hizo mucho daño, pero las heridas cicatrizan.

Sin embargo, la traición de Stela fue más lejos. Su traición fue como la sal que escuece en la herida, como la infección que hace que no cierre y que termina por gangrenar el miembro y obliga a amputarlo. Traicionarme como me traicionó logró que tuviera que arrancar de mi alma el cómo me hacía sentir, las sensaciones que me hizo vivir, los sentimientos que despertó en mí. A Stela tuve que extirparla de mi alma. Es ella, y no él, quien más daño me hizo.

Saber que, si quiero llevar a cabo mi plan, me voy a tener que volver a enfrentar a ella me hace temblar de miedo. No sé si soy capaz de hacerlo. Quizás sea mejor seguir viviendo como estos dos últimos años. Si algo tengo claro es que con dudas y miedos el plan no puede terminar bien.

Me ha llevado casi una semana tomar una decisión y solo he sido capaz de llegar a una respuesta. Si tengo que enfrentarme a mis vergüenzas y miedos, el primero que tengo que afrontar no es el de enfrentarme cara a cara con Javier y Stela. La primera vergüenza que tengo que superar, si estoy decidida a enfrentarme a mi pasado, es una a la que no me atrevo a plantar cara desde hace dos años. Tengo que hablar con mi madre.

Ella sigue viviendo en el mismo pueblo en el que yo redactaba las crónicas deportivas y en el que Javier era concejal. Cuando me casé y me fui a vivir a la ciudad, todo el mundo en el pueblo me conocía como Gema Romero, la periodista con más futuro que había salido de sus calles. Después de mi caída a los abismos de la humillación, la gente en el pueblo me nombraba, a espaldas de mi madre, como la hija de la Puri. «¿Viste lo que hizo la hija de la Puri?», «¡quién se iba a imaginar eso de la hija de la Puri!», «hay que ver lo guarra que es la hija de la Puri».

Mi madre, que ha tenido que soportar durante estos dos años que hablen a sus espaldas y la miren de reajo, ha tenido que cargar también con que yo haya sido incapaz de volver a mirarla a la cara. En estos dos años apenas me he atrevido a llamarla por teléfono y nuestras conversaciones no han pasado de un «¿Cómo estás?», «yo bien, ¿y tú?», «me alegro, ya volveré a llamarte».

Si quiero aunar las agallas suficientes para enfrentarme a una arpía como Stela, primero tengo que ser capaz de mirar a los ojos a mi madre y explicarle qué ocurrió.

Lo que en un primer momento parecía una decisión firme y relativamente sencilla, se va complicando cuantas más vueltas le doy en la cabeza, al punto de que apenas puedo dormir en los días que me lleva decidirme y coger el coche.

Incluso, durante el viaje hasta mi pueblo, las dudas me hacen detenerme un par de veces en el arcén y tentada estoy de dar la vuelta y regresar a casa. Cuando las ruedas de mi coche circulan por las calles de mi pueblo, y alguno de los vecinos mira hacia mí y se dan codazos y cuchichean entre ellos, me arrepiento de no haberme dado la vuelta o de no haber traído conmigo la peluca rubia que utilizo para mis vídeos y unas gafas de sol.

No detengo el coche hasta estar enfrente de la vieja casa en la que pasé mi infancia y no salgo del mismo hasta asegurarme de que no pasa nadie por la calle y que voy a poder meterme en el portal sin tener que cruzarme con algún vecino.

Solo entonces me decido a entrar en el edificio y subir al tercer piso. Si tomar la decisión de salir de casa y viajar hasta el pueblo me había resultado difícil, ahora, parada frente a la puerta de casa de mi madre, los nervios me atenazan el cuerpo y soy incapaz de llamar.

«¿Qué pensará de mí? ¿Qué le digo? ¿Cómo me recibirá?». Hace dos años que no nos vemos. La última vez que vio a su hija fue abriendo los informativos en una situación embarazosa.

No sin esfuerzo, me decido por hacer sonar el timbre. Algo raro en mí que, desde pequeña, adquirí la manía de tocar en la puerta con un ritmo concreto para que mi madre supiera que era yo quien llamaba. Siento como los nervios me hacen estremecer mientras intento escuchar si un ruido de pasos se acerca a abrirme. Al otro lado de la puerta solo el silencio.

Qué raro. Es la una y media y mi madre a esa hora siempre suele estar en casa cocinando. Es una costumbre que adquirió cuando tenía que prepararme la comida para cuando yo llegaba del colegio. Desde entonces, en casa siempre se come a esa hora.

Sorprendida, desilusionada, pero con menos nervios al ver que no hay nadie, me debato entre la idea de regresar a mi casa y olvidarme de todo o usar las llaves y esperar a mi madre dentro, aun a riesgo de asustarla cuando regrese.

—¿Qué haces en la puerta? —dice una voz familiar a mi espalda cuando cinco minutos más tarde sigo sin decidirme por ninguna de las dos opciones.

—¡Mamá! —exclamo sobresaltada al verla subir por las escaleras cargada de bolsas.

—¿Quieres hacer el favor de abrirme la puerta? Si suelto las bolsas no sé si voy a ser capaz de volver a cogerlas todas.

—¿Cuántas veces te he dicho que uses un carro? —pregunto mientras uso las llaves que ya tenía en la mano.

Mi madre no me responde. Espera a que abra la puerta y entra directa hacia la cocina a dejar las bolsas, mientras yo lo hago tras ella y me dispongo a cerrar con llave como hacíamos siempre desde que murió mi padre y nos quedamos solas en casa.

—¿Te ayudo con algo? —me ofrezco, cerrando la puerta.

Cuando me doy la vuelta, mi madre ya ha dejado las bolsas en la cocina y está a mi lado. Sin decir ni una palabra, me abraza con fuerza y no me suelta en un maravilloso minuto que me hace sentir segura, por primera vez en mucho tiempo.

—¿Cómo estás? —dice sin dejar de abrazarme.

Una madre no necesita largas explicaciones. Solo con mirarte a los ojos puede descubrir tus sentimientos. Solo con mirarte sabe si lo que dices es cierto y si estás bien. Mi madre no necesita ni un minuto para desenmascarar mis temores. Enjuaga las lágrimas que caen por mi rostro mientras le desnudo mis sentimientos y me dice un «no seas tonta» tras cada mis «lo siento».

Recuerdo que cuando era pequeña mi madre era un detector de mentiras. No se le escapaba una, cada vez que yo intentaba justificar mis escapadas nocturnas o mis faltas en el colegio. Era comprensiva y cariñosa, pero no le faltaba el carácter ni la mala leche necesarias para castigarme si era necesario o enfrentarse a mi padre, mucho más estricto. No tardé en descubrir que era mucho más fácil hacerle comprender la verdad que intentar engañarla con una mentira. Mi madre es mi confidente, mi amiga, y solo me echa en cara que haya tardado dos años en contarle lo que había pasado con Javier.

Tras la charla, preparamos juntas la comida. Mano a mano, intercambiando cucharas, ollas y detalles sobre la receta, como hacíamos cuando me enseñaba a cocinar. Nos sentamos en la mesa como cuando vivíamos juntas y me hace reír con sus historias. Al parecer, mi madre, a sus casi setenta años, se ha echado un medio novio con el que suele ir a bailar. Lo conoció en las últimas fiestas del pueblo. La invitó a apuntarse a las clases de baile del hogar del jubilado y ella aceptó encantada. A mi madre siempre le había gustado bailar y mi padre no era muy hábil. También se habían visto en el cine y habían salido a cenar después de terminar las clases.

—Ahora soy yo la que da que hablar en el pueblo —me dice con una sonrisa en sus labios y moviéndose coqueta.

Cuando terminamos de comer le cuento mis planes. No pienso dejar que nadie mire durante más tiempo de reojo a mi madre para hablar mal de mí a sus espaldas. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para recuperar mi nombre y desenmascarar a los que, de verdad, deberían sentir vergüenza.

Las palabras que me dedica mi madre cuando recogemos la mesa terminan de convencerme. No me dice un «ten cuidado» o un «ojo con dónde te metes»; me mira a los ojos, me sonrío y me suelta un «esos dos no saben con quién se enfrentan» que me hace abrazarla hasta que su olor queda impregnado en mi ropa y puedo sentirlo incluso al regresar a mi casa en Madrid.

Cuando regreso a casa llamo a Roberto. Se alegra de oírme. En cuanto le digo que estoy decidida a llevar a cabo nuestro plan me habla de volver a vernos, de ir planificándolo. Le digo que espere unos días, que antes tengo que pensar en mis siguientes pasos a dar y que, cuando tenga algo decidido, volveré a llamarle.

En realidad, quiero retrasar nuestro encuentro. Sé que él siente algo por mí desde el día que nos conocimos y, ahora que ya no estoy casada, temo que pueda intentar acercarse a mí como lo intentó el día de mi boda. Aún no estoy preparada para eso y tampoco sé cómo reaccionaría. En nuestro primer encuentro no intentó nada, pero no me extrañaría que lo hiciera pronto.

Prefiero postergarlo.

Paso la tarde sentada en el sillón de mi sala de estar con los ojos cerrados, una copa de vino sobre la mesita y un cuaderno de notas sobre mis rodillas, intentando recordar cualquier cosa que pudiera servirme para trazar un plan. Cualquier detalle vivido años atrás que pueda serme de utilidad. Tras un buen rato pensando, enciendo mi ordenador. Esta vez, en lugar de para hacer mi show en directo, para buscar información en las redes de Stela Miró.

Es la primera vez que tecleo su nombre en el buscador de Google. Cuando la pantalla se llena de fotos de ella, una mezcla de odio y nervios me recorre. Intento apartarlos y comportarme como la periodista reputada que soy, o al menos era. Analizo cada página y extraigo toda la información que soy capaz de obtener.

No me resulta extraño que su rastro se pierda al llegar a sus inicios como empresaria. Ni una palabra suya de su adolescencia o de su juventud, ni una sola mención en ruedas de prensa o entrevistas. Ni el más mínimo signo de la existencia de Lucía Gómez, nombre que me confesó en una de nuestras conversaciones. ¿O eso también fue mentira?

El caso es que no hay manera de encontrar nada sobre Stela Miró anterior a la llegada a la presidencia de su primera empresa. Ni rastro de quién era antes o de dónde apareció. ¿Quién puede disponer de la información que Stela quiere mantener oculta? La conclusión a la que llego me hace revolverme en el asiento y apurar la copa de vino de un sorbo.

Si quiero descubrir algo más sobre quién es Stela y cuáles son sus puntos débiles, a los que poder atacar, tengo que hablar con Ángel. ¿Seré capaz de reencontrarme con él después de que en nuestro último encuentro me dejara llevar por mis instintos más primarios y termináramos revolcándonos por el suelo de su salón mientras su cámara grababa todo lo que ocurría?

Y lo que es más importante... ¿estoy segura de que no va a salir corriendo a contarle mis planes a su buena amiga Stela, con la que tantos placeres prohibidos y secretos comparte?

Stela me dijo que Ángel era un informático que se vendía al mejor postor. Si

quiero conseguir algo de él tengo que tener algo bueno que ofrecerle. Algo mejor de lo que pueda ofrecerle Stela. Y, ahora mismo, no se me ocurre qué puede ser ese algo.

Stela es una adinerada empresaria, yo una arruinada periodista que hace vídeos eróticos por Internet para poder comer. Yo, a mis recién cumplidos cuarenta años, sigo conservando una buena figura, mi belleza y ese toque malicioso y morboso que tenemos las pelirrojas, pero en eso tampoco puedo competir con Stela. Ella me supera en figura, belleza y me da mil vueltas en maldad y morbo. Ángel es invitado a sus fiestas privadas más íntimas. No en vano, estuvo invitado a la cena en la que yo fui una mera espectadora de honor, inmóvil sobre la mesa del salón. Ángel ya ha tenido sexo con las dos. Imagino que con Stela varias veces. ¿Qué puede ofrecerle una mujer como yo que no le ofrezca ya alguien como Stela?

Necesito la información que Ángel me pueda conseguir, pero para ello tengo que encontrar algo que ofrecerle y juntar el valor para pedírselo. Pero, sobre todo, tengo que asegurarme de no volver a ser la mujer confiada y estúpida que fui cuando lo conocí.

Continuo mis pesquisas por Internet mientras apuro una segunda copa de vino y, cuando la noche cae y el estómago ya me avisa de que la hora de la cena ha pasado hace tiempo, solo hay un nombre apuntado en mi libreta, Marisa Jubero Torres.

Marisa Jubero aparece en varios de los artículos de prensa en los que aparece también Stela Miró. Es propietaria de varias empresas que compiten en los mismos sectores de negocio que las de Stela. Por ello, se han enfrentado varias veces en público y se han acusado mutuamente de plagio o de robarse información privilegiada. Dentro del mundo empresarial, Marisa Jubero es, sin duda, la persona que más odia a Stela Miró. Quizás en ella pueda encontrar una aliada. Mi primer paso será concertar una cita con ella, aunque para ello tenga que desplazarme hasta Barcelona.

A la mañana siguiente, después de un liviano desayuno, porque mi estómago

sigue cerrado por los nervios, y tras una nueva noche de insomnio en la que las pesadillas de mi pasado ocupan el poco tiempo en el que caigo dormida, llamo a la central de las empresas de Marisa. En un primer momento, todo son pegas cuando les hablo de concentrar una cita con ella. «Espere un momento, por favor», «en estos momentos se encuentra reunida», «lo siento, pero no puedo localizarla», «ahora tiene una reunión importante», «le ruego, por favor, deje de insistir, la señora Jubero no va a atenderla». Solo cuando menciono el nombre de Stela Miró mi interlocutor empieza a hacerme algún caso. Me dice que le comunicará mi llamada y que se pondrá en contacto conmigo. No me extraño cuando, diez minutos más tarde, es la propia Marisa quien me llama.

—Buenas tardes, ¿es usted Gema Romero? —pregunta con una voz firme, pero que me sorprende por su dulzura, cuando descuelgo el teléfono.

—Sí, soy yo.

—¿La misma Gema Romero que...?

—Sí, la misma —respondo sin dejarle terminar la frase, sabedora de que lo que viene a continuación es una descripción, más o menos detallada, de mi escándalo televisivo.

—¿De qué quería hablar conmigo, señorita Romero?

Decido ir directa al grano. Conocedora de sus disputas con Stela, y teniendo en cuenta que ella conoce el huracán que supuso para mi vida cruzarme con ella, le expongo mis intenciones de desenmascararla ante la opinión pública y lo que, para ello, necesito.

—¿Puede venir a Barcelona? —pregunta en cuanto termino de exponerle mi idea con un tono de voz que denota cierto entusiasmo por su parte ante la idea de tener una aliada.

Dada la premura del viaje, y teniendo en cuenta que mi situación económica no es la que era anteriormente, me tengo que olvidar de viajar en avión y tengo que sacar un billete de AVE. Son casi ochenta euros de diferencia y con eso tengo para pagarme la noche de hotel en Barcelona, en caso de que me haga falta. Además, con el tiempo que se pierde en el aeropuerto facturando

maletas, casi tardo menos en llegar en tren.

Con los nervios dándome bocados en el estómago, tomo asiento en el atestado vagón. Niños corriendo por el pasillo, hombres y mujeres trajeados hablando por el móvil y la megafonía me llevan a reprocharme no haber cogido el billete en el vagón silencioso. Al malestar provocado por los nervios, no tarda en unírsele un incipiente dolor de cabeza.

Me dejo caer en mi asiento, esperando que las dos horas y media que tarda en llegar el AVE a la Ciudad Condal pasen lo más rápido posible. Me pongo los cascos que regalan en el tren, sintonizo una cadena con la música a todo volumen para silenciar el griterío del vagón y cierro los ojos con la esperanza de que el viaje dure un abrir y cerrar de ojos. Dos minutos antes de que el tren se ponga en marcha, alguien me golpea en el hombro.

—Disculpe, señorita. Ese es mi asiento —me dice un hombre trajeado mientras me señala el asiento de ventanilla vacío a mi lado. Bueno, en realidad, es lo que me dice la segunda vez, porque la primera con los cascos puestos no he llegado a entenderle nada.

Cuando pasa por el estrecho espacio que separa mi cuerpo del asiento de delante no puedo evitar notar su olor. Un aroma a hierba recién cortada que me trae recuerdos de lo bien que olía Javier.

Le devuelvo la sonrisa con la que él pasa a mi lado. Cuando se sienta y lo primero que hace es sacar el móvil del bolsillo de la chaqueta, pierde el encanto que había ganado con su olor. No soporto a la gente que vive pegada a su teléfono móvil. Cuando veo que lo saca solo para apagarlo y volver a guardarlo, me lo imagino como un escalador a punto de alcanzar la cima de la gente que me cae bien a primera vista.

—Una pena que no hubiera billetes del silencioso —dice cuando me ve que le estoy mirando como las vacas al tren.

—Al menos en este vagón podemos charlar durante el viaje sin que nos miren raro como en una biblioteca —contesto de forma divertida para iniciar una conversación.

Algo que aprendí durante mi vida de casada con un político es el poder de la comunicación no verbal. Muchas veces un gesto, una mirada, una postura corporal dicen mucho más que una palabra, una frase, incluso que un discurso completo. Gracias a la comunicación no verbal puedes saber si alguien está incómodo contigo, aunque él insista en que no le pasa nada, o puedes saber si alguien miente. También ayuda mucho a la hora de relacionarse con la gente. Si tienes interés en hablar con alguien, deja que sea tu postura corporal la que lo exprese.

En lugar de volver a ponerme los cascos y mirar de frente al infinito del vagón, dejo caer los auriculares en mi pecho y me giro en el asiento hacia mi compañero de viaje, sin cruzar las manos.

Dos horas más tarde, cuando la megafonía del tren anuncia la llegada a la estación de Sants en Barcelona, siento rabia porque se eliminara el tren Estrella, que unía Madrid y Barcelona en horario nocturno y que tardaba nueve horas en llegar.

—¿Vas a pasar la noche en Barcelona? —me dice Jordi, que así se llama el hombre que me ha amenizado el viaje, cuando el tren se detiene.

—Puede... —respondo a la gallega con la mejor de mis sonrisas cómplices.

—Yo tengo que quedarme aquí dos noches. Este es mi número de teléfono, por si decides quedarte y te apetece tomar una copa o si tienes tiempo para salir a cenar. Ha sido un placer conocerte.

—El placer es mutuo —digo guardándome la tarjeta que me ha dado en el bolsillo de mi chaqueta. Después, me froto la yema de los dedos intentando eliminar el cosquilleo que ha despertado en mi mano cuando nuestras manos se han rozado.

Pese a que para ganarme la vida me dedico a hacer vídeos sexuales desde mi cuarto o salón, mi vida amorosa es nula desde aquel día que me dejé llevar con Ángel. No me he sentido estremecer por el roce de otra piel desde entonces y solo las vibraciones de un juguete sexual alimentado por las monedas de unos mirones me han hecho alcanzar un orgasmo en estos años.

Yo siempre había sido muy activa sexualmente hablando y, aunque las traiciones y afrentas sufridas me han hecho ser reticente a relacionarme con la gente, no voy a negar que lo echo mucho de menos. Si la reunión con Marisa sale como espero, quizás haga uso del número de teléfono esta noche.

Con tiempo de sobra para llegar a la reunión fijada, me decido por ir caminando desde la estación de Sants hasta Infortec, la empresa de tecnología e informática de la que es dueña Marisa Jubero, para así despejar la cabeza de pensamientos libidinosos y centrarme en mi charla con la empresaria. Mientras paseo, cambio unos nervios y una tensión sexual por otros menos placenteros, pero que son el verdadero objetivo de mi visita a Barcelona.

La entrada a Infortec es todo lo que se espera del hall de una empresa de alta tecnología. Cámaras de alta calidad, vídeo proyectores de última generación, sistemas de seguridad avanzados y una frialdad a la altura de la robótica en el trato a las personas. Por un momento, llego a dudar si la persona que me atiende en recepción es un humano o uno de esos humanoides tecnológicamente muy desarrollados que salen en series de televisión como Humans o Westworld. Hasta el tacto de su piel es frío cuando me extiende la tarjeta de acceso para la planta superior.

Mi siguiente sorpresa viene al entrar en el ascensor. Al cruzar las puertas, una voz robótica surgida del techo me da la bienvenida por mi nombre y me invita a que acerque mi tarjeta al control de mandos. El ascensor no tiene botones. Cuando pongo la tarjeta que tan «amablemente» me han dado en recepción sobre el panel, las puertas del ascensor se cierran y se pone en marcha. Una vez que has dicho a donde te diriges, parece que no puedes cambiar de idea. El ascensor solo se desplaza al piso que indique el código de tu tarjeta.

A mí me deja en la última planta. Cuando las puertas vuelven a abrirse estoy en el ático del edificio. Una enorme habitación acristalada y sin paredes, con una vista espectacular de la ciudad. Las plantas que decoran la habitación son dignas de figurar en un jardín botánico y de un tamaño que, con solo llevarme una de ellas a mi casa, tendría que dormir en el descansillo.

—Buenos días, señorita Romero —me dice una voz femenina desde detrás de una mesa situada al fondo del jardín—. ¿Ha tenido un buen viaje desde Madrid?

—Mucho mejor de lo esperado, se lo aseguro —respondo acordándome de Jordi—. Una oficina espectacular.

—Muchas gracias. Me ha costado años de esfuerzo y una dedicación total levantarme de donde me dejó tirada Stela Miró y llegar hasta este despacho.

Marisa no se anda por las ramas. Stela es el motivo por el que me ha recibido en su oficina, así que de ella tenemos que hablar.

—Imagino que estará al tanto de mi relación con la señora Miró.

—Sin duda, aunque el término de «señora» no es apropiado para esa bruja. Imagino que estará de acuerdo en eso —contesta Marisa, leyéndome los pensamientos.

—Dado que ahora es una mujer casada con el que era mi marido, creo que señora es lo más educado que le puedo llamar. Por eso quería hablar con usted en persona. Creo que, después de mí, es la persona que más la odia.

—Bendita inocencia... Señora Romero, usted ni se acerca a estar en el top diez de personas que más odian a Stela Miró. Su forma de ser le hace ganarse enemigos mucho más vengativos, rencorosos y poderosos que una simple periodista a la que le han robado el marido.

—Puede ser, no lo dudo. Pero ¿cuántos de esos enemigos poderosos están dispuestos a enfrentarse a ella? —replico con el tono de voz más firme y enérgico que soy capaz de rescatar de mi maltrecho estado emocional.

—Pocos. Hay que ser muy insensato para enfrentarse a Stela.

—O no tener nada que perder...

—Ese también es un buen motivo. El resto de las personas que estarían dispuestas a enfrentarse a Stela aún tienen algo que perder. En cambio, usted...

—A mí Stela ya me quitó a mi marido y mi trabajo. Me hizo abandonar mi profesión y la que era mi casa. Me dejó sin amigos y sin reputación. Yo no tengo nada que perder.

—¿Y no le tiene miedo?

Durante unos segundos, me quedo en silencio. Sé que para Marisa eso ya es una respuesta. No voy a engañarla con lo que puedan decir mis palabras. Mi silencio ya ha hablado por mí.

—Le tengo miedo. Claro que le tengo miedo. Puso patas arriba mi día a día y mi cabeza. Fue como un tsunami que arrasó con todo lo que yo creía atado con firmeza en mi vida. Destrozó mis sentimientos, mis principios y mis valores. Me dio la vuelta como a un calcetín y me asestó la última puñalada de frente, mirándome a los ojos, regodeándose de su poder y su victoria. Le tengo miedo porque no sé hasta dónde es capaz de llegar.

—Le aseguro que es capaz de todo. Es el ser más manipulador, despreciable y ruin al que una persona se puede enfrentar, y todo bajo una imagen de portada de revista. Oculta tanta maldad como belleza muestra al mundo.

Habiendo sentido en primera persona el poder de la mirada de Stela, habiendo sufrido el embrujo del poder de sus encantos, habiendo sentido las emociones y sentimientos provocados por sus besos, esa afirmación me hace temblar.

—Aun así, estoy dispuesta a plantarle cara —digo con menos seguridad en mi tono de voz que la primera vez.

—Te voy a contar lo que me hizo Stela Miró. Si después de escucharme sigues convencida de enfrentarte a ella, yo estaré dispuesta a ayudarte.

»Hace más o menos veinte años, yo era una joven empresaria llena de ideas, sueños y metas por alcanzar. Tenía uno de los currículos más brillantes de la carrera de económicas y la cabeza me bullía de ideas y proyectos. Tenía tantos en mi cabeza que solo podía dormir por las noches sedando mis pensamientos con alcohol o pastillas. Era, lo que los adictos solemos decir, «una adicta controlada». O al menos yo creía tenerlo controlado. Solo bebía por las noches y para poder dormir o solo tomaba pastillas para conciliar el sueño. Durante el resto del día era una brillante empresaria que iniciaba su primera empresa con éxito. Hasta que me hice amiga de otra joven empresaria prometedora. Ya puedes imaginar quién era.

»Sus ideas también eran brillantes y no dude en aceptarla en el consejo de dirección de mi recién iniciada empresa. Durante los primeros años fuimos compañeras, confidentes, amigas, socias e, incluso, en alguna fiesta personal, fuimos amantes. Más tarde, empezamos a salir para celebrar nuestros éxitos, primero los viernes, después los fines de semana, y luego no había noche que Stela no quisiera invitarme a una fiesta o reunión de negocios. Le dejé convertir mi adicción «controlada» en una adicción sin control. Supo ver mis debilidades y acentuarlas. Sin prisa, midiendo cada paso que daba, sin que yo la viera venir, hasta convertirme en una mujer pegada a una botella o a un frasco de pastillas.

»Sé que estarás pensando que fue culpa mía, que yo ya era adicta de antes, lo sé, y tienes razón. Fue culpa mía, pero Stela fue el catalizador que hizo explotar el cóctel de problemas que ya tenía. Y una vez que me convirtió en adicta, me tiró a la basura. Dejó de comportarse como mi amiga y se puso en mi contra. Primero, alegando que era lo mejor para mí, que debía preocuparme solo por recuperarme y no por mis negocios. Después, no se detuvo hasta que el consejo de dirección de la que era mi empresa me despidió y la nombró directora. Así consiguió Stela su primera empresa. Robándomela a mí.

Lo que me cuenta Marisa no me tranquiliza en absoluto. Descubrir hasta dónde es capaz de llegar esa mujer por alcanzar sus metas hace que me pregunte si estoy dispuesta a tanto por alcanzar las mías. Andarse con medias tintas ante alguien sin sentimientos como Stela solo puede llevarte a salir con las orejas agachadas. Si voy a enfrentarme a ella, tengo que ir con todo y con la valentía de aceptar que puedo terminar siendo derrotada.

—Siento lo que te hizo, pero si, pese a ello, sigues dispuesta a intentar vengarte, creo que sé cómo puedes ayudarme a cumplir mis propósitos — replico, explicándole los primeros pasos de mi plan.

El resto de la reunión se convierte en una charla entre amigas, en la que ponemos las cartas de cada una sobre la mesa. Yo le cuento mis planes y ella me asesora en cómo llevarlos a cabo. Se muestra dispuesta a colaborar y añade ideas de que aliñan el plato frío de la que se convierte en nuestra venganza. Salgo de la reunión con el apoyo que venía buscando y con algo que ofrecer a Ángel en nuestro reencuentro. Pese a que su historia me ha conmovido y asustado, sigo firme en mis propósitos, y mi idea de hacerle

pagar a Stela con su misma moneda convence a Marisa de lo idóneo de confiar en mí.

Ha llegado el momento de enfrentarme al regreso y al encuentro cara a cara con una de las personas que colaboró en los planes de Stela para hundirme. Puede que para eso necesite tomarme antes una copa y tener una noche para olvidarme de los problemas.

Con cierto nerviosismo, busco el número de Jordi para mandarle un mensaje. Me paso un minuto mirando la pantalla sin empezar a escribir. Quiero parecer interesada, pero no impaciente, que intuya que mis intenciones van más allá de una copa, pero que tampoco se note en exceso; que encuentre mi oferta irresistible, pero no quiero obligarle a aceptar. La falta de práctica hace que no se me ocurra cómo hacerlo y yo misma me llamo idiota cuando me da por teclear:

«Hola Jordi, soy Gema, la chica del tren. He salido de la reunión con tiempo para tomarme una copa, ¿te apetece?».

Ninguna insinuación, ningún juego de palabras con doble sentido. Un mensaje soso de quinceañera nerviosa. Un desastre.

Estoy tan descontenta con mi mensaje que me sorprende que no tarde ni un minuto en responder.

«Será un placer. Hay un bar al que suelo ir a menudo. Está en Carrer dels Banys Vells. ¿Nos vemos allí a las ocho?».

Un emoticono con una sonrisa es mi única respuesta. O me tranquilizo o va a salir corriendo antes de la segunda copa.

Miro la hora en el móvil. Quedan dos para la cita y me entran las prisas. No quiero presentarme con la misma ropa que llevaba en el tren, quiero darme una ducha y todavía no tengo alquilada una habitación. No espero dormir en ella, pero al menos la necesito para cambiarme, si no quiero tener que hacerlo como Superman en una cabina de teléfonos de esas que ya no existen o en las estrecheces de un cuarto de baño.

Alquilo una habitación barata, me doy una ducha, me pongo el vestido que llevaba en la maleta por si tenía que pasar más de un día en Barcelona —no es que sea muy elegante, pero es lo que hay—, y a las ocho y cinco me presento en el bar en el que he quedado con Jordi, dispuesta a dejar atrás mis nervios y conseguir el propósito con el que le he mandado el mensaje.

Jordi me saluda desde la barra. Ahora que le veo como a una presa me parece incluso más guapo que en el tren. Cuando llego a su altura, le doy dos besos, intentando acortar al máximo la distancia entre sus labios y los míos, pero sin llegar a rozarlos.

—Estás muy guapa —me dice cuando me siento a su lado y pedimos algo.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

—¿Que me hayas llamado quiere decir que te vas a quedar a pasar la noche en Barcelona? En el tren no estabas segura.

—Puede. No quería presentarme con la misma ropa que esta mañana y tampoco me gustan las citas con prisas... —respondo y le doy un trago a mi copa.

Jordi huele igual de bien que en el tren. Al sentarme, he acercado la silla para que, cuando nos miremos, nuestras rodillas casi se rocen. Mientras hablamos, apoyo varias veces mi mano sobre su pierna y cada vez lo hago más arriba y durante más tiempo. No parece molestarle. Le miro a los ojos, mordisqueo mi labio inferior cuando mi mirada se desvía a los suyos y dejo que mi postura de brazos abiertos, piernas descruzadas y mi cuerpo ligeramente hacia delante le deje ver mis intenciones. Hasta la conversación deja atrás los formalismos.

—Y tú, ¿dónde vas a pasar la noche? —le pregunto cuando ya nos han servido la segunda copa con mi mano apoyada en su pierna.

—Siempre que vengo a Barcelona duermo en una habitación del Grand Hotel Central que está aquí al lado.

—Lo he visto al venir... Tiene pinta de ser muy acogedor.

—Lo es. Por eso siempre reservo habitación allí. ¿Te has alojado alguna vez?
—me pregunta, acercándose un poco más a mí.

—No, no suelo venir mucho a Barcelona.

—Pues deberías —dice poniéndome una sonrisa traviesa mucho más seductora que mis infantiles mensajes.

—¿Venir más a Barcelona o alojarme en el Grand Hotel?

—Ambas.

—¿Y para qué quieres que venga más? —pregunto, intentando recuperar mis dotes seductoras.

—Para poder invitarte más veces.

—Hoy todavía estás a tiempo de invitarme a cenar...

Estamos tan cerca el uno del otro que casi puedo sentir su respiración. Tengo muchas ganas de besarle, de olvidarnos de la cena y de subir directamente a su habitación. Entreabro un poco mis labios y recorro la mitad de la escasa distancia que nos separa, segura de que él va a recorrer la otra mitad. Justo cuando nuestros labios van a rozarse, alguien grita su nombre en el bar. Él gira la cabeza y yo me quedo con las ganas.

Una mujer de unos treinta años se acerca a nosotros casi a la carrera. Una punzada de rabia y desconcierto me mantiene sentada recta en mi silla. Jordi se levanta de su asiento y la chica le abraza y le da dos besos.

—¿Qué haces aquí? ¡Ni siquiera has avisado! —grita entusiasmada.

—He llegado hoy y he estado ocupado. Si no, sabes que siempre os aviso.

¿Os? ¿Ha dicho os? ¿A quiénes se refiere? Mi desconcierto aumenta, pero la respuesta no tarda en llegar. Dos hombres y otras dos mujeres no tardan en rodear a Jordi y en abrazarlo.

—¿Qué hacías en nuestro bar, cabronazo? —pregunta uno de los chicos que lo

mantiene abrazado por los hombros.

—Si dejáis de hablar todos a la vez y de atosigarme... os presento a Gema.

El círculo alrededor de Jordi se abre y todos se giran a mirarme como si no hubieran detectado mi presencia hasta ese momento.

—Gema, este grupo de adúladores son mis compañeros de trabajo, aquí en Barcelona.

—De trabajo y de fiesta. Solemos salir juntos siempre que Jordi viene a la ciudad. Mi nombre es Unai —comenta uno de los chicos mientras se acerca a darme dos besos.

Poco a poco, todos ellos se van presentando y me incluyen dentro del círculo que forman alrededor de Jordi.

—Habíamos quedado para tomar una copa e irnos a cenar. Tenéis que venir. No podemos permitir que Gema se vuelva a Madrid sin salir esta noche de fiesta con nosotros —propone una chica de pelo rubio y voz cantarina que me abraza como si fuéramos amigas de toda la vida.

Ir a cenar con los amigos de Jordi no era mi idea para esa noche en Barcelona, y menos cuando antes de que nos interrumpieran estábamos a punto de besarnos, pero me veo obligada a aceptar con una sonrisa ante su insistencia. Al final, los siete salimos del bar y vamos a un restaurante a cenar. Por el camino, uno de los chicos me interroga sobre mi presencia en Barcelona mientras que el resto atosiga a Jordi como si hubieran pasado meses desde la última vez que se vieron.

Cuando llegamos al restaurante, Jordi y yo acabamos sentados frente a frente, como podríamos haber terminado cada uno en una esquina de la mesa. Me lanza una mirada de disculpa y le devuelvo una sonrisa. Estoy segura de que sus planes para esa noche, después de mi llamada, tampoco eran terminar cenando con sus amigos.

Durante la cena intentan hacerme sentir integrada y lo consiguen. Aunque no eran mis intenciones, al menos son divertidos y la velada se me está haciendo

amena. Jordi y yo nos conformamos, por el momento, con dirigirnos varias miradas cómplices.

Por las conversaciones de la mesa, no tardo en descubrir que Jordi y el resto de los allí presentes son algo más que amigos. Las palabras subidas de tono, sus referencias a encuentros anteriores, sus maneras de mirarse y de tocarse, en apariencia inocentes, pero con una gran carga de complicidad, sus risas me hacen pensar que entre ellos hay algo más que una buena amistad.

Cuando el camarero nos trae el segundo plato, Jordi se encarga de reafirmar mi sensación.

—Ya lo siento. No esperaba que nos fueran a interrumpir y hacer una encerrona —susurra desde el otro lado de la mesa, aunque noto que intenta poco no ser escuchado.

—¿Y qué esperabas? —le pregunto mientras sus amigos hablan a nuestro alrededor, aunque noto que lanzan alguna mirada interesada hacia nosotros.

—Me he quedado con las ganas de besarte en el bar...

—¡Ah! ¿Sí? Pues échales la culpa a tus inoportunos amigos. Yo también tenía ganas de que me besaras —añado, intentando dejar atrás mis respuestas infantiles y no ocultando mis intenciones pese a poder ser escuchada.

—¿De qué más tenías ganas? —me pregunta con un brillo de malicia en su mirada, subiendo un poco el tono de voz y captando la atención de su amiga Jessica, que cena a su lado.

—¿Tú qué crees? ¿De qué más tenías ganas tú? —respondo a la gallega con una sonrisa traviesa que completa la intención de mi pregunta. Sé que su amiga nos escucha y quiero ver hasta dónde quiere llegar.

—De saltarme la cena y subir contigo a mi habitación.

Su mensaje es tan directo y la mirada que me lanza desde el otro lado de la mesa tan intensa que siento como un cosquilleo me recorre todo el cuerpo. Su amiga lo mira. Unai, que cena a mi lado, también deja de prestar atención a la

otra conversación y se centra en la nuestra.

—Tendrás que esperar —contesto con cara de pena, dejando ver que sus intenciones no me parecen mal, aunque tengamos que demorarlas en el tiempo, pero sin dejarme llevar delante de sus amigos.

—Si estuvieras sentada a mi lado ahora, tendría mi mano sobre tus piernas para poder acariciarte. Como has hecho tú en el bar conmigo, pero con más descaradas intenciones. —Sus frases me ruborizan y le lanzo una mirada interrogante.

—¡Jordi! —exclamo sorprendida mientras que Jessica y Unai se ríen y captan la atención del resto de la mesa, que ya nos mira sin disimulo.

Yo también deseo que me acaricie con sus manos, pero en el restaurante no es el momento e intento pararle los pies para que no siga provocándome delante de sus amistades.

—¿Quieres dejarme cenar tranquila? —pregunto ruborizada.

Tras dejarme unos segundos en paz, en los que noto el ritmo acelerado de mi corazón contra mi pecho, Jordi vuelve a la carga.

—No solo me he quedado con las ganas de besarte cuando nos han interrumpido... —insiste cuando sus amigos parecen retomar su conversación ajena a nosotros.

—Yo también me he quedado con las ganas, pero para...

—¿Por qué? ¿Tú no tienes ganas de acariciarme?

Miro a mi alrededor con miedo a que me noten que me estoy ruborizando. Jordi no deja de mirarme y eso me pone más nerviosa. Sonrió a su amigo Unai, que me mira, como una niña avergonzada.

—Por nosotros no te cortes. Conocemos muy íntimamente a Jordi y no nos extraña que te sientas atraída —dice Unai, confirmándome lo que yo ya sospechaba, pero descolocándome por completo y avergonzándome aún más.

—A nosotros nos encantan sus juegos y provocaciones. Por eso estamos deseando que venga a Barcelona —añade Jessica al lado de Jordi, poniéndole una mano sobre la pierna.

—Dile lo que tengas que decirle, mujer. A ver si alguien consigue desarmar, por fin, a nuestro Jordi —comenta Alba, otra de las chicas, apoyando los brazos sobre la mesa y su cara entre las manos para no perderse mi respuesta.

—Está bien —digo, asimilando que soy el centro de atención de sus juegos—. Si esta es vuestra manera de divertirlos, no voy a ser quién se quede sin participar. Sí que tengo ganas de acariciarte, pero ahora no puedo y me estás poniendo nerviosa —respondo cuando ya todos los amigos nos prestan atención.

—Lo siento. No puedo dejar de pensar en besarte y en las ganas que tengo de meterme bajo tu vestido. —Jordi sigue siendo directo y descarado. Y me encanta. No puedo evitar excitarme al oír cada una de sus palabras. Me está provocando a posta y no parece tener intención de parar. Si quiero controlar la situación, tengo que tomar la iniciativa y no ser la única que se ponga nerviosa. Tengo que contraatacar y entrar en su juego.

—Lo de mirar bajo mi vestido sí que lo podemos arreglar...

Una respuesta directa, con perversas intenciones. Con la seguridad de que voy a conseguir descolocar a mi contrincante y que recuperaré el control. Mi respuesta recibe los vítores de sus amigos y Jordi recibe el mensaje con una sonrisa. Deja caer su servilleta y aparta ligeramente la silla. Decidida a dejarme envolver en sus juegos, yo separo mis piernas y recojo disimuladamente un poco mi vestido. Lo suficiente para que él pueda vislumbrar lo que esconde, pero no demasiado para evitar la mirada indiscreta de Unai.

Jordi se queda unos segundos por debajo de la mesa y yo me siento observada por todos los presentes, lo que termina de excitarme.

—Bonito tanga. ¿Me lo regalarás esta noche? —Jordi no retrocede ni un ápice en sus intenciones. Sus amigos lo festejan, se sonríen, se dan codazos cómplices y me incitan a seguir con la conversación. Con la vergüenza cada

vez más arrinconada por la excitación, no dudo en responderle.

—Solo si terminas lo que estás empezando, porque me estás poniendo mala.

—¡Esa es mi chica! —exclama Alba entusiasmada con mi respuesta, pero Jordi va a más. Su siguiente frase hace que me tenga que morder el labio para controlarme.

—¿Sabes? Tú también has hecho que me excite al dejarme mirar por debajo de la mesa.

Mi atrevimiento ha causado el efecto deseado: no ser la única que se acalora durante la conversación. Pero sus palabras hacen que mi imaginación eche a volar y la situación se me vaya de las manos. Imágenes de él besándome, recorriéndome con sus manos o de su excitación marcada en sus pantalones terminan de excitarme. Por suerte, acaban de traernos los postres y yo he pedido un helado.

—Si sigues comiéndote así el helado, chupando de esa manera la cuchara, no voy a poder controlarme.

Jordi me hace sonreír. Él me ha provocado con sus palabras. Yo con mis gestos. Sus amigos ríen, divertidos.

—¿Y qué vas a hacer? Además de tus amigos, que veo que ya te conocen y no tendrían mucho problema en ayudarte, estamos rodeados de gente —bromeo, segura de que no va a poder hacer nada para evitar mis provocaciones y de que va a tener que aguantarse como llevo haciendo yo un rato.

Aunque la situación resulta peligrosa, no quiero que se rebaje nuestra tensión sexual. Es morbosamente placentero estar excitada en presencia de sus amistades y saber que él también lo está.

—Me voy a ir al baño. Podrás notar mi excitación por el bulto de mi pantalón al irme. Puede que solo vaya a asearme o quizá vaya a masturbarme para calmarme de tus provocaciones. Te lo dejo a tu imaginación.

Su respuesta me sorprende, desconcierta y excita. Sus amigas aplauden

entusiasmadas y sus amigos ríen mientras murmuran: «Será cabronazo».

—¡No serás capaz!

Es lo primero que me sale responderle justo antes de que se excuse y se incorpore para ir al aseo. El bulto en su pantalón es más que evidente para mí, que no puedo mirar a otro sitio cuando se levanta. Una descarga de excitación me recorre la espalda y me hace contraer las piernas. Sus amigas también le miran con descaro. Alba incluso se muerde los labios mirando como el pantalón de Jordi se deforma intentando contener su excitación. Cuando desaparece por la puerta del baño, mi imaginación hace el resto.

Intento pensar en que no va a ser capaz de hacer lo que me ha dicho, pero sus amigos no tardan en decirme que es muy capaz de hacerlo. Mi cabeza no deja de imaginárselo acariciándose en el baño. Primero despacio, conteniendo sus caricias y suspiros, mordiéndose los labios, esos que aún no he podido besar, aumentando la intensidad según se le va acelerando el ritmo cardiaco, sujetándose en la pared del baño cuando sus piernas empiezan a temblarle, escapándose de su boca los jadeos cuando su cadencia ya es frenética y tiene que controlar sus gemidos para que no se oigan mientras su mano acaricia su sexo, para alcanzar un orgasmo con todo su cuerpo temblando, recuperar la respiración poco a poco y asearse antes de volver a salir y sentarse frente a mí. Justo sale del aseo cuando mi mente lo imagina recuperado.

—Eres un capullo —digo cuando vuelve a sentarse frente a mí con una sonrisa de triunfo en los labios.

Sabe que, haya pasado lo que haya pasado dentro del aseo, me tiene donde él quiere. Morbosa, excitada, con la imaginación funcionando, como una máquina a vapor caldeando mi cuerpo, y la libido por las nubes. Si me lo pidiera le dejaría hacerme suya delante de sus amigos. Unos amigos que no dejan que la conversación se relaje y que incluso me incitan a hacer lo mismo que ha hecho Jordi. Me niego, en realidad estoy disfrutando enormemente de la sensación de sentirme excitada. No quiero relajarme, quiero que vaya a más.

El helado no me ha servido de nada. Mi provocación intentando tomar el control se ha terminado volviendo en mi contra. Estoy tan excitada que si me hubieran echado un litro de helado por encima se hubiera derretido sin calmar

para nada mis calores. Me han excitado tanto sus palabras y provocaciones que temo que, al terminar la cena y levantarnos, mis piernas no puedan mantenerme en pie. Jordi sigue provocándome con sus miradas y palabras obscenas.

—¿Me has imaginado masturbándome?

—Sí, lo he hecho y me las vas a pagar —contesto sin mentir, con una mezcla de sensaciones recorriendo mi cuerpo. Sensaciones de placer y de rabia, de deseo y odio, de malicia y enfado. Me acuerdo de la última vez que tuve unas sensaciones parecidas.

Fue en casa de Stela, tumbada encima de su mesa mientras oía a los demás alcanzar sus orgasmos y yo no podía moverme y casi rogaba porque me ayudaran a alcanzar mi clímax. Pero hoy nadie me ha pedido que no me mueva y una idea va floreciendo en mi mente. Jordi va a pagar su osadía.

Aunque es una tortura no poder alcanzar el clímax, los nervios de estar siendo observada y las sensaciones de placer que me recorren son como una droga que me tiene enganchada.

—¿Qué os parece si nos vamos a tomar unas copas a la discoteca? —pregunta Unai cuando todos hemos terminado de tomar el postre.

Todos parecen aceptar entusiasmados, así que me uno a la idea. En realidad, la sugerencia se asemeja mucho a la idea que yo tenía. Coloco bien mi vestido antes de levantarme y espero que las piernas me sujeten, pese a que hace rato que me tiemblan.

Cuando salimos a la calle, el aire fresco de la noche calma mis calores, pero Jordi no parece dispuesto a dejar que me relaje. Se acerca a mi lado, me agarra de la cintura con delicadeza y me susurra:

—Tengo ganas de follarte...

Es tan directo, tan obsceno, tan acorde con mis pensamientos que su frase malsonante tiene el mismo efecto en mí que una caricia intensa o un beso profundo. La contracción de placer que me produce me hace agarrarme a su

cintura con más fuerza.

—Eres un cabrón, pero no sabes con quién has ido a topar... Espero que seas capaz de dar la talla —digo sugerente antes de entrar por la puerta de la discoteca.

Cuando entramos en el local, la idea de mi cabeza termina de florecer. El local es un lugar amplio, con luz tenue que permite alguna caricia furtiva, con gente, pero sin llegar a ser agobiante. Pienso que igual no me hace falta llegar a la habitación del hotel para comprobar las dotes de mi acompañante. Siempre me ha dado morbo tener sexo en lugares en los que pudiera ser descubierta, en los que el peligro a ser interrumpidos aumenta la pasión y el deseo, y esa discoteca es un lugar perfecto.

Tras pedir unas copas en la barra, mis nuevos amigos, Jordi y yo nos vamos a la pista de baile. Cazo a mi presa antes que ninguna de sus amigas se me adelante y empiezo a bailar con él. Una danza de seducción en la que me excedo en caricias, roces y provocaciones. Con cada baile latino restriego mi cuerpo contra el suyo con pérfidas intenciones, con cada baile lento me pego tanto a él que puede sentir los latidos de mi acelerado corazón; cada vez que la luz se hace más tenue mis caricias son en lugares más prohibidos. Un cortejo sexual, más que sensual, que me mantiene en un estado de excitación extremo, pero que parece surtir el mismo efecto en mi presa. Disfruto de sentir el tacto de su sexo duro entre mis manos, pero cuando intenta besarme le paro los pies. Le va a tocar sufrir.

Me encanta notarle ansioso, ver en su mirada cómo me desea. Ahora va a comprobar quién es Gema Romero cuando el deseo se apodera de sus pensamientos.

Cuando veo que ya no puede más, e insiste en intentar besarme, dejo de bailar a su lado y me uno a su grupo de amigos que, hasta ese momento, bailaba cerca de nosotros, disfrutando de nuestra ritual de cortejo. Estoy segura de que mis bailes y movimientos no solo han excitado a Jordi y también sé que sus amigas tienen envidia y desean estar en mi lugar.

En cuanto me separo de él, Alba ocupa mi sitio. La forma de moverse y el deseo que refleja su mirada delatan que ella también está excitada y que le

desea. Yo bailo un poco con Unai mientras observo como Jordi no deja de mirarme.

Los movimientos de cadera de Alba son tan sugerentes que terminan por captar también mi atención. Y entonces sale a la pista la Gema más lasciva y provocadora que hibernaba en mi interior.

Me acerco a Alba y empiezo a bailar con ella. Me sigue el juego. Tanteamos, nos movemos y captamos la atención de todo el grupo. Alba tiene una mirada encendida, una sonrisa pícaro y el alma traviesa que yo también escondo.

—¿Has besado alguna vez a otra mujer? —susurro a su oído cuando en uno de los bailes nuestros cuerpos se rozan.

—Pues claro. ¿En qué estás pensando? —responde sonriendo traviesa mientras sus manos dibujan mis caderas y me hace dar un giro.

—En darle su merecido a Jordi...

—Cuenta conmigo...

Alba y yo nos besamos por primera vez. Al contrario que en otras primeras veces, este no es ese primer paso en la oscuridad inseguro y miedoso que solemos dar cuando entramos en terreno desconocido. Es más impulsivo, decidido, como quien salta desde un trampolín a la piscina sin mirar siquiera. El beso no es un preliminar, es pura pasión y deseo.

Abro los ojos en medio del beso para ver la cara que pone Jordi. Tiene los ojos abiertos, se mordisquea los labios y se mueve inquieto.

Susurro unas palabras sucias al oído de Alba antes de volver a besarla. Esta vez con mis manos perdidas entre su negra melena y mordiéndole suavemente los labios. Unos labios dulces y frescos. Cuando terminamos de besarnos por segunda vez, Alba me agarra de la mano y me lleva con ella. Las dos pasamos al lado de Jordi. Cuando estoy frente a él suelto toda mi malicia.

—¿No deseabas follarme? —digo a su oído, exhalando lujuria en cada una de las sílabas.

—Sí —responde sin dudar al final de un jadeo.

—¿Y a qué coño estás esperando? —pregunto sin poder controlar la obscenidad de mis palabras mientras dejo que Alba siga guiando mis pasos.

Cuando llegamos a la puerta del baño, el de las chicas está ocupado. Alba y yo nos deslizamos a escondidas dentro del de los hombres. Nos entretenemos en besarnos hasta que alguien llama a la puerta. Sin preocuparme de las miradas furtivas de la gente, la abro y arrastro a Jordi conmigo.

Jordi se deja de provocaciones y juegos. Me besa con pasión mientras le tiemblan las manos a la vez que se suelta el cinturón. Nuestro primer beso y no puede ser más lujurioso. Alba nos mira sonriente a su espalda. Yo le guiño un ojo.

Tampoco me ando por las ramas y, mientras dejo que mi lengua juegue dentro de su boca, voy subiéndome el vestido y deshaciéndome del tanga. Alba acude a ayudarme. Mientras Jordi no deja de besarme, ella mordisquea mi cuello y acaricia mis nalgas con sus cálidas manos por debajo de mi vestido.

Sensaciones de placer casi olvidadas en estos dos años me recorren entera. Los orgasmos alcanzados en mis sesiones de webcam son placenteros, alguno incluso intenso, pero nada como la sensación de compenetrarse con otros cuerpos, otros placeres, con otros orgasmos. Siento tanto placer que jadeo sin importarme que la música de la discoteca no pueda mitigar mis gemidos.

He tenido sexo con varios hombres en mi vida, he fantaseado con mujeres, incluso he llegado a sentirme atraída por una, pero nunca he participado en un trío. Esta es mi primera vez y está siendo muy placentera.

Jordi ha liberado mis labios y me besa en el cuello mientras que las manos de Alba se han vuelto más descaradas y se aventuran a masturbarme entre las piernas. Las bocas de ambos se encuentran sobre mi hombro y se besan con pasión. Al hacerlo, Alba se deja llevar por su excitación, me penetra con dos de sus dedos y hace que grite. Creo que está haciendo conmigo lo que se muere por hacer entre sus propias piernas.

Mientras bailábamos en la pista delante de sus amigos, le he prometido un

orgasmo y quiero empezar a cumplir mi palabra. Liberándome de sus dedos, me giro hacia ella y empiezo a desabrocharle la blusa. Libero sus firmes pechos de la prisión de su sujetador y dejo que mi boca se apodere de uno de sus pezones y empiece a mordisquearlo, lo que le arranca gemidos de placer que se ahogan en la boca de Jordi.

Para ello, tengo que agacharme ligeramente y eso hace que mi culo se pegue al bóxer de Jordi, que ya se ha liberado de sus pantalones. En esa postura soy una presa fácil y Jordi no lo desaprovecha.

Solo con los preámbulos necesarios para colocarse un preservativo, y mientras yo estoy entretenida arrancando jadeos de la boca de Alba, Jordi me penetra y me hace soltar mi presa del placer que me provoca.

Alba disfruta mirándonos. Es tan provocadora la escena que se quita la falda y sus bragas y empieza a acariciarse frente a mí sin dejar de observar como Jordi me hace suya.

Su sexo emana un olor embriagador y el brillo de sus dedos me invita a querer saciar mi sed. Agarrada a sus caderas para sujetar el temblor de mis rodillas, dejo que las embestidas de Jordi acaben hundiendo mi cabeza entre sus piernas.

Alba se agarra con las manos al lavabo y se ofrece a mis besos y caricias. Jordi gime a mi espalda, Alba lo hace sobre mí y todo mi cuerpo suda y se convulsiona de placer. Mi primer orgasmo no tarda en llegar. No es la primera vez que mis labios se mojan de un placer femenino, pero sí es la primera vez que es mi lengua la que extrae el líquido prohibido, y sentir como su sexo se contrae a mis besos hace que el mío estalle de placer.

Jordi no se detiene. Mi lengua tampoco. Con la cara atrapada entre los muslos de Alba solo el olfato, el oído y el tacto me sirven como sentidos. El calor del sexo de Alba en mis labios, los aullidos de placer de Jordi al borde del orgasmo, el olor a sexo que invade el cuarto de baño, todo hace que me mantenga al borde de otro orgasmo.

Siento como Jordi convulsiona dentro de mí al mismo tiempo que Alba agarra con sus manos mi cabeza y me hunde contra sus piernas. Estoy a punto de

hacer que dos personas vacíen sus placeres en mí y eso obnubila mis sentidos hasta el borde del desmayo. Jamás había experimentado una sensación igual.

Noto como Jordi me abandona, como la respiración de Alba se acompasa y yo me pongo en pie, sujetándome en el lavabo para no caerme.

Poco a poco nos relajamos sin dejar de darnos besos entre los tres, cada vez más calmados, hasta que la situación nos hace sonreír y estallamos en carcajadas.

—Te lo has ganado —digo sonriendo con picardía mientras guardo mi ropa interior en uno de los bolsillos de Jordi.

Él regresa a la pista de baile. Alba y yo salimos del aseo y nos metemos en el cuarto de baño de las chicas para arreglarnos. Pero entre que sigo excitada y las palabras que me susurra al quedarnos a solas, tardamos algo más de lo debido en salir del baño.

—Yo también quiero hacerte tener un orgasmo...

Es su lengua la que me hace alcanzar un nuevo climax, ahora en el baño de las chicas, mientras que Alba se ayuda de su propia mano para alcanzarlo junto a mí.

La noche no termina en la discoteca y puedo volver a disfrutar de la sensación de compartir mis placeres, esta vez a solas con Jordi, en una habitación de hotel cuando las primeras luces de la mañana entran por la ventana.

El viaje de regreso a Madrid no es tan estimulante como el viaje de ida. Me paso el trayecto de dos horas y media oyendo a una madre gritar a sus hijos que viajan en los asientos delanteros, mientras ella no deja de levantarse y pedirme que le deje salir. Ni siquiera tengo la oportunidad de ordenar mis pensamientos. Cada vez que intento preparar el reencuentro con Ángel, un grito o una risa me desconcentra. ¿Cómo te enfrentas a una de las personas que ayudó en el plan que te hundió la vida? Tendré que pensarlo en el viaje en coche de Madrid a mi antigua ciudad.

Tras mi encuentro con Roberto, he viajado más que en los últimos dos años. Desde que mi vida se convirtió en debate televisivo y centro de atención de programas de la prensa rosa, casi no he salido de mi casa y mucho menos de Madrid. Y, en menos de dos días, ya he ido a mi pueblo a hablar con mi madre y a Barcelona a una reunión con una empresaria. Ahora me dispongo a regresar al lugar donde todo empezó.

Durante el viaje me voy armando del valor suficiente para enfrentarme al reencuentro con mi pasado. Ángel fue parte esencial para que el plan de Stela saliera adelante y también era la última persona con la que había tenido sexo, hasta ayer. En el salón de su casa, grabada en un vídeo que ha visto ya más de media España, en un encuentro salvaje en el que alcancé tres maravillosos orgasmos. ¿Qué sensaciones dominarán mi cabeza cuando entre, de nuevo, en aquel salón? ¿Los de rabia por ser traicionada o los placenteros del encuentro sexual? No lo sé, pero no voy a tardar en descubrirlo.

Cuando salgo de la autopista, en el desvío que me lleva a mi pasado, una sensación de angustia me invade. ¿Y si en estos dos años Ángel se ha mudado? ¿Y si ya no tengo manera de localizarlo?

Con el modo de vida que tiene Ángel, o al menos tenía, no sería de extrañar que se hubiera cambiado de casa. Recuerdo que cuando la visité, hace dos

años, era una casa muy modesta en la que solo destacaba una habitación llena de aparatos informáticos. Él me dijo que era un chico joven que apenas salía de casa y que, aunque disponía de medios para vivir en una más lujosa, no le sería fácil justificar esos ingresos. Pero las cosas han podido cambiar.

Si es así, voy a tener que rehacer mi plan por completo. Como ocurrió con el plan de Stela para destruir mi reputación, el mío depende, en gran parte, de mi encuentro con Ángel y de la información que me pueda dar de su pasado. Sin esa información no voy a tener por donde continuar.

Por otro lado, si Ángel se ha mudado y no puedo hablar con él, tampoco corro el riesgo de que termine traicionándome. Sus lazos con Stela vienen de lejos y, por muy tentadora que pueda ser mi oferta para él, y aun sabiendo que se vende al mejor postor, eso no significa que vaya a renunciar a las fiestas, los favores y la complicidad con ella. Lo que tengo claro es que él no es una persona en la que pueda confiar ciegamente y es algo que ya tengo meditado.

Estaciono mi coche frente a su casa. Desde que apago el motor pasan cinco minutos hasta que me atrevo a salir. Al hacerlo, me veo reflejada en el escaparate de una tienda de ropa. Sé que uno de los mayores atractivos de Stela para Ángel es precisamente su apariencia física. Una mujer tan guapa como ella ya parte con una ventaja sustancial a la hora de conseguir el beneplácito de un hombre. Si, además, tiene una personalidad arrolladora, una mente abierta y disfruta de ser sensual, insinuarse y es capaz de llegar hasta el final con sus provocaciones, los hombres caen rendidos a sus pies. La imagen que me devuelve el escaparate me agrada.

En estos dos años me he dejado el pelo más largo. Los gastos en peluquería no son una prioridad en la actualidad. Pese a que ya he cumplido los cuarenta, el tono rojizo de mi pelo sigue sin verse asaltado por las canas y sigo conservando una buena figura de la que disfrutaban mis espectadores en la web erótica. Los meses que pasé comiendo solo una vez al día mientras me instalaba en Madrid ayudaron a conservar mi figura delgada. Para la ocasión, me he vestido de manera elegante, pero provocadora, para conseguir captar su atención, y llevo puesto el mejor de mis perfumes: una mezcla de ámbar, jazmín, azahar y rosa que espero nuble de forma momentánea sus pensamientos y me permita descolocarlo para no ser la única que esté nerviosa durante el encuentro. Esa es mi mejor arma. Ya que no voy a poder evitar sentirme

incómoda en el reencuentro, al menos que Ángel tampoco lo esté. Tengo que igualar las fuerzas en ese sentido.

El portal está abierto y no tengo que llamar para poder subir. En esta ocasión, al contrario que cuando he ido a visitar a mi madre, toco el timbre nada más llegar frente a la puerta. Sin anestesia. Con la ligera esperanza de que ya no viva allí dándome fuerzas para llamar.

Unos pasos al otro lado de la puerta erizan los pelos de mi nuca. Siento que me observan a través de la mirilla, como un jaguar observando los movimientos de su presa antes de saltar sobre ella. Intento mantenerme firme, aunque me tiemblan las piernas. La puerta se abre.

—¡Qué sorpresa! No esperaba volver a verte —Ángel no se ha cambiado de casa y me recibe con una amplia sonrisa.

—Yo tampoco esperaba tener que hacerlo.

—¿A qué debo entonces esta inesperada visita? —me pregunta apoyándose en el marco de la puerta.

—Negocios... ¿Sigues dedicándote a destruir la vida de la gente?

—Depende de a quién y de cuánto pueda ganar. Es un negocio muy lucrativo.

—¿Puedo pasar?

Ángel tampoco ha cambiado mucho en este tiempo. Sigue teniendo el pelo corto y negro como su alma, sus ojos claros siguen llenos de vitalidad y vacíos de sentimientos. Lo único que ha cambiado en él es que ya no da la imagen de friki informático que daba cuando le conocí. Ahora tiene más pinta de hombre de negocios.

—¿Quién es, cariño? —Una voz femenina y familiar se escucha desde el fondo de la casa. Al parecer, eso sí ha cambiado y Ángel ya no vive solo.

—Una vieja amiga en común que ha venido a visitarnos.

¿Vieja? ¿Amiga? ¿En común? Intento recordar de qué me suena esa voz. Pero

no necesito pensarlo mucho tiempo. El misterio se revela cuando la veo entrar en el salón.

—Marta...

—¡Gema! ¿Qué haces tú aquí? —me pregunta la joven actriz que se hizo pasar por prostituta, con la misma cara de sorpresa en su rostro que yo debo de tener en el mío.

—¿Estáis juntos? —pregunto de manera estúpida después de haberla oído llamarle cariño.

—Sí, Ángel y yo empezamos a salir después de... bueno, ya sabes después de qué. No te mentía cuando te decía que me parecía un chico irresistible. —La voz de Marta destila incomodidad en cada una de sus palabras.

—Será en lo único que no me mentisteis entonces.

—No te creas. La mejor mentira es aquella que se oculta tras una buena capa de verdad —dice Ángel mientras agarra a Marta por la cintura y me recuerda a las palabras de Roberto en mi casa. Una alarma interior se enciende—. Marta se llama Marta y estudiaba para actriz. Yo me llamo Ángel y la historia de la prostituta de la que me enamoré de adolescente también es cierta. Cuando te hablé de que la sociedad está corrompida hasta el tuétano y que no debes fiarte de nadie, absolutamente de nadie, no podía estar siendo más sincero. Solo tienes que poner la tele o leer la prensa.

—En realidad, no estoy aquí para hablar de lo que pasó hace dos años. Estoy aquí para ver si puedes... podéis, ayudarme a devolver el golpe.

—¿Quieres enfrentarte a Stela? ¡Ole tus ovarios! —exclama Marta desde el pasillo.

—Stela es muy poderosa. Se hizo más de lo que era desde que se convirtió en la mujer del alcalde y ahora lo será aún más si Javier llega al Congreso. ¿Cómo va a enfrentarse una periodista en paro que se dedica a hacer espectáculos eróticos en Internet a una mujer tan poderosa? —me interroga Ángel, dejando caer cada una de sus palabras como una losa sobre mi ánimo.

—¿Cómo sabes tú eso? —digo completamente descolocada y con la bochornosa sensación de haberme quedado desnuda frente a ambos.

—Otra cosa en la que no te mentimos... Soy un experto hacker informático. No hay nada en Internet que guarde secretos para mí.

—¿Pero cómo...? ¿Cómo puedes saber lo de los espectáculos eróticos? —Las piernas han empezado a temblarme. Si de algo estaba segura, era de haber mantenido a salvo mi anonimato antes de convertirme en Sweet_Lady, y resulta que ya eran tres las personas de mi pasado que me habían descubierto.

—Porque sigues siendo tan descuidada como cuando nos conocimos.

—Por favor, explícame cuál es el descuido que he cometido esta vez —pido, intentando aprender de mis errores e intentando resistir al golpe bajo.

—Muy sencillo. Publicar tu blog y emitir los vídeos desde la misma dirección IP. Cuando desapareciste de la ciudad te perdí el rastro, pero meses más tarde surgió una bloguera que creaba polémica en las redes sociales con un estilo periodístico muy parecido al que usabas tú cuando publicabas en tu periódico. No tardé mucho en descubrir que desde ese mismo ordenador que publicaba el blog, desde esa dirección IP, se conectaban mucho a una web de vídeos eróticos. Por cierto, haces un trabajo excelente en esa web.

Me siento morir de vergüenza. Sonrojada y temblorosa, me encuentro como el día que descubrí que Ángel era el chico que me había salpicado con su semen en la cena en la casa de Stela. Si mi idea antes de entrar en la casa era ponerle a él tan nervioso como estaba yo, me acababa de llevar un golpe de realidad en la cara.

—¿Has visto alguno de esos vídeos? —pregunto una vez más de forma estúpida, sabiendo de antemano la respuesta.

—¡Por supuesto! Marta y yo solemos ver tus espectáculos juntos, Sweet_Lady. Somos los que más monedas aportamos cuando sirven para hacer vibrar el consolador que usas en tus shows.

—Casi siempre terminamos follando cuando te vemos —añade Marta para

terminar de avergonzarme.

—Quisiera hablar de negocios contigo, por favor —digo intentando cambiar de tema y tomar el control. Si la conversación sigue por los derroteros de mis vídeos en Internet y las cosas que ellos hacen mientras me observan, voy a terminar por salir corriendo.

—Toma asiento en el sofá. ¿O prefieres que te traiga la silla de madera?

La sola mención de la silla en la que me hizo sentarme para grabar como me masturbaba y en la que me dejé llevar para terminar follando con él en el suelo del mismo salón en el que ahora estamos me hace ruborizar. Si es que es posible ruborizarme por encima de la vergüenza.

Me siento en el sofá, desde el que me observaba ese día, sin llegar a responder, y dejo que ellos dos se sienten juntos en el sillón.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu plan?

—Siempre presumes de que eres capaz de conseguir los secretos mejor guardados de cualquier persona. Yo necesito que compartas conmigo los secretos de Lucía Gómez. Imagino que sabes quién es —respondo, sin saber si Stela me dio su verdadero nombre cuando hablamos de su infancia durante nuestra cena íntima.

—Por supuesto. Y tampoco me sorprende que lo sepas tú. Como te he dicho antes, la mejor mentira se oculta debajo de un buen baño de verdad. Lucía Gómez es el nombre que le pusieron a Stela Miró al nacer. Ella se lo cambió cuando se hizo mayor de edad. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Quiero saberlo todo. ¿A qué colegio fue? ¿Quiénes eran sus amigas? ¿Dónde vivía? Todo.

—¿Y qué estás dispuesta a pagar a cambio? Te recuerdo que mis favores no son gratis y que tú no andas muy sobrada de dinero desde tu divorcio.

—Creo recordar que tus favores no se suelen pagar con dinero. Como me decías... ¡Ah, sí! Ya recuerdo. Favor por favor se consiguen mejores tratos

que con el sucio metal de por medio.

—Buena memoria, Gema. ¿Y bien? ¿Cuál es ese favor que me ofreces? —me pregunta Ángel con verdadero interés en su mirada.

—Estoy segura de que conoces Infortec. Es la empresa de tecnología más importante de España y también es la mayor competidora de las empresas de Stela.

—Claro que la conozco. A la empresa y a Marisa Jubero. Un genio dentro del mundo de la informática. Su sistema de seguridad está siendo instalado en casi todas las empresas y sedes gubernamentales del país y es uno de los más complejos de piratear.

—¿Y si yo pudiera ofrecerte toda la información que ese sistema de seguridad protege? ¿Y si pudiera darte acceso a esos sistemas siempre y cuando no llames mucho la atención?

—Me interesa. Explícate.

—El sistema de seguridad es inaccesible si no se dispone de un archivo que ha creado la propia empresa Infortec. A cambio de la información de Stela, yo puedo entregarte ese archivo siempre que hagas un uso responsable de él. Como con la marihuana, que sea solo para uso personal y que no montes una plantación para venderla.

—Muy bien, creo que podemos llegar a un acuerdo. Necesitaré un día para obtener toda la información que me pides. Puedes volver mañana por la tarde —dice Ángel mirando a Marta, que le está dando pequeños golpes con el codo para llamar su atención—. A cambio quiero el archivo de Infortec... y que nos hagas a Marta y a mí uno de esos espectáculos que haces por Internet, pero en vivo.

Ambos sonríen en el sillón. Los veo disfrutar descolocándome de nuevo y ambos se besan de forma apasionada antes incluso de escuchar mi respuesta.

—Solo si esta vez no hay cámaras de por medio —respondo con una idea rondando ya por mi cabeza. Esta vez no voy a dejar que se aprovechen de mí

—. Nos vemos mañana entonces.

Preocupada por saber si Ángel seguiría viviendo en la misma casa, ni siquiera había pensado en que tuviera que esperar por la información. El viaje de regreso a Madrid en coche es largo y saber que voy a tener que volver me hace plantearme el quedarme en mi antigua ciudad hasta tener la información. Sin pensarlo mucho, me decido a llamar a Roberto. Quiero decirle que me he puesto en marcha y ponerle al día. Cuando contesta a mi llamada, el tono de su voz es de agradable sorpresa.

—¡Hola, Gema! No esperaba que me llamaras. ¿Estás bien?

—Sí, Roberto, estoy bien. Ya me he puesto en marcha con el plan. Voy a intentar recuperar mi nombre.

—Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes. Si lo vas a hacer, tiene que ser con la seguridad de llevarlo a cabo.

—Está bien. Estoy haciendo lo necesario para recuperar mi nombre como me aconsejaste. Voy a terminar con Stela y con tu hermano y ya he dado los primeros pasos para conseguirlo.

—¿Qué pasos son esos?

—Para ponerte al día te llamaba. ¿Qué te parece si me invitas a cenar esta noche?

—¿A cenar? Eh...Vale. Estupendo.

—¿Te sorprende que quiera cenar contigo? —pregunto al descubrir las dudas en su tono de voz.

—Me sorprende que quieras quedar para cenar cuando todavía estamos a tiempo de ir a comer...

—Tengo otros planes ahora. Mejor para cenar, si no te importa.

A Roberto, como ya suponía, no le importa. Ir a comer es algo que se hace con una amiga, ir a cenar es algo que se hace en una cita. Sabía de antemano que la

idea de la cena le iba a gustar más, aunque en un principio le haya descolocado un poco. Mi idea, en realidad, es la de aprovechar la tarde para recorrer la ciudad y visitar aquellos lugares que me hagan recordar por qué deseo tanto vengarme. Y que Roberto me deje un sitio donde dormir.

Aprovechando que Javier y Stela se han trasladado a Madrid puedo hacer una visita a mi antigua casa, a la que se encuentra en las afueras donde yo pensaba que Javier y Marta tenían sus encuentros, echar una ojeada a la sede del partido y acercarme a la redacción del periódico donde antes trabajaba. Tengo claro que en algún momento voy a tener que enfrentarme a los fantasmas de mi pasado. Ya me he reencontrado con Ángel y Marta, y estoy segura de que no tardará en pasar lo mismo con Stela y Javier. Lo mejor para irme acostumbrando es enfrentarme también a los lugares que me traen recuerdos de lo vivido.

Desde donde me encuentro, el edificio que tengo más cerca es la sede del partido y está de camino al periódico. Paso por allí sin bajarme siquiera del coche. La sola imagen del logotipo en la fachada ya me evoca el recuerdo del nido de víboras que anida detrás de sus puertas. Muchas de las noticias que he publicado en mi blog durante estos años tienen que ver con las corruptelas y delitos que se cometen tras las puertas de las sedes de los partidos políticos. Todos y cada uno de ellos son una mina de noticias para un periodista que no haya sido sobornado por la publicidad institucional en sus páginas. La prensa nacional no publica todo lo que sabe por miedo de morder la mano que les da de comer. Los periodistas independientes no tenemos ese miedo. Normalmente, tampoco tenemos nada que comer.

Desvelar a la opinión pública todo lo que ocultan los partidos políticos entra dentro de mis planes desde que tanto el partido de mi exmarido como el que ejerce la oposición en mi ciudad me traicionaran sin escrúpulos.

Con esa rabia recorriendo mis venas llego hasta el que era mi antiguo lugar de trabajo. El periódico donde mis sueños de ganar el Pulitzer en algún momento de mi carrera se terminaron convirtiéndose en pesadillas. El escándalo sexual y político en el que me vi envuelta no era la noticia con la que soñaba abrir las portadas.

Aparco el coche y, tras unos segundos mirando la puerta de entrada como si

ella tuviera que dar el primer paso, me decido a entrar sin un verdadero motivo. Solo para ver si soy capaz.

Tras cruzar la puerta de entrada, el mismo conserje que me había saludado con amabilidad cada día que había ido a trabajar a la redacción me mira con cara de extrañeza como si se le hubiera desencajado la mandíbula al abrir la boca.

—Señora Romero... ¿qué hace aquí? —pregunta cuando puede articular palabra.

—Gema... siempre me has llamado por mi nombre. ¿A qué viene ahora tratarme de señora, Alberto? Venía a recordar el pasado. ¿Cómo van las cosas?

—Esto... Sabes que no te puedo dejar pasar, ¿verdad?

—Lo sé, lo sé. Sólo quería recordar qué se sentía al cruzar esas puertas. Saludar a algún viejo conocido y volver a la sucia cloaca a la que me echaron. Nada más.

—Lo siento, Gema, pero nadie de la redacción quiere saber nada de ti desde lo que pasó. La imagen del periódico quedó muy dañada con tu escándalo. Casi tuvimos que cerrar.

—Lo sé, aunque ninguno de los que me hacía la pelota constantemente se molestó en llamarme para preguntar qué había pasado. Nadie se molestó en indagar los hechos desde mi punto de vista. Pero lo entiendo.

—Toda la gente murmuraba lo mismo esos días al entrar y salir por la puerta. Tras el escándalo nadie quería anunciarse en el periódico. El Ayuntamiento cortó los ingresos fijos en publicidad institucional. Algunos fueron despedidos en el recorte de plantilla. Y todos te echan la culpa a ti.

Que en el periódico no iba a ser bien recibida era algo que también sabía. Había seguido desde Madrid toda la situación que había atravesado el periódico desde mi marcha. La mala imagen había conseguido que la tirada se viera reducida casi a la mitad. Los anunciantes huían despavoridos como palomas ante un disparo. El Ayuntamiento, con Javier como alcalde, eliminó

los anuncios en el periódico que había intentado dañar su imagen y se los había asignado a la competencia. Sin ingresos por publicidad, la dirección tuvo que añadir varios despidos a la lista que yo había inaugurado. Pasado un tiempo, las aguas habían vuelto a su cauce. Seguramente porque mi exjefe se había plantado delante de las puertas del Ayuntamiento a suplicar. Las noticias sobre Javier y el partido, desde entonces, siempre eran halagadoras.

—No te voy a poner en un compromiso, Alberto, enseguida me marcho por donde he venido, pero que sepas que yo no tuve la culpa de lo que pasó y tengo toda la intención de demostrarlo.

No hay nada como volver al lugar de los hechos para darte cuenta de que la mierda, por mucho que la intentes ocultar bajo la alfombra, nunca desaparece. Puedes alejarte, mirar para otro lado, ignorarla, pero, si la mantienes oculta a la vista mucho tiempo, termina por llegarte el olor. Yo llevo ocultando dos años bajo la alfombra del miedo toda la mierda que me cayó encima. Es hora de sacarla y limpiar.

Mi siguiente visita es a mi antigua casa, donde durante mis años de matrimonio había convivido con Javier. Primero doy un paseo por el parque que está a dos manzanas. Me siento en el mismo banco en el que Javier y yo solíamos hacerlo para contarnos cómo nos había ido el día mientras los últimos rayos de sol se perdían en el horizonte. Después, siempre de la mano, volvíamos caminando a casa para cenar. Una sensación de nostalgia y rabia me sube por la espalda, al recordar los besos con los que solíamos terminar nuestras charlas. Una mueca, mezcla de sonrisa y tristeza, es mi reacción al comprobar que el corazón con nuestras iniciales que dibujamos en el banco en una reacción juvenil al llegar a la ciudad ha desaparecido bajo una capa de pintura verde. Nada dura para siempre, aunque a mí, en aquel entonces, me pareciera imposible que pudiera dejar de amar a Javier.

Hago el mismo paseo que solía hacer de su mano. Llego al portal de la casa y no me sorprende ver que, en el contestador automático, donde antes figuraban nuestros nombres, ahora aparecen los de otra familia.

Mi última visita es la casa en las afueras donde vi entrar a Marta, vestida de colegiala, con Javier. La casa donde yo me colé creyendo que descubriría las sucias prácticas de mi exmarido y que solo era una representación para

hacerme picar el anzuelo. La casa que era propiedad de Stela.

Allí siguen los árboles de hojas frondosas, el portalón negro y la preciosa construcción blanca de dos plantas. Todo igual que hace dos años. Mi corazón da un vuelco cuando veo un coche aparcado en el camino de piedras y una sombra cruzar por una de las ventanas abiertas.

Aunque mi primera intención era adentrarme en la casa como había hecho aquella primera vez, ahora que sé que no está vacía, decido quedarme dentro del coche, observando hasta asegurarme de que lo que he visto en la ventana era una persona y no una cortina movida por el viento.

Unos minutos más tarde, cuando mi corazón empieza a recuperarse del sobresalto, una cara conocida se asoma por la misma ventana. Es Javier.

Si al ver una sombra mi corazón se ha acelerado, al verlo a él siento como se me para. Todo mi cuerpo se detiene como si alguien hubiera pulsado el botón de pause en el mando a distancia de mi vida y quisiera rebobinar mis recuerdos.

No siento agujas que se me clavan en el pecho ni el corazón oprimido por los recuerdos, pero la garganta se me contrae hasta hacerme perder el aliento y los ojos se me llenan de lágrimas. Unas lágrimas de angustia, no de tristeza.

Javier vuelve a meterse dentro de la casa. El coche que está en la puerta no es el Audi que tenía antes. Es un Mercedes negro, más lujoso. Al contrario que yo, que he tenido que cambiar de coche a uno de segunda mano mucho más modesto que el que tenía, él se ha podido permitir cambiar a un coche mejor, desde su puesto de alcalde y casado con una adinerada empresaria.

Cuando la puerta de la vivienda se abre, me agacho en el asiento de mi modesto coche esperando verlo salir.

Sin embargo, la que aparece en el porche es Stela y me hago incluso más pequeña. Intento incluso desaparecer. Ella se gira hacia el interior de la casa y gesticula. Después se gira hacia fuera y abre el maletero del coche desde la puerta. Tras ella, aparece la silueta de Javier con una caja en brazos.

La mete en el maletero y vuelve dentro para regresar segundos más tarde con otra caja que parece más pesada. Con esfuerzo, vuelve a introducirla en el coche. Stela, que se ha acercado hasta el vehículo, le da un pequeño beso en los labios y Javier da la vuelta al coche para tomar asiento por la puerta del copiloto. La manera de comportarse de ambos me recuerda a la de un amo con su perro al que, por portarse bien, le han dado una pequeña recompensa. Una foca feliz con su pequeño pescado, por hacer las tareas que la dueña le manda.

La sensación de ser sumiso ante Stela no me sorprende. Sigue emanando esa aura de poder que me hizo perder la cabeza. La siento incluso desde la distancia que nos separa y sin que ella me haya descubierto.

Cuando el coche arranca y se marchan siento que las dudas me asaltan. ¿Cómo voy a ser capaz de enfrentarme a Stela si me siento acobardada hasta sin ser vista?

La cena con Roberto puede ser un buen lugar para descubrirlo. Creo que la única manera que tengo de enfrentarme a ella es no haciéndolo sola.

Cuando llego al restaurante en el que hemos quedado, él ya me está esperando. Se nota que ha hecho un esfuerzo para vestir mejor de lo que hace normalmente, justo el día que yo vengo con unos pantalones viejos y una blusa de mercadillo que llevo puestos todo el día. Mi idea al salir de Madrid era ir cómoda para el viaje y regresar a casa sin quedarme a cenar. Que Ángel tardara un día en darme la información había trastocado mis planes.

Su nerviosismo es evidente cuando me da dos besos antes de tomar asiento y le tiembla un poco la voz cuando me habla.

—Después de nuestra anterior conversación estaba deseando volver a verte — dice cuando los dos nos sentamos en la mesa antes de que el camarero se acerque a atendernos.

—En un primer momento no estaba segura de querer enfrentarme a mi antigua vida. No quería rememorar lo que pasó. No me veía capaz, pero por la noche no dejé de darle vueltas. Busqué información de Stela y Javier por Internet y me enfrenté a sus fotografías. Poco a poco fui recordando el motivo por el que no me puedo quedar escondida en un rincón rumiando mi derrota. ¿Sabes que hoy los he visto?

—¿Qué? ¿Has hablado con ellos?

—¡Qué va! Ni siquiera he sido capaz de salir del coche. Me los he encontrado en la casa de las afueras donde pensaba que Javier y Marta tenían sus encuentros. Estaban sacando unas cajas.

—Tras unos meses de tu marcha Javier se trasladó a vivir allí. Unas semanas más tarde lo hizo Stela. Celebraron la boda en el jardín trasero. Estarán preparando su traslado definitivo a Madrid.

El camarero se acerca a preguntar qué queremos. Hambrienta tras todo el día

fuera de casa, me decido por mi plato favorito, siempre tendente a una buena carne roja. Mi acompañante pide pescado. Cuando el camarero se marcha a la cocina con nuestras comandas, Roberto me sonrío. Yo le devuelvo la sonrisa. Creo que es la primera vez desde que lo conozco que no me siento incómoda con su presencia. Por un momento veo en él las mismas cualidades que me gustaron de su hermano. Lo que en un principio me hace sentir a gusto, enseguida me hace volver a la incomodidad acostumbrada de nuestros encuentros. ¿Y si además de las cualidades de su hermano también tiene sus defectos? ¿Y si Roberto tampoco es de fiar?

—¿Estás bien? —me pregunta al ver cómo me ha cambiado el gesto.

—Sí, tranquilo. No es nada. Un recuerdo del pasado en mal momento.

—Me has dicho, esta tarde, que habías empezado a dar pasos en tu idea de retomar tu venganza...

—Así es. Después de buscar la información en Internet y tomar notas en un cuaderno, vi un punto por dónde empezar. Ayer regresé de Barcelona.

—¿Barcelona? ¿Qué hacías allí?

—Entrevistarme con Marisa Jubero, dueña de Infortec y acérrima rival de Stela Miró en los negocios. Pensé que, para enfrentarme a alguien como Stela, necesito aliados, y nadie más interesada en destruirla que Marisa. En cuanto me entrevisté con ella no dudó en ofrecirme todo su apoyo, tanto económico como moral —respondo cuando el camarero regresa a la mesa con nuestra cena.

—¿Y para qué necesitas el apoyo de la señora Jubero?

—Porque necesito una información de Stela, que sabía dónde conseguir, pero también estaba segura de que no me iba a resultar gratuita. Conozco bien a la persona que tiene esa información. Le he hecho una visita esta mañana.

—¿Aquí? No será alguien implicado, ¿verdad? —me pregunta Roberto a la vez que se yergue en la silla con cara de verdadera preocupación.

—Sí, lo es. La persona que colaboró con Stela para hundirme. La persona que me acompaña en el vídeo más famoso en el que he participado nunca: Ángel. Nadie mejor que él conoce los secretos de Stela.

—¡Pero no te puedes fiar de él! —exclama Roberto dando un golpe con ambas manos sobre la mesa que nos hacen saltar a los cubiertos y a mí en mi asiento y provoca que varios comensales de las otras mesas se giren a mirarnos—. Ya te traicionó en su momento grabando ese vídeo para Stela y dándote una información falsa.

—Ya lo sé, Roberto. No me puedo fiar de él, ni de nadie. Es algo que aprendí hace dos años. Pero Ángel es un hombre de negocios. Se vende a quien mejor le pague por sus servicios. Por eso necesitaba el apoyo de Marisa Jubero. Ella tiene algo que a Ángel le interesa. Hemos llegado a un acuerdo a cambio de la información y, además, Marisa me ha conseguido unos artilugios muy interesantes.

—¿Qué clase de artilugios?

—La mejor tecnología que ha sido capaz de ofrecerme. Marisa Jubero es muy buena en su trabajo. He quedado mañana con Ángel y Marta para que me den la información —respondo sin especificar todos los aparatos informáticos que me ha donado gentilmente Infortec. No quiero confiar a Roberto todo lo que tengo.

—¿Marta? ¿Ese no era el nombre de la prostituta con la que acusaste a Javier de acostarse?

—La misma. Solo que, en lugar de ser una prostituta, era una actriz contratada por Stela, que resulta que ahora es la pareja sentimental de Ángel. Durante el plan contra mí surgió el amor...

—Increíble. ¿Y qué te ha pedido Ángel a cambio de la información?

—Nada que no pueda darle —respondo, una vez más, sin especificar.

La cena transcurre con tranquilidad hasta los postres. Roberto no duda en ofrecerse en todo lo necesario para ayudarme y colaborar. Al fin y al cabo, su

seguridad también está en peligro.

Cuando salimos del restaurante, Roberto me invita a tomar una copa. Miro el reloj y me decido a dar el paso en el que llevo pensando toda la cena y que no me he atrevido aún a dar.

—Es tarde. Llevo todo el día fuera y ni siquiera he podido darme una ducha. No tengo donde pasar la noche y no quiero regresar a Madrid para tener que volver. El viaje en coche es agotador. —Dejo una pequeña pausa dramática—. Debería buscarme una habitación.

—Si quieres, puedes venir a mi casa esta noche. Puedes darte una ducha y, para dormir, tengo una habitación libre.

—No quiero ser una molestia —replico sin mucho convencimiento porque estoy deseando aceptar su propuesta. Llevo un par de días sin emitir ningún vídeo en Internet y sin ingresos no estoy como para ir alquilando habitaciones si puedo evitarlo.

—Tranquila, no es molestia. Solo va a ser una noche. Y tu compañía siempre me ha resultado agradable.

Acepto con una sonrisa y dejo que me lleve a su casa en su coche. Pasaré a recoger el mío después de mi encuentro con Ángel y Marta.

Roberto vive en una casa mucho más lujosa que la mía en Madrid. Muy parecida a la que yo tenía con Javier, aunque en el otro extremo de la ciudad. Se nota la falta de toque femenino en la decoración. Es austera y práctica. No hay ninguna decoración sin utilidad. Ni cuadros, ni plantas, ni cortinas o alfombras. Solo los muebles necesarios y en tonos negros y grises.

—Voy a prepararme una copa. Puedes darte una ducha si quieres —dice mientras se dirige a una cocina americana—. El aseo está al fondo del pasillo.

Acepto deseosa de calmar los nervios bajo el agua. Por el pasillo le echo una mirada de reojo a una de las habitaciones que tiene la puerta abierta. Una cama grande, un armario empotrado que cubre toda la pared izquierda de la habitación, una mesilla y un televisor colgado de una de las paredes. Estoy

segura de que es el cuarto donde duerme, aunque hay algo que me hace estar tentada de entrar en la habitación y curiosear. ¿Para qué necesita Roberto un armario tan grande? Siempre que le he visto me ha dado la sensación de ser el típico hombre que sobrevive con tres pantalones y media docena de camisetas. Decido dejar mi curiosidad para mejor ocasión.

Entro en el aseo y cierro la puerta con pestillo. En mi casa nunca lo hago, pero al entrar en el cuarto de baño de la casa de Roberto he sentido la necesidad de hacerlo. Con la tranquilidad de estar a solas en el aseo, me desnudo y me meto en la ducha. El agua caliente me ayuda a relajarme. Junto con el sudor acumulado durante un día caluroso, se van por el sumidero preocupaciones y tensiones. Me siento relajada y con los ojos cerrados, por un instante, hasta olvido donde estoy. Solo dejo que el agua me acaricie. Solo la voz de Roberto desde el salón me hace regresar a la realidad.

Cierro el agua y me doy cuenta de que tengo un problema. No hay nada que odie más que volverme a poner ropa sucia después de haberme duchado. Quitarme el sudor, las tensiones del día, para tener que volver a vestirme con la misma ropa sudada y arrugada me hace sentir incómoda.

Miro la ropa que he dejado encima del pequeño armario del aseo como quien mira un montón de estiércol. Tenía tantas ganas de darme esa ducha que no me he preocupado por cómo salir después.

Estoy casi más tiempo enfrentándome a esa decisión que debajo del agua. Finalmente, asqueada con la sola idea de volver a ponerme mi ropa, me decanto por la otra opción que se me presenta viable.

—Roberto, ¿tienes algo de ropa que me pueda poner? —digo tras descorrer el pestillo de la puerta y asomando la cabeza al pasillo.

—Puedo dejarte uno de mis pijamas si quieres —responde él desde el pasillo.

Sin otra opción decido aceptar. Roberto entra en la habitación que yo he curioseado antes y no tarda en salir con un pijama de color azul en las manos.

—No sé si te va a valer, pero es lo que te puedo dejar —me dice mientras intenta darme el pijama por la escasa rendija de puerta que yo dejo abierta.

Totalmente desnuda me vuelvo a sentir muy incómoda con su presencia—. No tienes que tener vergüenza, mujer. Ya te he visto desnuda en tus vídeos...

—Eso no me ayuda, Roberto —contesto, cojo el pijama de sus manos y cierro de nuevo la puerta con pestillo.

Recordar que él me ha visto desnuda, seguramente más de una vez, y haciendo alguno de mis shows eróticos lo único que hace es aumentar mis inseguridades. Yo hago lo que hago por Internet porque siempre he tenido la sensación de no poder ser reconocida. Un espectáculo para gente sin rostro. Saber que Roberto, Ángel y Marta, tres personas de mi pasado, habían estado viendo mis vídeos, incluso participando en ellos de manera activa, rompe las reglas del juego que yo me había fijado antes de embarcarme en esa actividad.

El pijama que me deja Roberto tampoco me ayuda a sentirme cómoda. La parte de arriba me llega hasta las rodillas y en el pantalón podría meterme en una sola pierna. Por mucho que lo intento, soy incapaz de dar un paso sin acabar tropezándome y tengo que llevarlo agarrado con la mano si no quiero que se me caiga a los tobillos al andar. Desesperada, y aunque me sienta como la típica mujer de las películas románticas americanas que viste solo con la camiseta de su pareja, decido salir del aseo solo con la parte de arriba, dispuesta a preguntar por mi habitación, dar las buenas noches e irme a dormir.

Recojo mi ropa y voy al salón. Roberto está sentado en el sofá. Sus ojos se abren como los de un búho al verme entrar.

—¿Dónde está mi habitación? —pregunto intentando esquivar su mirada.

—Es la que está a la derecha del baño. Espera... —dice cuando me ve girarme de nuevo hacia el pasillo—, podemos poner a lavar esa ropa si quieres. No creo que te apetezca salir con mi pijama mañana. Además, he preparado una copa para antes de irnos a dormir.

—¿Estás seguro de que no tenías otra cosa para que me pusiera? —le digo al ver como sonrío al mirarme.

—Puede que hubiera algo más de tu talla por el armario. Algo de cuando yo

era más joven. Pero seguro que no te quedaba así de bien —contesta sin quitarme la mirada de encima.

Cuando acepto echar la ropa a lavar, me invita a tomar esa copa que ha preparado mientras esperamos a que la lavadora termine, antes de irnos a dormir. Espero a que él tome asiento primero en el sofá para sentarme en el otro extremo.

—Sé que no tienes una imagen muy buena de mí —comenta cuando llevamos un rato sentados en el sofá sin decir nada ninguno de los dos—. Mi relación con mi hermano hizo que nuestros primeros encuentros fueran tensos y que te crearas una imagen de mí errónea. No voy a negarte que tú me pareciste preciosa desde el principio y que me hervía la sangre cada vez que te imaginaba con alguien tan mentiroso como mi hermano. Siento haber intentado besarte en tu boda. Solo intentaba hacerte ver que podías aspirar a alguien mejor que él, sin darme cuenta de que yo no lo era. Alguien que ha aceptado sobornos para mantener en silencio la muerte de sus padres es alguien que no merece estar a tu altura. Y menos para ti, que aún tenías la venda del amor en los ojos. Fue un error.

»Solo quiero que sepas que puedes confiar en mí. Que yo nunca te traicionaré y que estaré a tu lado en tu cruzada contra Stela y mi hermano, hasta el final. No estás sola en esto. Desde que Javier y Stela se casaron temo por mi situación personal. Stela no es de las que paga por el silencio, es de las que eliminan el problema. Mi hermano ya dejó de pagarme hace tiempo y creo que tienen algún plan para hacerme callar porque no lo veo temeroso de que hable.

»Si me moría de ganas por encontrarte, no es únicamente porque me gustes, es porque yo tampoco me atrevo a enfrentarme solo a ellos. Te necesito, Gema.

Terminada la copa y tras una conversación que se alarga más de media hora, decido irme a acostar. Duermo a intervalos. Después de dos días de nervios y tensión, mi cuerpo no puede resistirse al cansancio, pero mis pensamientos no le dejan conciliar un sueño profundo. Unos ruidos en la cocina terminan por despertarme.

Salgo de la habitación y me meto en el baño antes de dar los buenos días. Me lavo la cara e intento desenredar mi pelo con un cepillo que hay en uno de los

cajones. Me fui a dormir con el pelo todavía algo húmedo y las horas de sueño lo han enredado. Cuando termino de despertarme, me miro en el espejo y descubro por qué Roberto se me quedó mirando la noche anterior. El cuello del pijama, al quedarme tan grande, hace que luzca un escote bastante descarado.

Él me espera en la cocina con el desayuno servido en dos bandejas en la barra que la separa del salón.

—Buenos días —saluda al verme entrar—. Espero que te hayas despertado con hambre. No estoy acostumbrado a tener invitados y creo que me he pasado haciendo el desayuno. Tu ropa ya está seca. Puedes vestirte cuando quieras.

Si la oferta hubiera llegado la noche anterior, antes de nuestra conversación en el sofá, habría corrido al cuarto a vestirme. Ahora, después de que se ganara parte de mi confianza durante la noche y que no intentara nada, pese a lo provocador de mi vestimenta, me vuelvo a sentir cómoda con él como al principio de la cena. Además, no quiero que el succulento desayuno termine de enfriarse.

Tomo asiento en uno de los taburetes y devoro la comida. Hace demasiado tiempo que mis despertares no pasan de un simple café con leche como para desperdiciar las tostadas con mantequilla o los huevos con jamón que ha hecho Roberto. También hace demasiado tiempo que nadie me prepara el desayuno.

Me visto y me despido de él, prometiendo mantenerle informado a cada paso que dé. En cuanto tenga la información sobre Stela que necesito, hablaré con él para elaborar nuestro plan. Cuando me rodea con sus brazos para darme dos besos en la mejilla al despedirse, siento un cosquilleo en la piel.

Voy caminando hasta mi coche mientras la brisa de la mañana termina de despejarme. En unas horas voy a volver a la casa de Ángel para recoger la información que le pedí sobre Stela o, mejor dicho, sobre Lucía Gómez antes de que pasara a llamarse Stela, y necesito recoger alguna de las cosas que me prestó Marisa del maletero de mi coche.

Sé que Ángel y Marta no van a darme la información sin antes asegurarse de que pago por ella, pero esta vez no tengo ninguna intención de dejarme grabar.

Aunque les he pedido que no pongan ninguna cámara, no me fío de ellos, así que voy a usar alguno de los «juguetes» tecnológicos que me han prestado para asegurarme de que en esta ocasión no va a salir ningún vídeo mío a la luz. Y si además puedo hacerme con algún material comprometedor, mejor que mejor.

Si la información que está dispuesto a darme es lo que busco, no tengo ningún problema en hacer lo que me han pedido. Al fin y al cabo, llevo dedicándome a eso de hacer directos eróticos los últimos meses de mi vida. Solo que esta vez no va a haber una pantalla de ordenador al otro lado, ni peluca rubia, sino que voy a tener espectadores en persona.

Del maletero de mi coche saco un reloj de mujer, un llavero y un collar. En apariencia bisutería sin ninguna utilidad, en la realidad, son dos microcámaras de espionaje y una luz infrarroja que impide que mi cara salga en cualquier grabación de vídeo. Cuando llegue a casa de Ángel, dejaré las llaves sobre la mesa del salón junto a mi bolso y eso me permitirá grabar lo que pase en el sofá. Con el reloj en la muñeca grabaré las conversaciones y obtendré alguna imagen desde mi perspectiva. El collar, que se mantendrá en mi cuello, aunque me termine de desnudar, emite una luz infrarroja que hace que todo lo que esté sobre él aparezca como si fuera una bombilla encendida en caso de ser grabada, lo que ocultará mi cara en la grabación.

Cuando llego a casa de Ángel, este tuerce un poco el gesto. La expresión de Marta refleja el mismo malestar.

—¿Ni siquiera te has cambiado de ropa? —pregunta mirándome de arriba a abajo—. Pensé que vendrías con alguno de los modelitos que usas para tus directos.

—Cuando vine a la ciudad no me traje una maleta con mi ropa. No venía con la intención de quedarme más de un día. Ni siquiera he podido volver a casa, ni cambiarme de ropa.

—¿Y dónde has pasado la noche? —pregunta Marta desde la cocina.

—La información me la tenéis que dar vosotros. Yo solo tengo que pagar por ella. Dónde he pasado la noche no es de vuestra incumbencia, a no ser que estéis dispuestos a darme la información que os pedí sin show erótico de por

medio. Entonces, igual os lo digo.

—Preferimos el espectáculo —responde Ángel, mientras se pierde por el pasillo en una de las habitaciones.

Dejo el bolso y las llaves cuidadosamente sobre la mesa de la sala, asegurándome de que la cámara que se oculta en el llavero enfoque al sofá. La del reloj la he puesto a grabar justo antes de llamar a la puerta.

Ángel regresa con una carpeta de color azul en la mano. Viene con una sonrisa dibujada en su joven rostro.

—Yo ya tengo lo que me pediste. ¿Has traído tú lo que me prometiste?

—¿Me puedo fiar de que esta vez la información es verídica? Disculpa si parezco desconfiada, pero teniendo en cuenta nuestro pasado...

—Nadie es de fiar, ¿recuerdas? Pero puedes comprobar la información antes, si quieres. Hay un número de teléfono del antiguo colegio de Lucía Gómez y también está el del centro en el que estudió BUP. Puedes llamar ahora y asegurarte de que Lucía Gómez cursó allí sus estudios.

Por supuesto, lo hago. Busco los números de teléfono en la información y hago ese par de llamadas. En ambos lugares se sorprenden al preguntar por una alumna de hace años, pero me confirman que Lucía Gómez estudió allí cuando les digo que estoy investigando en el pasado de mi familia. En el segundo centro, incluso me invitan a hacerles una visita. Me dicen que aún hay varios miembros del profesorado que daban clases en aquella época. Acepto encantada.

Cuando termino de hacer las llamadas, Ángel y Marta me esperan sentados en el sofá.

—¿Y bien? —pregunta Ángel cuando me ve guardar el móvil en el bolso—. ¿Dónde está mi archivo?

—Al contrario que tú, soy una mujer de palabra —respondo, a la vez que saco del bolsillo de mi pantalón un pendrive.

—No me guardes rencor, Gema. Solo soy un hombre de negocios que procura hacer lo mejor que sabe su trabajo para aquella persona que mejor le paga. Si estás dispuesta a pagar más que nadie, deberías de estar contenta de mi profesionalidad —replica Ángel mientras comprueba el pendrive en su ordenador portátil—. ¡Vaya! Este archivo es oro puro. Parece que la señora Jubero tiene las mismas ansias de venganza que tú y está dispuesta a acabar con Stela de una vez por todas. Te has buscado una buena aliada, esta vez. Puede que me pase definitivamente a tu bando —dice Ángel mientras no deja de teclear en su ordenador como un niño al que le dejan un videojuego nuevo.

—Me conformo con que te quedes al margen. No voy a necesitar nada más de ti, por el momento. No necesito que te posiciones en mi bando, con que no vuelvas a traicionarme y mantengas en secreto nuestro encuentro tengo más que suficiente.

—Muy bien, pero aún nos falta la segunda parte del pago. Marta y yo estamos deseando disfrutar de uno de tus espectáculos. Ni te imaginas lo bien que lo pasamos anoche solo imaginando que hoy íbamos a tener a Sweet_Lady en nuestro salón.

—Podéis ahorrarme los detalles. No me importan vuestras intimidades —digo, aunque una imagen evocadora de Ángel y yo follando en el suelo del salón me hace imaginar, por un segundo, qué han hecho por la noche.

Marta susurra algo al oído de Ángel. Él asiente antes de volver a hablar.

—Pero antes de empezar tenemos que hacer algo con esa indumentaria y esa cara sin maquillar. Es la imagen de Sweet_Lady la que más nos excita.

—Pues, como puedes imaginar, no llevo ni la ropa, ni la peluca, ni el maquillaje encima. Esto es lo que hay —respondo pasando mis manos por los costados de mi cuerpo.

—Creo que puedo ayudarte con eso —interviene Marta, que abre la boca por segunda vez—. Soy actriz, ¿recuerdas?

Se levanta del sofá y me lleva a una de las habitaciones. Es en la que Ángel me invitó a cenar en mi primera visita a su casa. Lo que era un pequeño

comedor para invitados había pasado a ser una especie de tocador lleno de armarios con ropa, zapateros y espejos. El toque femenino de Marta se ha apoderado de esa parte de la vivienda.

—Eres más alta que yo, pero yo tengo algo más de cadera. Puede que alguno de mis vestidos te valga. Aunque te quede un poco corto, eso no va a ser un problema. El maquillaje está en el baño, primer cajón del armario, puedes usar lo que necesites... pero no me defraudes cuando vuelvas al salón.

Me quedo sola en la habitación, viendo un montón de vestidos. Tras probarme unos cuantos y mirarme en el espejo, me decido por uno negro que seguro que a Marta le queda muy entallado y que a mí me queda muy corto. Me voy al baño. Como me ha dicho, en el primer cajón hay de todo para maquillarme. Su caja de maquillaje me recuerda a la que había en el cuarto de baño de la casa de Stela. Decidida a no defraudarla, me decanto por el mismo color de labios que aquel día. Un rojo intenso que da a mi boca la sensación de unos labios siempre húmedos. Colorete, rímel, perfilador de pestañas... Sigo los mismos pasos que en mi casa, antes de ponerme delante de la cámara. Por último, me aseguro de que el collar con infrarrojos sigue funcionando.

Cuando regreso al salón y veo a Ángel morderse los labios, estoy segura de haber hecho un buen trabajo.

—¿Mejor así?

—Mucho mejor —responden casi al unísono mis dos espectadores.

—Como en la web, vosotros sois los que mandáis. ¿Por dónde empezamos?

—Cuando haces tus vídeos se nota que tu excitación no es fingida. ¿Qué es lo que te hace excitarte? —me pregunta Ángel cuando tomo asiento en mi sillón. Al hacerlo, el vestido se me sube casi hasta dejar a la vista mis muslos.

—La imaginación es la culpable de eso. Más que el hecho de estar siendo observada por decenas, a veces cientos, de personas, es lo que pasa por mi cabeza que puedan estar haciendo al otro lado cuando me miran. Imaginarles a todos ellos, y ellas en alguna ocasión, excitándose al verme es lo que hace que yo termine también acalorada.

—Ahora que sabes que nosotros somos dos de esos espectadores anónimos, ¿qué imaginas que hacemos cuando te observamos?

—No lo sé. Depende de cuánto llegue a excitaros —Al imaginarles como algunos de mis espectadores, la imagen idílica de mis fantasías pierde el morbo que hace que me resulten excitantes.

—Digamos que mucho. ¿Qué te imaginas?

Miro un segundo por encima de sus cabezas, intentando imaginar qué pueden hacer ellos dos. Sé cómo se comportó Ángel cuando me estuvo grabando y sé, si las historias que me contaba Marta eran fruto de su imaginación y no de un guion preestablecido, que a ella le gusta el sexo directo y soez.

—Me imagino a Marta sentada sobre tus piernas, mientras ninguno de los dos deja de mirarme en la pantalla. Incluso me imagino las tetas de Marta moviéndose al ritmo acelerado de sus caderas.

—¿Y eso te da morbo? —me pregunta ella.

—¿Te da morbo a ti pensar que tu actual novio y yo tuvimos sexo en esta misma habitación? —pregunto sin poder contenerme mientras echo una mirada al llavero y me aseguro de que mi reloj sigue grabando.

—Pues la verdad es que es una mezcla de morbo y celos difícil de definir, pero desde que está conmigo, Ángel es hombre de una sola mujer.

—Eso me tranquiliza. Saber que no sigue follándose a Stela me hace pensar que puede ponerse de mi parte. Sus maniobras de seducción me tenían preocupada.

—Puedes estar tranquila. Ángel es solo mío ahora —replica Marta, agarrando la mano de su chico como quien sujeta la correa del perro que saca a pasear.

—Perfecto. Y ahora que ya sabéis que es lo que me excita a mí. Marta, ¿qué es lo que más te excita de verme en la web?

—Tener el control sobre ti. Ser yo, con mis monedas, la que controla cuando tiembles de placer o cuando te dejo al borde del orgasmo. Ese invento del

vibrador que funciona con monedas por Internet es de lo más morboso que he visto en mi vida.

—¿Te gustaría poder controlarme ahora? —pregunto mirándola a los ojos y separando un poco mis piernas.

—Aquí no puedo mandarte monedas.

—Estoy segura de que una mujer como tú tiene varios juguetes eróticos. No me puedo creer que no tengas uno con mando a distancia que uses de vez en cuando con tu chico.

—¡Sí que tengo! —exclama entusiasmada Marta, que sale corriendo de la sala hacia una de las habitaciones.

—¿Tan hondo ha calado Marta en ti como para olvidarte de las fiestas sexuales de Stela? —le pregunto a Ángel, aprovechando que nos quedamos solos.

—Seré sincero: si Stela no se fuera a vivir a Madrid con su actual marido, me resultaría más difícil rechazar sus proposiciones. Por fortuna, ahora tiene que dar la imagen de mujer enamorada y yo he encontrado una buena pareja.

—Y a mí, ¿me echas de menos? —disparo y separo por completo mis piernas, a la vez que subo mi vestido para que vea mi ropa interior.

—No voy a negar que lo pasamos muy bien esa noche...

—Ya estoy aquí —dice Marta, que entra casi a la carrera en la sala, interrumpiendo la respuesta de Ángel. Viene con un vibrador en la mano—. Póntelo y yo lo haré vibrar.

Les entretengo pasándome el vibrador por todo mi cuerpo mientras Marta se sienta sobre las piernas de Ángel y se acomoda sobre su entrepierna. La presión de su novia en sus partes y mis provocaciones no tardan en surtir efecto en él. Marta se mueve ligeramente para aumentar su excitación.

Yo juego con el vibrador y me lo paso por encima de la tela de mis bragas. El vestido de Marta me queda tan corto que, con solo separar mis piernas,

muestra todo a mis espectadores.

—¡Mételo! —exclama entusiasmada Marta con el mando a distancia en su mano.

Me hago de rogar, porque no estoy lo suficientemente excitada como para meter el juguete de Marta dentro de mí todavía, acariciando mis pechos y bajando mis bragas muy despacio hasta dejarlas colgando de uno de mis pies. Tengo en mente lanzárselas a Ángel, como hice la vez que estuvimos solos en esta misma habitación. Quiero que se acuerde de esa noche y de que ahora trabaja para mí, que no pase por su cabeza traicionarme.

Vuelvo a asegurarme con la mirada de que el llavero y el reloj están haciendo su trabajo y espero que el collar esté cumpliendo su misión en caso de estar siendo grabada.

Cuando mis caricias y juegos hacen que mi cuerpo reaccione y mi sexo se humedezca, con cuidado, voy metiéndome el consolador que me ha dado Marta. Solo he introducido una pequeña parte cuando ella, impaciente, ya lo hace vibrar, lo que me hace dar un pequeño salto en mi asiento.

—¡Más! ¡Más! —grita eufórica mientras se sube su vestido y le pide a Ángel que se quite los pantalones.

—Hazme temblar —le pido con mi voz más sensual cuando tengo el vibrador dentro y bien colocado. Las horas de trabajo en la web me han hecho adquirir buenas dotes de actriz.

Marta se quita la ropa interior, busca el sexo erecto de Ángel y se lo coloca con ayuda de una de sus manos entre las piernas. Se muerde los labios mientras nota cada centímetro del miembro de su novio entrando en ella. Cuando está acomodada sobre él pone en marcha el vibrador que me hace temblar entera.

—¡Oh, sí! Ahora eres solo mía. Nadie más que yo controla tu placer. Hoy nadie dará monedas cuando no debe —manifiesta mientras empieza a mover sus caderas mientras ve que su juguetito me hace estremecer.

Al placer que me produce el vibrador entre mis piernas le añado mis manos acariciando mis pezones. La imagen de Marta moviendo sus caderas y mordiéndose los labios de placer también ayuda a excitarme. Decido que es el momento de lanzarles mis bragas. Es Marta quien las detiene con una mano y las tira en el sofá. Me sonrío al ver cómo, a su espalda, Ángel se hace con ellas, sin ser visto, y se las lleva a la cara.

Marta pulsa el botón del mando. El vibrador deja de temblar entre mis piernas. Que deje de vibrar en el peor momento es algo a lo que me he acostumbrado con mis shows por Internet. Mis espectadores no siempre están dispuestos a dar monedas cuando corresponde. Mantengo mi excitación llevando una de mis manos a mi clítoris.

—¡No! —exclama Marta—. No te toques. Quiero ser yo quien te haga llegar al orgasmo o quien te deje a medias según mi voluntad. Hoy eres solo mía —dice mientras cabalga con más fuerza sobre el sexo erecto de Ángel, a quien le arranca intensos gemidos de placer.

Obedezco a la orden de Marta y aparto mi mano de mi sexo. Limpio mis dedos mojados con la lengua mientras aprieto mis piernas con el vibrador dentro.

Marta también se detiene. Deja de moverse y contrae sus piernas, apretando el sexo de Ángel entre ellas. Me mira a los ojos. Los suyos tienen un brillo, mezcla de lujuria, deseo y rabia, como si quisiera hacerme ver que ahora los dos somos suyos. Que es ella quien manda, que nos controla a los dos y que nuestros placeres dependen únicamente de ella.

Pongo mi mirada más suplicante.

—¡Pídemelo! —grita con la voz entrecortada por su propio placer.

—Hazme vibrar, por favor —respondo con un entusiasmo esta vez algo menos fingido.

Ella vuelve a poner en marcha el vibrador al tiempo que vuelve a mover sus caderas. Una nueva oleada de placer me recorre y me hace doblar la espalda y echar la cabeza hacia atrás. Mis manos se mantienen firmes agarradas en los apoyabrazos del sillón.

Cuando consigo volver a mirarlos, Marta se ha quitado el vestido. Está completamente desnuda cabalgando sobre Ángel. La imagen de sus pechos balanceándose es tal y como me la había imaginado. He de reconocer que la imagen me excita. Su cara desencajada de placer, la cara de Ángel al borde del orgasmo, mi sexo vibrando, todo me acerca al clímax.

Marta vuelve a pulsar el botón de parada.

—¡No pares! —exclamo esta vez con un verdadero deseo de que no se detenga.

—¡Jódete! ¡Hoy nos vamos a correr solo nosotros! —grita en medio de un intenso orgasmo que le hace temblar tanto que el mando a distancia se le cae.

Cuando deja de convulsionar, descabalga su montura y hace que Ángel termine de llegar al orgasmo con la ayuda de su boca, mientras que a mí me deja sentada en el sillón temblorosa, pero sin alcanzar el clímax.

Con su cara llena del semen de su chico, Marta da por terminado nuestro encuentro. Me pide que le devuelva el vibrador, el cual me entretengo más de lo normal en sacarlo hasta que ella me reprende. Insiste en que me vista, algo que hago de forma apresurada, y que recoja la información y me vaya. Creo que dejarme a medias es su venganza por haberme follado al que ahora es su novio antes que ella. Con una medio sonrisa en la cara hago lo que me pide y me marcho, esperando no tener que volver a verlos.

Cuando salgo de la casa, hago una llamada a Roberto. Con mi regreso a Madrid y mi posterior visita al pasado de Stela, no voy a poder vigilar los pasos de Ángel y Marta. No me fío de que, después de nuestro encuentro, no vayan a hablar con ella. Ángel tiene un pasado con ella y creo que a Marta, por lo que me acaba de hacer, no le caigo demasiado bien. Espero que Roberto los vigile. Al menos, me llevo un buen vídeo grabado.

Consigo que durante la llamada no me note nada en el tono de voz. Pese a que en un principio he sabido controlarme, el vibrador de Marta y la escena frente a mí han terminado por hacer efecto y he salido de su casa acalorada. Por fortuna, Marta no tiene ni una pizca de poder sobre mí comparado con Stela.

El día de la cena en casa de Stela, salí de allí con tanta frustración que, aunque estaba más excitada que ahora, seguí obedeciendo su orden de no tocarme incluso cuando ya estaba en la soledad de mi casa alejada de su influjo. Hoy, ayudada por mis dedos y el morbo que me produce masturbarme en un lugar público, alcanzo el orgasmo deseado dentro de mi coche, aunque Marta se haya empeñado en intentar dejarme con las ganas. Un orgasmo relajador, evitando la mirada de inoportunos viandantes que me hacen detener mis caricias en algunos momentos, a veces inoportunos y que retrasan mi objetivo. Aunque le añaden una intensidad que, de poder haberme acariciado sin interrupciones, no habría alcanzado.

Satisfechas mis necesidades y con la información en el asiento del copiloto, emprendo el viaje de regreso a Madrid. Al llegar a casa, antes de meterme en la cama, leo toda la información que me han dado y tomo la decisión de hacer otro viaje al despertar.

Dormir en mi cama me ayuda a conciliar el sueño. Tras mi viaje a Barcelona, la noche con Jordi y mi visita al pasado, caigo rendida y duermo ocho horas de sueño reparador. Me doy una buena ducha por la mañana y, con la mente

despejada, meto un poco de ropa en una maleta. No sé cuánto tiempo me va a llevar la visita al pasado de Stela, pero no quiero que me pase como el día anterior. Si tengo que pasar la noche fuera de casa, mejor tener algo de ropa con la que poder cambiarme.

Desde Madrid me esperan casi cuatro horas en coche hasta el pequeño pueblo donde nació y vivió sus primeros años Lucía Gómez. ¿Quién me iba a decir a mí que la empresaria Stela Miró había dado sus primeros pasos por las calles de Priego de Córdoba? Un pueblo de veinte mil habitantes, situado en el centro de un cuadrado imaginario formado por Córdoba, Jaén, Granada y Málaga. En mis conversaciones con ella, jamás le noté ningún acento andaluz, aunque su larga melena negra sí que me recuerda a las andaluzas.

Cuatrocientos kilómetros después de salir de casa, aparco mi coche en la calle Manuel de Falla. Justo al lado del C.E.I.P Ángel Carrillo. Está visto que en la vida de Stela los ángeles han estado siempre presentes. En ese colegio cursó la enseñanza primaria, después pasó a estudiar en el I.E.S. Fernando III El Santo, situado justo detrás. Desde la calle puedo ver el patio del colegio donde corretean los niños de primaria y me imagino a la pequeña Lucía Gómez, esa niña tímida y llena de complejos de la que me habló Stela, arrinconada en una de las esquinas del patio mientras sus compañeros se burlaban de ella. Ojalá, cuando todo esto termine, Stela Miró se encuentre en la misma situación.

Me dirijo al Instituto de secundaria. Es allí donde espero encontrar la primera información que busco: el nombre del alumno que la rechazó y del que años más tarde se vengó. Una vez tenga el nombre, me centraré en encontrarlo.

Tras hablar con el conserje y secretaria, es el director del centro, el señor Hidalgo, quien me recibe en su despacho. La historia del familiar desaparecido surte efecto ya que, desde pocos años más tarde a su marcha, nadie del pueblo ha sabido nada de Lucía Gómez. Nadie reconoce en Stela Miró a aquella niña acobardada.

Lo único que me puede decir de Lucía Gómez es que abandonó el centro para irse al otro instituto del pueblo, algo que yo ya sabía por la información entregada por Ángel. Cuando me enseña una foto de archivo de Lucía Gómez de su último año en el centro, yo tampoco llego a reconocerla en un primer

momento. Le pregunto al director si sabe por qué Lucía cambió de colegio.

—Sufría acoso escolar. Era una niña que no sabía integrarse con el resto de alumnos. No era empática. Siempre solitaria y pensativa. Los niños pueden llegar a ser muy crueles con los diferentes. Y Lucía Gómez lo era. Si le digo la verdad, no me extraña que terminara desapareciendo.

—¿Sabe de algún alumno en especial que la acosara?

—Ahora que lo dice hubo uno que, el último año de Lucía en este centro, se rio de ella en el patio del colegio. Incluso tuve que traerla a mi despacho porque era incapaz de dejar de llorar.

—¿Sabe cómo se llamaba?

—Era este chico —dice señalando la foto—. Cómo se llamaba... lo llamaban «el mellao» porque tenía un diente roto de una pelea. Luque... Antonio Luque León —responde, al final el director, dibujando una sonrisa y orgulloso de su buena memoria.

Me despido de él agradeciéndole su ayuda y me dispongo a realizar mi segunda visita, al centro al que se trasladó Lucía en donde conoció a Teresa. La mujer que le cambió la vida.

El I.E.S Carmen Pantión es mucho más céntrico y tiene una apariencia mucho más fría que el anterior. Me recuerda más a la imagen actual de Stela. Tampoco ponen pegas en recibirme y tengo la suerte de que Teresa sigue trabajando en el centro. Cuando terminen las clases, voy a poder hablar con la mujer que convirtió a Lucía Gómez en Stela Miró.

Siento ciertos nervios. Alguien capaz de provocar semejante cambio en otra persona tiene que tener un fuerte carácter y una gran personalidad. Han pasado algo más de veinte años desde que Lucía y Teresa cruzaron sus vidas. Ahora Teresa tendrá unos pocos años más que yo. Rondará los cuarenta y cinco.

He quedado con ella en la cafetería. La espero tomando un café con leche en la barra. Una mujer atractiva, elegante, de caminar decidido y a la que no le importa que las canas se mezclen entre su pelo negro, se acerca a mí.

—Buenas tardes, señora Romero. Me han dicho que me esperaba aquí.

—¿Teresa? Esperaba que me llamara antes de venir. Le dejé mi número.

—No necesitaba llamarla. En cuanto me dijeron su nombre supe quién era y su cara es muy reconocible. Sabía que no iba a tener dificultad en localizarla.

—Cuando quería hacerme una mujer reconocida a nivel nacional no pensaba en alcanzarlo de ese modo —comento con tono de voz apagado por la vergüenza.

—Lucía tiene tendencia a hacer sentir así a la gente.

No necesito mencionarla para que ella sepa por qué he ido a hablar con ella. Tampoco la llama Stela, sigue nombrándola por el nombre de su adolescencia.

—Usted lo sabrá mejor que nadie, ya que fue su creadora.

—No se equivoque. —Su voz es firme pero melódica—. Yo me enamoré de ella y me limité a convertir a un patito feo en el cisne que creía que podía ser. Solo quise que el mundo viera la belleza que yo ya veía en ella —habla con seguridad, pero en su tono de voz se nota cierto halo de nostalgia.

—¿Qué le parece si nos sentamos en una mesa y me cuenta su historia?

Con una café cada una, nos sentamos en una de las mesas del fondo del bar. Teresa empieza a hablar en cuanto tomamos asiento sin ni siquiera dar un sorbo a su café. Yo aprovecho para probar el mío.

—Era mi primer año como profesora sustituta en el Instituto Carmen Panti6n. Terminé mi carrera de magisterio y, con veinticinco a6os, me ofrecieron cubrir una baja. Creo que me fijé en Lucía desde el primer momento. Era una ni6a acomplejada, tímida, siempre sentada en la primera fila, con la mirada agachada. Pero cautivadora y con una belleza casi angelical oculta bajo el pelo lacio con el que acostumbraba a cubrir su cara. Cuando le pedí que acudiera a mi despacho por primera vez y me contó sus problemas, sentí la necesidad de protegerla, de cobijarla, de abrazarla. Sé que no está bien que una profesora de veinticinco a6os se enamore de su alumna de dieciséis, pero

con el paso de los días y con nuestras continuas conversaciones, pasó.

»Ella quería venir a hablar conmigo cada tarde para contarme sus problemas, abrirse a alguien que estuviera dispuesto a escucharla, desahogarse; y yo estaba deseando que llegara ese momento del día cada día más ilusionada con su presencia, cada día más convencida de que Lucía era especial. Al final del segundo trimestre, me decidí a invitarla una tarde para verla fuera del instituto. Ella aceptó. Nos vimos en una cafetería y me dejó acompañarla a casa. Cuando llegamos a su portal, y asegurándome de que estábamos solas, me atreví a darle un beso. Estaba tan nerviosa como si fuera el primero y fuese yo la quinceañera. Ella salió corriendo escaleras arriba sin decirme nada. En ese momento pensé que no iba a volver a querer hablar conmigo.

—Pero lo hizo.

—Al día siguiente, en clase, me sonrió desde la primera fila. Creo que fue la primera vez que la vi levantar la mirada. Le devolví la sonrisa sintiendo que el corazón se me desbocaba al comprobar que a ella le había gustado mi beso. Ni siquiera recuerdo cómo pude terminar aquella hora, ni lo que dije. Al terminar, se acercó a verme a mi despacho. Cerró la puerta y vino directa hacia mí. Ahí fue ella quien me besó. No se lo impedí. Fue el beso más tierno y pasional que me han dado nunca. Nos vimos muchas veces desde ese momento. Poco a poco la crisálida se convirtió en mariposa. Le enseñé a maquillarse, a ponerse ropa que le sentara bien; como te digo, hice que el patito feo se convirtiera en el cisne que sabía que era.

Por la manera de hablar de Teresa, se nota que recuerda con cierta melancolía aquella época de su vida. Los ojos le brillan en una mezcla de nostalgia y tristeza. A veces, parece que brillan de felicidad por los recuerdos y otras se empañan de lágrimas tristes.

—Pero Lucía se convirtió en Stela...

—¿Eso le contó ella? —me interroga.

—Bueno, no sé qué parte de la historia que me contó será verdad. Ella me dijo que era una niña asustadiza cuando era Lucía y que salió de bajo sus faldas como Stela. Es más, me dijo que el nombre de Stela Miró se lo puso por usted.

Dijo que siempre la llamaba su pecado lastimero. Stela Miró es el anagrama de lastimero.

—Nunca me había fijado en eso. No reconozco en Stela Miró nada de lo que me llamó la atención de Lucía. Si yo tengo algo de culpa de ese cambio, de verdad que lo siento.

—¿Qué pasó?

—Lucía fue ganando confianza. El paso de patito feo a cisne le hizo ganar popularidad entre sus compañeros. Empezó a abrirse al mundo, a mostrar lo que yo había visto en ella desde un principio. Al finalizar el siguiente curso, pasó de ser el patito feo a ser Carrie.

—¿Carrie? ¿La protagonista del libro de Stephen King?

—La misma. Como Carrie, Lucía era una niña de la que sus compañeros se burlaban. En el libro de Stephen King, Carrie descubre que tiene el poder de la telequinesis y se venga de todo el pueblo. Lucía descubrió también su poder. El poder de la seducción.

—¿Y también se vengó?

—Poco a poco se convirtió en quien es ahora. Como te he dicho, ganó confianza. Pasó de agachar siempre la mirada a mirar a los ojos. Se dio cuenta de que eran los demás los que terminaban agachando la mirada ante ella. Los chicos se morían de ganas de conocerla y ella disfrutaba de verles arrastrarse a sus pies. Nosotras seguíamos viéndonos a escondidas, pero nuestra relación había cambiado. Ya no era la mujer que la protegía, era solo la chica enamorada que temía perderla. Y al final lo hice, la perdí.

—¿Rompió ella con usted? Siempre pensé que había sido al revés.

—Pues se equivoca. Yo era incapaz de romper con ella. Pese a su cambio, me sentía como una adicta enganchada a su droga. Fue en su último año en el colegio. Yo había conseguido mantener la plaza en el instituto y cada día estaba más enamorada, pero ella ya no me necesitaba. El cisne quería volar libre. Cuando se marchó a la Universidad dejamos de vernos. Ya no quedaba

nada de la Lucía de la que me enamoré. No fue hasta años más tarde que supe que se había cambiado el nombre. Fue al verla en una revista. Ni siquiera sentí nostalgia. Nada en ella me recordaba a mi «pecado lastimero».

—Yo no tuve la suerte de conocer a Lucía. Yo conocí a Stela Miró. La primera mujer que me hizo agachar la mirada al verla. La primera que me hizo sentir una atracción que jamás pensé que me podría hacer sentir otra mujer. La que terminó por arruinarme la vida y que ha terminado casada con el que era mi marido. La Carrie que sigue usando su poder para conseguir lo que quiere — intervengo sin poder disimular mi rabia, aunque temo que a Teresa le sienten mal mis palabras e intento contenerme.

—¿Y por qué ha venido a hablar conmigo, señora Romero?

—Porque creo que es la única persona que puede hacer recordar a Stela que en una época de su vida fue Lucía. Creo que usted puede ser la kriptonita que termine con su poder. Y puede que la necesite.

Apunto el teléfono de Teresa en la agenda de mi móvil cuando, al terminar el café, se excusa para volver al instituto. Aunque me ha parecido una mujer con carácter, me ha sorprendido descubrir de ella que no es la mujer dominante que esperaba, solo una mujer enamoradiza que sabe lo que quiere.

La visita a Priego de Córdoba no ha podido ser más productiva. Ahora solo me queda buscar a Antonio Luque León, el joven que rechazó a Lucía y que fue humillado por Stela. Él también puede ser un aliado en mi causa.

Cuando acabo de guardar el móvil en mi bolso, empieza a sonar. Una vez más es increíble lo mucho que se puede llegar a ocultar un objeto que acabas de meter dentro del bolso. Cuando consigo coger la llamada, al otro lado Roberto me responde con impaciencia.

—¿Por qué has tardado tanto en descolgar?

—Porque tengo un bolso que parece el Triángulo de las Bermudas. Dime, ¿a qué vienen tantas prisas?

—Acabo de ver a Ángel reuniéndose con Stela. Y parecían muy buenos

amigos.

—Lo son. Si dejaran de verse, sería más sospechoso, ¿no crees?

—Puede, pero ¿no me dijiste que viste a Stela preparar las maletas para irse a Madrid? ¿Qué hace entonces todavía aquí? Creo que Ángel la ha llamado por algo importante. No me fío de él.

—Ni yo tampoco. Por eso le grabé en vídeo. No pierdas de vista a Stela, seguramente regrese a Madrid. Ya he acabado aquí, nos vemos allí. Mira si mientras tanto puedes encontrar algo de un tal Antonio Luque León que viviera en Priego de Córdoba de pequeño. Nos ponemos al día en mi casa esta noche, ¿de acuerdo?

La verdad es que no me sorprende que Ángel y Stela se hayan visto. En realidad, contaba con ello. Tanto si Ángel me traiciona como si no, su relación con Stela tiene que mantenerse como hasta ahora. Si Ángel dejara de verla, ella sospecharía de inmediato. Que Ángel me traicione, pese al pago realizado, también entra dentro de mis planes. Puede que intentara grabarme en vídeo en su casa y que, al ver las imágenes, se haya dado cuenta de que ya no soy la mujer descuidada de hace dos años. Eso puede haberle hecho querer alertar a Stela. Seguir sus próximos pasos será importante. Aún está pendiente mi encuentro cara a cara con ella. Sé que es algo a lo que me tendré que enfrentar tarde o temprano.

Después de otro día fuera de casa, necesito darme una ducha. Recuerdo que llevo varios días sin publicar ninguna noticia en mi blog y lo que es peor, sin obtener ningún ingreso de la web erótica. Me tengo que poner a trabajar. Me cambio de ropa y me dispongo a retransmitir mi ducha en directo. Me siento a la espera de que la sala se llene de mirones, mientras los primeros visitantes me saludan y me dicen que me han echado de menos estos días. Es bueno tener un club de fans en este trabajo. Empiezan a hacerme alguna petición que no me importa realizar, como enseñarles mi ropa interior o empezar a desnudarme. Después soy yo la que les propone dejarles ver cómo me ducho. Da igual el objetivo en monedas marcado, voy a hacerlo de todos modos por necesidad, pero aun así mis espectadores cumplen el objetivo con creces. Agradecida, les dejo ver también como termino de desnudarme.

Mientras me ducho, las monedas siguen llegando y es tan alto el número de espectadores que las peticiones se suceden. No tenía intención más que de mostrarles cómo me daba un baño, pero no puedo desaprovechar la oportunidad de quedar entre las primeras webs del día. Terminó aceptando una petición que alcanza las veinte mil monedas por acariciarme en la ducha. Al principio son caricias inocentes y con el único objetivo de estimular la imaginación de mis ansiosos espectadores, pero cuando decido aceptar la petición de uno de ellos de acercar el chorro de la ducha a mi sexo la cosa se me va de las manos.

Aún estoy recuperando la respiración cuando Roberto llama a la puerta. Me visto con lo primero que encuentro por casa antes de ir a abrirle cuando insiste por tercera vez. Incluso, me manda un mensaje al móvil para comprobar que estoy en casa.

—No sabía que la impaciencia era una de tus principales características —le digo cuando, por fin, le abro y le invito a pasar a mi salón.

—Lo siento, empiezo a estar un poco paranoico cuando la gente no aparece donde tiene que aparecer. Tenías que estar en casa porque habíamos quedado y me asustaba que no me abrieras la puerta. ¿Qué hacías?

—Me estaba dando una ducha. Después de los viajes y reuniones, me hacía falta relajarme —respondo, sin mencionar qué había estado haciendo mientras me duchaba.

—¿Y te has llevado el portátil al baño?

Creo que mi cara de asombro es más que evidente cuando me lanza su pregunta. ¿Cómo puede saber que he llevado el portátil al baño? ¿Estaba conectado a la web cuando me estaba duchando y me ha estado observando? Y ahora que lo pienso, ¿estarían conectados Ángel y Marta? Se me olvidó preguntarles sus nicks. Por un momento, me siento tremendamente avergonzada.

—Se te ha olvidado secarlo con las prisas. Se le ven las gotas desde aquí —añade, señalando mi portátil, que he dejado con las prisas encima del sofá—. ¿Aprovechando el tiempo libre para trabajar? —interroga con una sonrisa

burlona.

—Llevaba desde tu última visita sin emitir y tengo que llegar a fin de mes de alguna manera —replico, sonrojándome hasta la raíz del pelo al ser descubierta.

Es curioso, me hace ruborizarme más el hecho de que un conocido como Roberto sepa que he estado emitiendo en directo que haberme masturbado debajo del agua para doscientas personas en sus casas.

—Tengo algo que contarte. ¿Lo hago mientras preparamos la cena o no me vas a dejar que me quede a cenar en tu casa?

No puedo decirle que no. A él, que ha sido tan amable de dejar que me quede a dormir en su casa mientras esperaba mi reunión con Ángel, que tan buen desayuno me preparó a la mañana siguiente y que tan bien se portó conmigo, no puedo decirle que no se quede a cenar. Al menos ser una buena anfitriona, y más si está dispuesto a ayudarme a cocinar.

Nos metemos ambos en la pequeña cocina. Es tan minúscula que casi más que ayudarnos nos estorbamos en su estrecho espacio.

—Ya lo siento, pero como puedes ver en mi despensa, no hay mucho para organizar una buena cena. Llevo días sin hacer la compra.

—No te preocupes. Sé apañarme con poca cosa. Un poco de pan de molde, una lechuga y cuatro cosas y nos podemos cenar unos deliciosos sándwiches vegetales mientras charlamos. Lo que te tengo que contar me parece importante y tú me tienes que decir qué has estado haciendo estos días y quién es ese Antonio Luque del que quieres información.

—Muy bien, yo voy limpiando la lechuga. Empieza tú poniéndome al día.

—He venido a Madrid siguiendo el coche de Javier y de Stela. Después de verla hablando con Ángel y de saber que no tiene muy buenas intenciones conmigo, he decidido vigilarla de cerca, a ser posible sin ser visto.

—¿Y qué has descubierto?

—Su nueva dirección. Ya sé en qué calle van a vivir, aquí en Madrid. Han comprado un piso en la calle de Zurbano, cerca del Museo Sorolla, en el barrio de Almagro.

—¡Joder con los pudientes! Hay que ver qué rentable sale ser un cabrón. Y se han ido a juntar dos pedazo cabrones —replico a la vez que golpeo con ambas manos la encimera, impulsada por la rabia de ver cómo les va bien la vida sin merecerlo.

—Ya te digo. Les ha tenido que costar, mínimo, un millón de euros. Está claro que ya se están posicionando como imagen pública para su llegada a la Moncloa. El caso es que ya están acomodados en su nueva casa. Vengo de allí.

—Al menos su residencia no está cerca de la mía y no corro mucho riesgo de cruzármelos por la calle cuando salgo a hacer deporte. Si me los encuentro por sorpresa, más que salir a correr tendría que salir corriendo.

—Te toca. ¿Quién es ese Antonio Luque que quieres investigar? Te digo que en lo que he podido mirar en el móvil, mientras espiaba a Stela y Javier, no he podido encontrar nada.

—Es un problema de la infancia de Stela que espero convertir en un aliado para la causa. Él humilló a Lucía en el patio del colegio y Stela se tomó cumplida venganza años más tarde. Puede resultarnos útil.

—¿Qué más has descubierto? —me pregunta Roberto mientras termina de montar los sándwiches.

—He hablado con su antigua profesora. Una mujer interesante. Pensaba que había sido ella la que había dejado a Lucía y que, por eso, esta se convirtió en Stela, pero no fue así. Fue Stela la que dejó a su profesora. Para obtener esta información de su pasado necesitaba a Ángel. Solo él podía disponer de ella. Muy poca gente sabe que su nombre real es Lucía Gómez.

—¿Así que ya tienes ideado un plan de venganza?

—No exactamente, aunque ya he dado mis primeros pasos, tengo un borrador, un boceto, una pequeña nota de prensa sin convertir en noticia, pero que

parece muy prometedora. Pero antes de planear la venganza tengo que ir colocando las piezas sobre el tablero de ajedrez. Tengo que saber qué piezas son blancas y están de nuestro lado y qué piezas son negras y son las que tenemos que eliminar del tablero antes de derrotar a su rey y su reina, aunque te puedo adelantar que ya he hecho un primer movimiento maestro.

—¿Eso me convierte a mí en el rey blanco? —me pregunta Roberto con una sonrisa en los labios.

—De momento, en un alfil bien colocado —respondo con la misma sonrisa en los míos.

—Por ahora me conformo. ¿Y cuáles son los detalles de ese borrador?

—Vamos a la sala y te los cuento mientras cenamos.

Sentados en el sillón de mi casa, pongo al día a Roberto sobre mis ideas e intenciones. Él aporta su punto de vista y un par de buenas sugerencias de las que tomo nota mental. No le desvelo todo mi plan, y menos el primer movimiento, pero sí que planeamos los pasos que seguir de ahora en adelante.

La conversación es distendida, amena e, incluso, por momentos, divertida. Es la primera vez que me siento cómoda en todo momento en una conversación con él. Bajo su aspecto desaliñado vuelvo a ver los parecidos físicos con su hermano. Es más, me llegan a parecer más atractivos en él.

Terminada la cena, y con la información compartida, Roberto se levanta, me da dos besos, sin ninguna mala intención por su parte ni intento de acercamiento, y se despide de mí hasta mañana. Quedo en mandarle un mensaje en cuanto sepa algo más y él me promete hacer lo mismo si descubre algo más de Stela o Javier.

Cuando sale por la puerta, una parte de mí, todavía pequeña, pero presente, se siente disgustada porque se haya marchado sin intentar nada. Le hubiera dicho que no y me habría hecho la ofendida si lo hubiera intentado, pero a esa parte de mí le hubiera gustado sentirse deseada. Mi libido está recuperada y mi deseo de sentir otro cuerpo sudando con el mío vuelve a rondar mis pensamientos.

Recojo la cocina y, mirando la hora en el reloj, decido irme a la cama a descansar. Mañana puede ser un día intenso y tengo que estar bien alerta. Intentaré averiguar algo de Antonio Luque y me acercaré a la nueva casa de Javier y Stela a echar una ojeada sin ser vista, a ver si consigo que no me afecte tanto verla.

Los días de tensión y de viajes hacen que caiga rendida en la cama. Ni las preocupaciones, ni los nervios, ni tener un mal sueño en el que Stela es protagonista me impiden dormir hasta que el móvil de mi mesilla me despierta. Con los ojos medio cerrados consigo mirar la hora. Son casi las diez de la mañana. Lo malo de no tener que ir a trabajar y acostumbrarse a acostarse tarde es que el cuerpo se acostumbra a no querer madrugar. Cada día me despierto más tarde y hoy, si no llega a ser por el sonido del móvil que se me olvidó quitar ayer a la noche, aún seguiría dormida.

Es un mensaje de Roberto. Al parecer, él no ha tenido tanto problema para madrugar y ya se ha puesto a investigar. Me manda un perfil de Facebook que cumple todos los requisitos que le di del compañero de clase de Lucía. Antonio Luque León, nacido en Priego de Córdoba, cursó sus estudios en el I.E.S Carmen Pantión. Tiene que ser él.

Sin salir de la cama, con el móvil en la mano y tapada con mis mantas hasta el cuello, ya que las mañanas de invierno son muy frías en Madrid, busco entre sus datos de perfil algo que me pueda servir de ayuda para descubrir su paradero actual. En caso de no poder hacerlo, solicitaré su amistad y le enviaré un mensaje privado, con un perfil falso, ya que desde que me pasó lo que me pasó no he podido tener un perfil con mis datos reales en ninguna clase de red social sin recibir solicitudes de amistad y proposiciones indecentes de decenas de obsesos descarados que se dedicaban a hablar de mis virtudes en el vídeo casero y alardeaban de un mejor miembro con el que hacerme gemir como en él.

Revisando sus fotos, me doy cuenta de que conozco muchos de los lugares en los que aparece. En sus últimas fotografías, siempre acompañado de amigas y amigos, todas las ubicaciones son de Madrid capital. Al parecer, todo el

mundo termina en Madrid.

Decido solicitar amistad para poder enviarle el mensaje y, mientras espero a que la acepte, me levanto de la cama y me preparo para salir. Me visto cómoda y me dispongo a ir a la dirección donde viven ahora mi ex y su nueva esposa.

La calle de Zurbano en Madrid es una de las más caras, pero, como en el resto de Madrid, es imposible aparcar sin la tarjeta de residente. Toda la calle es zona verde. Por eso decido no ir en coche y coger el metro y bajarme en la estación Rubén Darío.

Por miedo a ser descubierta o a tener un encuentro indeseado, decido ir «disfrazada». La ropa de invierno es muy buena para camuflarse entre la gente. Una chaqueta con gorro, una peluca rubia de mi colección y los cuellos altos me hacen irreconocible. Con el gorro puesto casi no se me ven ni los ojos.

Un corto paseo me lleva hasta la entrada del Museo Sorolla y de allí al cruce con la calle que busco. Cuando empiezo a pasear, me encuentro en una lucha interior entre mis dos yos. Uno, el que ha ido hasta allí con la intención de encontrarse con alguno de ellos dos y seguirlo un rato, y el otro, más cobarde, que se pregunta qué hago en esa calle sola y que mira a ambos lados cada vez que alguien se acerca por la acera por miedo a que sean ellos.

Sucursales bancarias, tiendas, inmobiliarias con pisos a la venta que me hacen exclamar de asombro por sus precios... pero ni un solo bar en el que poder entrar a tomar un café y en donde observar por la ventana a ver si alguno de los dos camina por la calle. La gente con dinero debe desayunar en sus casas.

Por fin, a la altura del número setenta y siete, encuentro un bar restaurante. La casa de Javier y Stela está casi al otro lado de la calle, pero decido entrar, pedir un café, un croissant y sentarme a desayunar. He salido de casa sin comer nada porque, recién levantada de la cama, no suelo tener hambre, pero pasado un tiempo mi estómago reclama atenciones.

Entro en el bar, voy directa a la barra y pido mi café con leche y mi bollería y me giro a buscar una mesa libre. Casi se me cae el café.

Justo en la mesa que tengo frente a mí están sentados Javier y Stela. Uno frente al otro. No me sorprende ver como Javier agacha la cabeza.

Tras un primer instante de parálisis, consigo recuperar el movimiento y buscar una mesa. El bar es de esos en los que las mesas están separadas por una pared de madera, dando la sensación de mayor intimidad al no ser visto desde las mesas de al lado, aunque todo lo que digas lo pueden oír. Con esa intención, busco sentarme en la mesa adjunta a la de Javier y Stela, a pesar de que para ello doy un pequeño rodeo al bar para no acercarme desde un lugar donde ellos me puedan ver.

Entre mi espalda y la espalda de Javier solo nos separa la pequeña pared de madera. Es la vez que más cerca he estado de él en los últimos dos años. Un cosquilleo de nervios, miedo y rabia me recorre por dentro. Intento no pensar en nada y concentrarme en escuchar su conversación.

—Tenemos que hacerlo. Sabes que es lo mejor. Estamos cerca de conseguir que seas ministro tras las próximas elecciones y un ministro no puede estar pendiente de su pasado. Tiene que tenerlo todo bien atado. La mierda, bajo una gran alfombra que nadie se atreva a levantar. —Es lo primero que le oigo decir a Stela.

—Lo sé, pero es que...

—Ni es que ni hostias, Javier. Hay que hacerlo y punto. Tengo los medios para librarnos de él y asegurarnos de que no va a abrir la boca. Cuando llegues a lo más alto del partido, ya nos ocuparemos de eliminar el resto de las pruebas. Ahora tenemos que ganar tiempo y librarnos de tu hermano.

—Pero es mi hermano, Stela.

—Con tu exmujer no pusiste tantas pegas —recuerda ella y consigue que clave las uñas en mi mesa para no saltar al otro lado del muro. Doy un sorbo a mi café para calmarme.

—Con Gema no pensé que tuviéramos que llegar tan lejos. Un divorcio y punto. El resto se lo terminó ganando ella por su forma de actuar.

—Qué iluso eres, Javier. El plan era hundirla desde el principio. No hay nada más peligroso que una mujer herida. Y, por eso, había que acabar con ella. No hemos tenido noticias tuyas en dos años. Con tu hermano hay que hacer lo mismo. —Me alegra comprobar que, en su reciente conversación con Ángel, parece que mi nombre no salió mencionado.

—A mi hermano no será fácil callarlo.

—De eso me encargo yo.

—No irás a hacerle daño, ¿verdad? —La voz de Javier suena temblorosa, como si no terminara de fiarse de las intenciones de Stela.

—Solo si es necesario para librarnos de su chantaje. No estoy dispuesta a seguir pagando por su silencio. ¿Queda claro?

—Sí, cariño.

Justo en ese momento mi teléfono suena y del susto me golpeo con las rodillas en la mesa. Casi derramo el café y, lo que más me preocupa, Javier y Stela se quedan en silencio. Espero que no se les ocurra mirar a ver qué ha pasado. Aunque llevo la peluca rubia, dudo que Javier no reconozca mi cara tan de cerca.

Durante unos instantes no me atrevo ni a moverme para mirar el móvil. Por fortuna nadie viene a preguntarme nada.

—Vámonos —ordena Stela—. Tenemos cosas que hacer en el trabajo. Asegúrate de hacerle la pelota al próximo presidente. No me vale con que seas solo diputado en el Congreso. Quiero una cartera de ministro bajo tu brazo en las próximas elecciones. Yo tengo que hacer unas llamadas, tenemos que ir preparando el cambio de sede a la capital y tengo que visitar las nuevas oficinas. Tenemos una emisión de nuevas acciones en marcha para poder sufragar los costes del traslado. Lo de tu hermano déjalo en mis manos.

Cuando les oigo levantarse de sus asientos me pego al fondo de mi pequeño habitáculo para no ser vista, saco el móvil del bolso y lo miro, agachando la cabeza para que el pelo de la peluca me cubra la cara. El sonido del móvil que

me había asustado es un mensaje de Messenger de Antonio Luque. Al parecer, ha aceptado mi solicitud de amistad y me pregunta por privado quién soy. Sabía que la foto de mi perfil iba a captar su atención.

Antes de responderle, envió un mensaje a otro de mis recientes contactos por WhatsApp. Hay algo que acabo de oír que estoy segura de que le va a interesar. Luego respondo a Antonio que me gustaría charlar con él en persona si fuera posible. Que los dos vivimos en Madrid y que hay un tema personal que me gustaría tratar con él. No me sorprende, en absoluto, que no tarde ni cinco minutos en aceptar mi propuesta y proponerme un lugar para vernos.

Como es un sitio fácil de llegar en metro, le propongo vernos en menos de una hora. Acepta. La foto de perfil que tengo en la red social es de mi trabajo como Sweet_lady. Imagino que cuando vea en su lugar a Gema Romero se sorprenderá, pero para conseguir quedar con un chico, las fotos ligeras de ropa siempre surten buen efecto.

Me termino el café y el bollo más tranquila que cuando estaban Stela y Javier en el bar. Mientras hago tiempo para mi siguiente cita, me doy cuenta de que tengo curiosidad por conocer al chico que enamoró a Lucía Gómez. Creo que es el único amor verdadero que ha tenido. Como Stela, dudo que haya estado enamorada nunca. Pensé que lo habría estado de Teresa, pero, tras la conversación con ella, creo que fue su profesora la que tuvo esos sentimientos. Ella solo se dejó querer.

¿Cómo sería ese chico para captar la atención de Lucía? Con el paso de los años, no se había conservado mal, por las fotos que colgaba en redes sociales, pero tampoco era nada especial. O era mucho más guapo de joven —aunque a mí tampoco me lo pareció en la foto del colegio que me habían enseñado— o tenía que tener una personalidad fuerte para ser popular y captar la atención de las chicas. Solo un chico que tiene dónde elegir rechaza a una chica como Lucía. Pero alguien con esa personalidad tampoco va quedando con desconocidas que le mandan mensajes por Facebook a la primera de cambio.

El viaje en metro hasta Callao lo hago haciendo honor al nombre de la estación, con mis pensamientos dando vueltas en la cabeza y pensando qué le voy a decir a Antonio Luque. Quiero conocerlo, pero en realidad no sé si puede resultarme útil o no y tampoco sé a qué se dedica ahora ni si estará

dispuesto a ayudarme. El caso es que es una de las pocas personas de la vida de Stela que puedo conocer. Tampoco sé cómo afrontar nuestro encuentro. ¿Qué le digo? ¿Qué estará pensando por su cabeza después de ver la foto ligera de ropa de Sweet_lady? ¿Cómo saco en la conversación a Stela?

El bar en el que hemos quedado está en la Gran Vía madrileña. Está lleno de gente a esas horas del mediodía. Turistas que ya empiezan a comer, madrileños que todavía están tomando un aperitivo, todos llenan sus mesas y la barra del local, que huele a una mezcla de bollos con mantequilla y huevos con chorizo.

Antes de entrar, he guardado la peluca rubia en mi bolso y me presento en el bar siendo Gema. Dudo que, a simple vista, Antonio pueda reconocerme vestida y de pelirroja, así que soy yo la que escudriña el espacio en su busca. No tardo en localizarlo al fondo de la barra. Mira el móvil y parece nervioso e inquieto. Le veo escribir en la pantalla. No tarda en llegarme un mensaje a mi teléfono.

«Ya estoy en donde hemos quedado, ¿tardas mucho en llegar?».

Me pregunta con impaciencia. Le veo levantar la cabeza y buscar por el local a la rubia de la foto de mi perfil. Me voy acercando sin que me mire. No me espera a mí. Me siento en el taburete de al lado, sin que me preste atención.

—Hola, Antonio —le digo nada más tomar asiento.

—¿Disculpa? ¿Nos conocemos? —me pregunta con extrañeza y sin dejar de mirar hacia la puerta del bar.

—Deja de mirar a la puerta. No vas a ver entrar a la rubia que esperas.

—¿Cómo sabes a quién espero? Espera, no será esto una broma o algo así, ¿no? Si ya decía yo que había algo raro en esto.

—Ninguna broma. La chica de la foto soy yo, pero con una peluca rubia. Y sí, quería quedar contigo por un tema personal, aunque me parece que no por el mismo tema personal por el que querías quedar tú.

—Espera... tú cara me suena de algo —dice cuando me mira por primera vez y me presta atención—. ¿Tú no serás...?

—Sí, la misma. Gema Romero, famosa en el mundo entero, como la sidra... Al parecer, todo el mundo ha visto el vídeo.

—Tú eres la exmujer de Javier Márquez, que después del escándalo del vídeo se divorció y ahora está casado con Stela Miró.

—La misma.

—Lo siento, pero me tengo que marchar. No quiero saber nada de lo que tengas que contarme —concluye y sale casi a la carrera como un cervatillo huyendo de un leopardo.

—¡Ey! Espera —exclamo y le agarro de la mano—. Al menos térmate el aperitivo y escúchame. Si después te quieres marchar, no te lo impediré.

Antonio vuelve a sentarse en la silla, aunque no parece muy convencido. Tengo ante mí a un hombre tímido, yo diría que hasta asustadizo, que no se asemeja en nada a la idea que me había hecho del chico que había cautivado a Lucía. Al contrario.

—Quería hablar contigo porque conociste a Lucía Gómez antes que a Stela Miró. Y yo quiero conocer cómo era esa chica antes de convertirse en la mujer que me destrozó la vida. Nada más.

—Stela Miró es experta en arruinar vidas. No se crea que la suya ha sido la única.

—No lo creo. Por eso quería hablar contigo. Tengo entendido que entre vosotros dos hay una historia interesante que contar.

—Una historia puede..., pero no creo que a nadie le resulte interesante.

—A mí sí. Y estoy deseando escuchar los detalles.

—Lucía era mi compañera en el colegio. Si te soy sincero, en aquella época no me sabía ni su nombre. No estaba en mi grupo de amigos ni era una chica a

la que nadie hiciera ningún caso. No hablaba con casi nadie y solo nos dirigíamos a ella cuando necesitábamos copiar en algún examen. Siempre era la que mejor nota sacaba en ciencias, pero no tenía vida social. Era una empollona.

»Cuando en la fiesta de fin de curso de aquel año se acercó a mí, yo no tenía ni idea de para qué lo hacía. No habíamos hablado más de tres veces en todo el año. Cuando me dijo que yo le gustaba no me lo podía creer. La empollona pidiéndome salir... ¡a mí! Mis amigos se echaron a reír y yo con ellos. «Tú estás mal de la cabeza» fue mi respuesta. Sé que no estuvo bien, pero yo era un chico popular y fue lo primero que se me ocurrió en ese momento delante de mis amigos. Se marchó llorando de la fiesta y yo me quedé allí, burlándome con mis compañeros.

»Al curso siguiente, se fue al Instituto y yo tuve que repetir. Ya no volvimos a vernos. Alguna vez por la calle del pueblo nos cruzábamos, pero ninguno de los dos decía nada. En realidad, tampoco nos decíamos nada cuando íbamos al mismo colegio, así que no le di importancia.

»Años más tarde, cuando terminé mi carrera, me puse a buscar trabajo. Eché currículos en todos lados y solo me llamaron de una empresa, la que dirigía Stela Miró. Me presenté a la entrevista y me sorprendió mucho cuando me dijeron que la propia directora de la empresa quería entrevistarse conmigo. Lo vi como una buena señal.

»Cuando entré en su despacho, en un principio, no la reconocí. La mujer que estaba al otro lado de la mesa era preciosa, elegante, con una personalidad arrolladora que emanaba de su mirada. Me sorprendió que me llamara por mi nombre de pila cuando tomé asiento. Su forma de pronunciar mi nombre me hizo sentir raro.

—¿Raro?

—Sí. Pronunció mi nombre de tal forma que me asustó. Sentí un escalofrío recorriendo mi espalda con solo oírlo de sus labios. Fue una sensación extraña que no tardé en darme cuenta de que se quedaba corta.

»La entrevista fue de mal en peor. Me sentía acobardado, incapaz de hacer

frente a esa mirada. No levanté la vista del suelo hasta que me ofreció un trabajo.

—¿Sí? Tenía entendido que en esa entrevista te humilló como habías hecho tú con ella en el colegio. No pensé que te hubiera ofrecido un puesto de trabajo.

—Lo hizo. El puesto de trabajo más humillante de su empresa. Me dijo que, para lo único que estaba cualificado era para limpiar aseos y que, si lo quería, el puesto era mío.

»Fue la primera vez que levanté mi mirada. Mis notas en la universidad no es que fueran para echar cohetes, pero había terminado mi carrera. Se lo dije. Le pregunté si me estaba tomando el pelo.

»Fue entonces cuando me dijo quién era. «No te acuerdas de mí, ¿verdad?», me soltó de pronto. La miré con atención, pero no era capaz de reconocer a nadie en ella. Cuando me dijo que era Lucía Gómez, ni siquiera me acordé de ella. Eso la enfureció aún más.

»Aquella fue la última vez que me olvidé de quién era Lucía Gómez. Desde entonces, me acuerdo de ella siempre que veo a Stela Miró en las revistas, prensa o noticias. Por eso sé que, hace dos años, usted tuvo la mala suerte de interponerse en sus propósitos.

—¿Tú me crees? —le pregunto, sorprendida.

—No tengo ninguna duda de hasta donde es capaz de llegar Stela. Cualquier persona tiene más credibilidad para mí que ella.

—¿Qué pasó en la entrevista?

—Como te digo, no me acordaba de quién era Lucía Gómez y se lo dije. Se puso echa una fiera y me habló del colegio y de la chica que había humillado en el patio en la fiesta de fin de curso. No me podía creer que aquellas dos personas fueran la misma, pero lo eran. Entonces me miró a los ojos y sus palabras casi me hacen cagarme en los pantalones.

—¿Tanto te asustó lo que te dijo?

—No fue tanto el qué sino el cómo. Se limitó a decirme que la oferta para el puesto de limpiar aseos había expirado y que mi única posibilidad de trabajar en algo relacionado con mi carrera sería en el extranjero, que jamás iba a encontrar un puesto de trabajo en España.

—¿Te amenazó?

—Ese fue el problema. No sonaba a amenaza. Su tono de voz sonaba a certeza absoluta, a verdad. Ella estaba segura de que jamás iba a poder encontrar un trabajo relacionado con mis estudios.

»Durante los siguientes años, nadie me llamó para ninguna entrevista. Si en alguna ocasión, imagino que por error, me llamaban para alguna, era presentarme allí y soltarme excusas o ponerme pegas para al final no contratarme. Estoy seguro de que Stela Miró me boicoteó en todas las empresas del sector. Nadie quiso contratarme nunca. Tuve que desistir de buscar trabajo de lo que a mí me gustaba.

—¿Y a qué te dedicas ahora?

—A la política. Me metí en un partido político y me gano la vida de secretario.

—Espera... —Las palabras «partido político» han captado más mi atención —. Ese partido político no será el mismo en el que estaba yo hasta que salió mi vídeo, ¿verdad?

—Sí. El mismo en el que está su marido. Por eso no debería estar hablando contigo. Si se enteran Javier o Stela de que trabajo allí, no tardaré en acabar de patitas en la calle.

—¿Estarías dispuesto a ayudarme?

Tarda en responder, pero tras mis explicaciones sobre las ganas que tengo de acabar con la carrera de Stela, asiente con la cabeza. Nuestra conversación se vuelve más interesante. Casualidades de la vida, Antonio milita en el mismo partido que Javier y trabaja en las oficinas centrales de Madrid. Quizás pueda ayudarme a descubrir algo interesante dentro del partido como, por ejemplo,

dónde ocultan las fotos que comprometen a Javier en el accidente en el que murieron sus padres.

—Intentaré enterarme de cualquier cosa que te pueda ser de utilidad, pero no prometo nada. No quiero verme envuelto en nada que tenga que ver con Stela. Solo falta que se entere en donde trabajo y que también me quiera echar de allí, ahora que es la mujer de un miembro destacado del partido.

Mi viaje de regreso a casa en el metro me lo paso puliendo los detalles del plan. Tengo que hablar con Roberto y ponerle sobre aviso de lo que he oído en la conversación durante el desayuno. El plan tiene que incluir una protección para él, ante los planes de Stela de silenciarlo. No quiero que le pase nada.

Cuando salgo del metro, lo llamo y quedo con él para vernos a la hora de cenar. En un principio, mi idea era comer con él, pero le entiendo cuando me dice que no puede llegar a tiempo. No vive en Madrid. Eso en parte me tranquiliza porque Stela ahora sí que reside en la capital y no puede tenerlo vigilado. Por otro lado, me preocupa que yo tampoco pueda tenerle localizado todo el tiempo, para asegurarme de que no le pase nada.

Ocupo el resto del día en casa tomando notas, apuntes, mirando pros y contras de mi idea e intentando pensar cómo lo haría Stela para ir, siempre, dos pasos por delante de ella. Cuando a mi cabeza llegan los recuerdos de las conversaciones con Antonio y Teresa o de lo vivido hace dos años, la idea de ir dos pasos por delante de una mente como la suya me resulta complicada de asumir. No es que considere a Stela más inteligente que yo, pero sí mucho más malvada y manipuladora. Aunque esbozo una sonrisa al pensar que, esta vez, ya he dado un paso sin que se dé cuenta.

Con un plan elaborado sobre la mesa y la cena a medio preparar, me sorprendo inquieta eligiendo la ropa que me voy a poner. Por primera vez desde nuestro reencuentro, me veo nerviosa intentando lucir atractiva como si fuéramos a cenar en un restaurante caro. Elijo el maquillaje, el vestido, la música y, si mi casa no fuera tan «primitiva», elegiría hasta la intensidad de la luz, pero donde vivo solo hay dos tipos de intensidad: encendida o apagada.

Cuando Roberto llama a la puerta, siento un cosquilleo por la espalda al ir a abrir. No me sorprende verlo con el mismo aspecto desaliñado de siempre: pantalones desgastados, camisa de cuadros por fuera y barba de dos días sin

arreglar.

—Vaya, pensé que íbamos a cenar en tu casa —comenta cuando me ve el vestido puesto.

—Y así es —le respondo, invitándole a pasar.

—¿Y por qué te has puesto tan guapa? ¿Has emitido en la web antes de la cena? —me pregunta algo desconcertado mientras toma asiento en la sala.

—No seas bobo. No está bien acostumbrarse a recibir a las visitas en pijama. Quería arreglarme un poco para cenar contigo mientras charlamos. Hay algo que te quiero comentar.

—Vaya... Pues estás muy guapa.

—Gracias —contesto halagada y satisfecha con la elección mientras voy a la cocina para ofrecerle una copa de vino—. No te vas a creer con quién me he cruzado hoy.

—Dispara. Soy todo oídos.

—He visto a Javier y Stela.

—¿Qué? ¿Y ellos te han visto a ti?

—Por fortuna, no. Pero yo sí a ellos y he escuchado su conversación. Estaban desayunando en un bar cercano a su casa esta mañana.

—¿Y qué hacías tú allí?

—Con sinceridad, no lo sé. Creo que sentí el impulso de comprobar si era capaz de acercarme a ellos de alguna manera. Solo tenía intención de dar un paseo por su barrio, ver dónde van a vivir aquellos a quienes me voy a enfrentar, comprobar si tengo el valor suficiente para hacerlo, pero no esperaba encontrármelos de cara desayunando.

—¿Y qué les oíste decir? —pregunta Roberto y apura su copa de vino.

—Por eso quería verte esta noche. Estaban hablando de ti. Stela quiere silenciarte.

—Eso ya me lo suponía. Como te dije, desde que Javier y Stela se casaron, me siento en peligro.

—Pues lo estás. Creo que Stela tiene pensado algo peor de lo que me hizo a mí. Javier ni siquiera está conforme con la idea. Tienes que tener cuidado. Creo que nuestro plan debe tener esto en cuenta y protegerte. No sé hasta dónde es capaz de llegar para salirse con la suya, pero cada vez que hablo con alguien estoy más segura de que no se detiene ante nada.

—¿Con quién más has hablado sobre ella?

—Con Antonio Luque.

—¿Le has localizado?

—Hemos tenido una conversación este mediodía. Es de esos chicos que quedan con la primera mujer con foto provocativa que le pide una cita por redes sociales. Mi perfil de Sweet_lady fue suficiente reclamo para conseguir quedar con él.

—¿Y qué te ha contado de Stela?

—Lo que ya sabía y algo que puede sernos de utilidad. Resulta que Antonio trabaja como secretario en el partido de Javier, en la sede central. Le he pedido que se entere de todo lo que pueda y que me informe y ha aceptado siempre que no tenga que ponerse en peligro o encontrarse con Stela. Le tiene pánico.

—¿Qué le hizo?

—Cerrarle las puertas de todas las empresas en las que pudiera querer trabajar con sus estudios. Todos los empresarios a los que les pidió trabajo se negaron, influenciados por ella.

—¡Qué cabrona! Se dedica a ir arruinando vidas.

—Siempre que eso le proporcione alguna ventaja. ¡Cómo puede estar tan ciega hace dos años!

—No estabas ciega. Simplemente mirabas hacia otro lugar. Estabas tan preocupada por lo que estaba haciéndote Javier que ni siquiera viste llegar el golpe. Stela contaba con ello. Nosotros tenemos que actuar igual. Tenemos que hacerle pensar que el golpe le viene de un lado y asestárselo por otro que no vea venir.

—Algo he pensado durante el día sobre eso...

Mientras cenamos, expongo mi plan. Su colaboración es clave, aunque peligrosa si sale mal, y confío en él. Creo que es la única persona en todo esto que no me ha mentado nunca en nada. Por el momento, se lo ha ganado. Le explico mi plan con más dudas que certezas, buscando a cada rato la aprobación en su mirada. A mí me parece una locura, pero a él no parece disgustarle. A cada punto que le explico, asiente con la cabeza y da su opinión al respecto para mejorarlo. Cuando termino de exponerlo, él lo ha convertido en una locura mayor.

—¿Estás seguro?

—Es la única forma de que salga bien y estar a salvo.

—Si tú estás seguro, adelante. Eres el que más arriesgas. ¡Vamos a ello!

Con nuestro ardid ideado, empiezo a recoger la mesa. Hay algo del plan que no le he contado ni a él, algo que prefiero guardarme como un as en la manga. Roberto también recoge conmigo y me acompaña a la cocina. Es en ese momento cuando me doy cuenta de lo que estamos a punto de iniciar y de lo que ambos podemos perder. No solo vamos a poner en riesgo nuestros maltrechos futuros, sino que puede que también nuestras vidas. Depende de hasta dónde sea capaz de llegar Stela. Ya no hay marcha atrás y puede que nunca estemos más a salvo que en este momento en la cocina de mi casa. Nuestras vidas van a convertirse en un río encauzado hacia una catarata sin salida, hacia una caída sin retorno a la que, casi con seguridad, no podamos sobrevivir. Por impulso, le doy un beso.

—¿Qué haces? —me pregunta sorprendido cuando mis labios se separan de los suyos, aunque no se ha apartado mientras le besaba.

—Es seguro que, a partir de mañana, nuestras vidas no van a volver a ser iguales. Es probable, incluso, que esta sea la última vez que podamos vernos sin sentirnos en peligro. ¿Y si todo sale mal?

—No va a salir mal, ya lo verás.

—Pero ¿y si no funciona? Quiero quedarme con un buen recuerdo —digo y le vuelvo a besar.

Roberto me acompaña en el beso. Se deja llevar y no dice nada cuando nuestros labios se separan. Solo me mira, me sonrío y es él quien me besa.

Ninguno de los dos habla camino de la habitación. Mi mano, agarrada a la suya, le lleva hasta mi cama. Caemos los dos sobre las sábanas y él no tarda en colocarse sobre mí. Me mira, me besa, sonrío, vuelve a besarme, le sonrío. Ha sido tan espontáneo nuestro primer beso que, aunque los dos estamos deseando que pase, alargamos los besos por si alguno de los dos quiere arrepentirse de lo que va a pasar. Yo no lo hago, Roberto tampoco, pero ninguno de los dos termina por dejarse llevar.

Mis manos desabrochan su camisa, mientras él se mantiene apoyado en la cama con ambas manos sobre mí. Seguimos cruzando miradas, sonrisas y pequeños gestos. No puedo evitar volver a pensar en que hoy puede ser nuestro último día en calma. Mi vida y la suya se van a poner patas arriba, otra vez. Puede que esta sea la última noche que me sienta segura y quiero disfrutarla. Mi mirada cambia, paso de tener una mirada dubitativa, vergonzosa, a una lujuriosa, traviesa. Roberto lo nota.

Se olvida de los pequeños besos y sonrisas y me besa de forma apasionada. Un beso intenso, mientras me ayuda a quitarle la camisa y el resto de la ropa. Cae en mi cama y soy yo quien se acomoda sobre su torso para quitarme el vestido y la ropa interior.

Le beso, me rozo con su cuerpo desnudo, me deslizo por su piel, marcándola con suaves mordiscos, agarro sus manos mientras desciendo por él hasta llegar

a sus caderas. Desde el valle de sus piernas, lanzó una mirada furtiva, intentando encontrarme con su mirada, pero tiene los ojos cerrados y se muerde los labios.

Mi boca, juguetona entre sus piernas, termina por hacerle jadear. No detengo mis atenciones hasta que su sexo se muestra firme y late con vida propia.

Vuelvo a acomodarme sobre sus piernas, suelto sus manos y me apoyo en su pecho para ayudarme a mantener el ritmo de mis caderas. Un ritmo lento, acompasado, con el que disfruto más de los gestos de su cara y del sonido de sus jadeos, que de estar siendo penetrada. Unos gestos y jadeos que encienden mi deseo, un deseo que aumenta cuando abre los ojos y me mira con esa mirada llena del brillo que solo se tiene cuando la pasión se enciende.

La cadencia de mis caderas aumenta al mismo ritmo que se incrementa mi deseo. Mis gemidos y suspiros se mezclan con los suyos y siento tanto placer que hasta tengo que cerrar los ojos cuando mi cuerpo empieza a temblar al borde de un intenso orgasmo.

Mis manos no me sujetan y caigo sobre el cuerpo de Roberto, que me abraza. Luego vuelven los besos cortos, las sonrisas y las miradas vergonzosas.

A la mañana siguiente, me despierto rodeada por su brazo. No se ha movido de mi lado. Cierro los ojos y me dejo llevar por la sensación de calidez y de sentirme abrazada cinco minutos más hasta que él también se despierta.

—Buenos días —me saluda.

—Buenos días—respondo, le doy un beso y me levanto de la cama, sin preocuparme de que me vea desnuda.

—¿Lista? —me pregunta antes de salir de la habitación.

—Todo lo lista que puedo llegar a estar.

Tras desayunar con Roberto y vestirme, lo primero que tengo que hacer es

ponerme en contacto con Antonio Luque. En nuestra primera cita, y pese a sus primeras reticencias, conseguí que estuviera dispuesto a colaborar, aunque fuera entre las sombras. No podía desaprovechar la ocasión de tener alguien infiltrado dentro del partido.

Hay algo que Antonio puede hacer por mí y quiero saber si ha descubierto algo.

—Buenos días. ¿Tienes algo? —pregunto cuándo descuelgan.

—No me has dado mucho tiempo, pero no era muy difícil saber quién puede estar más interesado. En este caso, interesada. Dame un par de horas para ver si consigo que os podáis ver.

—Que no sea en la sede del partido. No soy bienvenida.

—Lo sé. Si esto fuera una comisaría, tu foto estaría en la lista de personas peligrosas, y yo tampoco tengo ninguna gana de que los jefes te vean por aquí. Bastante me arriesgo hablando de ti a sus espaldas. Estate tranquila, si consigo algo, yo te llamo.

Me entretengo el resto de la mañana editando el sonido y la imagen del video que grabé en casa de Ángel y Marta y quedo muy satisfecha con el resultado obtenido. Incluso puedo comprobar, en el momento de recoger el llavero de encima de la mesa, que el collar que impide que mi imagen quede grabada también funcionó a la perfección. Visionando el vídeo, siento el cosquilleo del placer que siente la gente al observar de manera furtiva. Esa emoción de lo prohibido y de excitarse con los gestos y caras de las personas observadas, pudiendo centrarse en los detalles que pasaron desapercibidos en un primer momento. La mirada de Marta en el vídeo es muy provocadora y estimulante. Es curioso, el regreso de mi vida pasada ha despertado mi lado más sexual, he recuperado mis instintos más lascivos y todo lo relacionado con el sexo vuelve a excitarme.

Escribo un email a Marisa, dándole las gracias por su colaboración y sus aparatos electrónicos y pidiéndole que me ponga al día, mientras preparo la parte del plan a la que más miedo tengo. Mi reencuentro con Stela y Javier. He descartado la opción de mantenerme en las sombras todo el tiempo. Un buen

truco de magia se hace siempre lo más cerca posible del espectador. Hay que centrar la atención del público en un punto mientras realizas el truco. Estoy segura de que Stela se mantiene siempre alerta y vigila cualquier movimiento de cualquiera que intente acercarse a ella. Si pretendo llevar a cabo mi venganza desde las sombras, no tardará en descubrirme. Y, en ese caso, no sabría cuándo he sido descubierta. Lo mejor es que conozca de primera mano mis intenciones, que fije toda su atención en mí y así sorprenderla con el engaño, como hizo ella.

A la hora de comer me llama Antonio. Me ha fijado una cita en un hotel del centro de Madrid con una mujer de nombre Victoria Asensio. Tengo que estar en el comedor del hotel a las cuatro de la tarde.

Cuando le pregunto cómo voy a reconocer a esa mujer me dice que no me preocupe por eso, que ella me reconocerá a mí. Durante un segundo me planteo acudir a la cita con alguno de mis disfraces de Sweet_Lady, a ver si entonces es capaz de reconocerme. Estoy harta de que todo el mundo crea saber quién es Gema Romero, aunque en realidad solo conozcan mi imagen en una pantalla de televisión.

Decido presentarme con mi estilo natural. Antonio está seguro de que la tal Victoria Asensio es la persona más interesada dentro del partido en desenmascarar a Javier. Aunque odie que la gente esté segura de reconocerme por mi fama involuntariamente adquirida, no quiero enemistarme a las primeras de cambio con quien puede ser mi aliada jugando con ella al despiste.

A las cuatro en punto hago mi entrada en el hotel y al comedor, en el que algunas personas charlan alargando la comida y otros ya están con el café de media tarde. De una de las mesas del fondo veo levantarse a una mujer de porte distinguido, ropa cara y mirada interrogante. Decidida, me acerco a ella.

—Buenas tardes, ¿Victoria?

—Buenas tardes, señora Romero. Siéntese —me invita, indicándome la silla libre al otro lado de la mesa—. Me han dicho que estaba muy interesada en hablar conmigo.

—Mi interés es proporcional a la inquina que pueda tener usted a Javier Márquez —contesto, a la vez que tomo asiento.

—La suficiente como para que citarme aquí con usted despierte mi atención — replica con aire de suficiencia.

—Cuénteme sus motivos para odiar a mi exmarido y yo le diré mis motivos para querer citarme con usted.

—Su exmarido es un cabrón sin escrúpulos dispuesto a cualquier cosa por llegar a lo más alto en nuestro partido. No le importa a quién pise para alcanzar su objetivo. Y en su escalada, yo soy una de esas personas a la que ha pisado.

Tengo la sensación de que las intenciones de Victoria Asensio dentro del partido son las mismas que las de Javier. Ni tiene más escrúpulos ni busca otra cosa que no sea llegar a lo más alto del partido. Lo que le hace odiar a Javier es que él parece que va a conseguirlo mientras que ella se ha quedado por el camino.

—La creo —respondo, guardándome mis opiniones sobre ella—. Cuando se me cayó la venda de los ojos con mi exmarido, también descubrí a ese Javier del que me habla.

—Lo que no sabe Javier Márquez es que Victoria Asensio no es fácil de pisar. Es como un escorpión venenoso. Puede que lo aplastes, pero eres tú quien acaba pagando semejante afrenta.

—Eso es lo que más me interesa de usted —digo, mientras me vuelvo a morder la lengua. Si de alguien desconfío es de las personas que hablan de sí mismas en tercera persona—. Como ha sido capaz de reconocerme, imagino que conocerá mi historia con Javier. Al menos, la versión oficial de los hechos.

—Por supuesto. Usted traicionó a su marido para intentar robarle la alcaldía de su ciudad, presentándose como candidata del partido de la oposición.

—Imagino que, conociendo a Javier Márquez en persona y sabiendo hasta

dónde está dispuesto a llegar por alcanzar sus objetivos, no le sorprenderá si le digo que todo eso fue, en realidad, una trampa que él y su nueva esposa idearon para librarse de mí.

—Podría llegar a creerla si me cuenta su versión.

—Me hicieron creer que él me era infiel con una prostituta. Eso me llevó a querer vengarme de él y, con la ayuda de Stela Miró, que era una de sus inversoras de campaña, tracé un plan para arrebatarle lo que más quería, que era la alcaldía de la ciudad. Pero, mientras yo creía que Stela me ayudaba en mi venganza, en realidad me estaba ayudando a cavar mi propia tumba y a hundirme más profundo. Todo era una farsa y el vídeo que me hizo famosa terminó por hundir mi carrera, mi vida y mis planes.

—¿Y ahora quiere retomarlos?

—Así es, con su ayuda. Después del escándalo, me trasladé a vivir a Madrid y me intenté olvidar de Javier y Stela. Ahora ellos también se han trasladado a vivir aquí y, más tarde o más temprano, voy a tener que enfrentarme al reencuentro. Creo que usted podría estar interesada en ayudarme porque, si acabo con Javier, usted saldrá beneficiada, ¿no es así?

—¿Qué es lo que necesita de mí? —pregunta interesada.

—Que me consiga una oferta irrechazable para Stela Miró.

—Explíquese.

Le cuento a Victoria lo que quiero que haga. Me agrada comprobar que, cuanto más escarbo, más gente dispuesta a ayudarme encuentro. Es lo que tiene llevar una vida como la de Stela y Javier, que ganas enemigos a la misma velocidad que fama y renombre. Victoria se muestra sorprendida, a la par que interesada, con mi plan. Si todo sale como planeo, ella será la persona más beneficiada y eso le asombra.

—¿Así que soy la que más sale ganando? —pregunta, repasando el plan.

—Digamos que ambas conseguimos lo que queremos. ¿Me ayudará?

Un decidido apretón de manos sella nuestra colaboración. Que sea ella quien más salga ganando era mi forma de asegurarme su colaboración. La gente del mundo de la política solo se moja el culo cuando puede atrapar grandes peces.

Como sé que Victoria no va a ser del todo discreta en sus pesquisas, decido no postergar mucho tiempo más mi encuentro con Javier y Stela. Quiero ser la primera que les comunique que no me he olvidado de ellos, mucho antes de que empiecen a intuir mi presencia en los acontecimientos que van a empezar a ocurrir.

Acudo, a la mañana siguiente, al bar en el que los vi desayunando. Puede que, ahora que todavía no han terminado de instalarse en su nueva casa, tengan como costumbre desayunar en el único bar que se encuentra cerca.

Voy preparada, esta vez sin peluca ni disfraz, pero con lo necesario para llevar adelante mi idea en caso de que me encuentre con ellos.

Durante la noche he ido encontrando más ventajas a la idea de encontrarme con ellos en una cafetería. Rodeados de gente, su reacción al verme será más controlada y menos peligrosa que en un encuentro más privado. La sorpresa del momento también me ayudará a que su reacción no sea premeditada, ni planeada, mientras que yo sí que tengo todo bajo control.

Meto en el bolsillo de mi chaqueta un sobre, un pintalabios rojo, un bolígrafo y un micrófono. De todos esos artilugios solo el sobre es de mi propiedad, así como la nota que lleva dentro. Lo demás son regalos de Infortec. Sabedora de que voy a ser descubierta en mis intenciones mi mejor opción es intentarlo de varias formas.

Me dirijo al bar con la esperanza de encontrármelos ya desayunando, pero, tras cruzar la puerta, empiezo a pensar en que tendré que buscar otra manera de hacerme la encontradiza. Stela y Javier no están en ninguna de las mesas.

Voy a la barra y pido un café para entrar en calor con la idea de hacer tiempo y la esperanza de verles entrar. Terminado el café y leído el periódico que hay sobre la barra, la esperanza se va desvaneciendo. Voy al aseo para hacer un poco más de tiempo y con un plan ya medio trazado de dónde y cómo hacerme la encontradiza. Al salir del baño, ese plan vuela por los aires y los nervios,

que mientras tomaba el café se habían ido tranquilizando, vuelvo a tenerlos a flor de piel. Javier está en la barra.

Miro hacia las mesas buscando a Stela y no tardo en localizarla. Está mirando hacia la barra impaciente y su rostro no transmite buen humor. Espero en la puerta a que ambos vuelvan a estar juntos antes de acercarme. Respiro profundo, intentando calmar mis nervios, y sujeto el sobre con fuerza en mi mano.

—Vaya, ¡qué sorpresa! —digo cuando me acerco a la mesa y ambos dejan de hablar para mirarme. El gesto de Stela se vuelve interrogativo, el de Javier es de verdadera sorpresa.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta mirándome como si hubiera visto un fantasma.

—Eso mismo venía a preguntaros yo. ¿Tú no deberías estar en el ayuntamiento ejerciendo de alcalde?

—Stela y yo nos hemos trasladado a vivir a Madrid.

—Eso mismo hice yo cuando me arruinasteis la vida. Llevo dos años viviendo aquí. Pensé que era el mejor sitio para intentar encontrar trabajo.

—¿Y qué tal te va con eso? —pregunta Stela al otro lado con una voz burlona.

—Mejor de lo que podía esperar —respondo mirándola y sintiéndome orgullosa de mantener su mirada—. He estado muy ocupada desde que no nos vemos —añado ya mirando hacia Javier por miedo a no poder resistir mucho tiempo.

—Me alegro —dice él—. ¿Y en qué has estado tan ocupada?

—En no olvidar las últimas palabras que le dije a Stela antes de tener que marcharme —respondo y pongo mi mano sobre el abrigo de Stela para colocar el micro—. ¿Las recuerdas? —pregunto y vuelvo a mirarla con la sonrisa más falsa que he usado en mi vida.

—Tengo muy buena memoria.

—Contaba con ello. Ahora que todos vivimos en Madrid, quizás sea un buen momento para retomar lo que dejamos pendiente.

—Yo no dejé nada pendiente contigo, Gema —dice, a la vez que se pone en pie para mirarme a los ojos.

Parece que no le gusta nada que yo no agache mi mirada ante ella y que la haya estado mirando desde más arriba. Intenta intimidarme colocándose a mi lado y enfrentando mi mirada. Sus ojos reflejan su rabia y parecen querer amenazarme. Me lo esperaba.

—Yo sí, por eso me alegra tanto veros —confieso, mientras deslizo el sobre en uno de sus bolsillos. Estoy segura de que ha sentido mi mano. No he intentado disimular. Lo que no quería era que me viera echar nada en su bolso. He dejado caer el pintalabios rojo y el bolígrafo.

—Yo también me alegro de verte —contesta Stela con una sonrisa aún más falsa que la mía. Tiene experiencia.

—Qué bien, porque estoy segura de que vamos a volver a vernos pronto. Ahora os dejo desayunar, qué aproveche. Yo tengo unas cosas que hacer.

Me despido y salgo del bar. Stela vuelve a sentarse. Nada más doblar la esquina saco mi móvil del bolsillo, enciendo la App que me permite escuchar lo que el micrófono esté captando y me pongo los cascos como si fuera escuchando música.

—Vamos a tener que hacer algo. No creo que el encuentro haya sido una casualidad. —Está diciendo Stela cuando empiezo a escuchar la conversación.

—Yo tampoco, pero no creo que Gema pueda hacer otra cosa contra nosotros que venir a saludarnos. La dejamos muy hundida hace dos años.

—Los fuegos más peligrosos son aquellos que no se terminan de apagar bien. Suelen resurgir con más fuerza en cuanto se levanta un poco de viento a su favor.

—¿Y tú crees que Gema puede tener algo de viento a favor contra nosotros?

Un político camino del Congreso y una empresaria de éxito contra una periodista en paro. No tiene nada que hacer.

—No me fío, Javier. Y créeme cuando te digo que tengo un instinto para estas cosas —responde Stela mientras oigo el ruido de que ha empezado a revolver en su bolso—. Mira... ¿lo ves? Este pintalabios no es mío. Lo ha debido dejar caer en mi bolso.

—¿Un pintalabios? ¿Y con qué finalidad?

—Es del mismo tono rojo que el que le hice ponerse en mi casa. Creo que quiere decirme que no se ha olvidado de nada. Anda, ¡mira! ¡Si además esconde un micrófono! ¿Me crees ahora cuando te digo que no podemos fiarnos de ella? Hay que apagar ese fuego del todo. Cuanto antes. No podemos permitirnos absurdas rencillas y resquemores. Tenemos que librarnos de Gema y de tu hermano. A ser posible, eliminar dos pájaros de un solo tiro.

No me sorprende que Stela haya encontrado el pintalabios y tampoco tardará en encontrar el micrófono que le he colocado en el abrigo. Mi esperanza es que el bolígrafo pase más desapercibido en su bolso y que acuda a la cita que le he dejado en el sobre. Algo me hace sospechar que lo hará. Me ha sentido dejarle la nota en el bolsillo, pero no le ha comentado nada a Javier. Sus amenazas tampoco me sorprenden.

La he citado para esta tarde en una habitación de hotel. Si hay algo que tengo claro es que no quiero que Stela sepa dónde vivo y, menos aún, en las condiciones en que lo hago. Se regodearía mucho de su victoria. Espero que mi plan en la habitación de hotel funcione, porque me va a costar muchas horas de web erótica pagar lo que me ha costado reservarla por una noche.

El resto de la conversación entre Javier y Stela es sobre negocios y bastante intrascendente. La oigo despedirse antes de ir a su oficina. Oigo sus pasos caminando por la calle. De pronto, su voz me sorprende por su nitidez.

—He leído tu nota y, por supuesto, he localizado tu micrófono en mi abrigo. Nos vemos a las siete en el hotel, tengo curiosidad.

Me dice antes de oír como el tacón de su zapato destroza el micrófono. Solo

queda en funcionamiento la grabadora del bolígrafo.

Su tecnología me sorprendió mucho cuando me lo enseñó Marisa. Dentro de él se oculta una grabadora con una capacidad de almacenamiento increíble. No necesita cintas como las grabadoras antiguas. Todo lo que registra lo convierte en archivos de audio y lo sube a la nube en cuanto el dispositivo se encuentra en una habitación con red Wi-Fi. Mientras le dure la batería y no sea descubierto, todo lo que diga Stela quedará registrado. Espero que no lo encuentre.

Regreso a mi casa y busco entre mi ropa aquella más elegante. No hay en mi armario nada que se parezca, ni se acerque, a los trajes y vestidos que usaba cuando iba a las galas benéficas del brazo de mi marido, pero algo puedo rescatar.

Hago una llamada a Roberto para contarle cómo ha ido mi mañana y que el plan de reunirme a solas con Stela parece haber funcionado. Quiero que mientras estoy reunida con ella aproveche para acercarse a su hermano. Javier es más descuidado que su actual esposa y puede que Roberto pueda colocarle algún micrófono. Cuando organizamos esa parte del plan le dejé alguno de los aparatos de escucha que me regaló Marisa.

Voy a la habitación de hotel un par de horas antes de mi cita. Quiero que todo lo que pase entre esas cuatro paredes quede registrado de alguna manera, y estoy segura de que Stela, después de descubrir mis dos micrófonos, medirá sus palabras y sus actos.

Preparar la habitación y colocar otros me ayuda a mantenerme ocupada y a mantener calmados mis nervios. En cuanto dejo de ponerlos y me quedo sin nada que hacer empiezo a pasear nerviosa, tengo que ir varias veces al baño y me miro repetidas veces en el espejo de la habitación.

No estoy nada conforme con mi indumentaria, pero es lo que hay. Stela estaba más elegante esta mañana desayunando y estoy convencida de que aparecerá con alguno de sus despampanantes vestidos para intentar imponer con su imagen. Hará todo lo posible por volver a intimidarme como hacía en nuestros encuentros hace dos años. No le ha hecho ninguna gracia ver que yo no me acobardaba y querrá volver a tomar el control. Intentaré que se lleve otra

sorpresa.

A la hora fijada en mi nota, unos golpes en la puerta de la habitación me anuncian que ha llegado el momento de enfrentarme a mi mayor miedo. Con menos decisión de la que me gustaría aparentar, abro la puerta.

—Ya estamos a solas. ¿Qué es lo que querías decirme? —me dice mientras entra, sin esperar mi invitación para hacerlo.

Como suponía, Stela viene muy elegante. No lleva la misma ropa que esta mañana, ha cambiado su vestido por uno más ajustado y corto, aunque conserva el mismo bolso y se nota que se ha maquillado y arreglado para la ocasión.

—¿Te has puesto así de guapa para verme? —suelto, intentando descolocarla, recordando el comentario que ella me hizo cuando quedamos para comer juntas por primera vez.

—Déjate de estupideces —replica sin mirarme—. Soy una mujer muy ocupada con poco tiempo que perder con una periodista en paro. Expíciate rápido o tendré que marcharme —añade mirando su reloj de pulsera, con el que podría pagar el alquiler de mi casa un año, como si tuviera prisa.

No puedo evitar que su comentario me duela como una patada en las costillas. Por fortuna, ella está mirando hacia la ventana de la habitación.

—Iré directa al grano, entonces —digo tras respirar profundo intentando mantener la calma—. Sé que tu matrimonio con Javier es una farsa, que solo te has casado porque piensas que es el hombre adecuado para alcanzar las cotas de poder con las que siempre, desde que eras Lucía —Enfatizo su antiguo nombre y ella, al oírlo, se endereza todavía más—, has soñado. Estoy aquí para decirte que estás equivocada, que Javier nunca va a llegar a darte ese poder con el que sueñas y, lo más importante, que yo podría ayudarte a conseguirlo.

—¿Tú? —replica, girándose hacia mí por primera vez. Su mirada destila incredulidad y furia, pero no tanto magnetismo como recordaba—. ¡¿Tú que poder me ibas a conseguir si eres incapaz de encontrar un trabajo de becaria

en un «periodicucho» de pueblo?!

Sonríó al comprobar que Stela solo pone en duda mi capacidad para obtener la influencia suficiente para otorgarle lo que ella desea, ni la más mínima réplica a mi afirmación de que su matrimonio con mi exmarido es una farsa.

—Me alegra comprobar que no me falta razón...

—¿Razón en qué? —pregunta Stela, descolocada ante mi sonrisa y viendo que sigo aguantando su mirada, aunque intento que no note que me empiezan a temblar las piernas.

—Cuando nos conocimos hace dos años, me di cuenta de que eres una mujer muy liberal. Te gusta experimentar en el sexo y disfrutas de cualquier situación morbosa de la que puedas obtener placer. Explotas tu sexualidad para conseguir lo que quieres de quien deseas, pero, pese a que no haces ascos a una buena polla —digo, intentando expresarme como suele hacerlo ella, igual de directa—, tu debilidad son las mujeres. Nunca te casarías con un hombre por amor, solo por interés. Tu matrimonio con Javier es una mentira de la que solo buscas sacar provecho.

—Si piensas que te lo voy a confesar, para que después vayas con el cuento a tu «exmaridito» con la grabación, es que no me conoces —alardea entre risas mientras lanza miradas por la habitación en busca de micrófonos escondidos.

—No hace falta que me lo confieses. Tu primera gran relación fue con tu profesora de instituto. La noche en la que me utilizaste como mesa para dar de cenar a tus invitados, estabais cuatro mujeres, sin contarme a mí, y solo dos hombres. Me acuerdo perfectamente de que, cuando los hombres absorbieron las guindas de mis pezones, se besaron con dos de esas mujeres y ninguna de las dos fuiste tú. Tu primer beso esa noche fue con la otra mujer. Es cierto que tuviste sexo con Ángel, ya te he dicho que no rechazas una buena polla, pero fue mientras tu boca estaba ocupada en el coño de una mujer. Cuando me besaste, tu boca solo tenía el sabor de un orgasmo femenino. Y, sobre todo, Lucía —Vuelvo a remarcar su antiguo nombre mientras me acerco a ella intentando que no note mis miedos—, sé cómo me mirabas mientras nos masturbábamos frente a la cámara de nuestros ordenadores y sé el deseo que brillaba en tus ojos cuando te dejé chupar mis dedos empapados en medio del

restaurante. Tú misma me reconociste que lo único que te había salido mal hace dos años es que tú y yo no tuviéramos nuestro particular encuentro. Reconócelo, Lucía, yo te gusto más que Javier.

—¡Deja de llamarme Lucía! —exclama tan cerca de mí que puedo sentir su aliento.

—Yo solo quiero acabar con Javier. Él es mi objetivo desde el principio y eso no ha cambiado. Puedo ayudarte a alcanzar el poder que tanto deseas, sin que tengas que compartir tu vida con un hombre. Solo tenemos que volver a unirnos, pero esta vez de verdad —susurro a su oído. Es la manera que tengo de esquivar su mirada que, ahora sí, ha empezado a ejercer su magnetismo sobre mí.

—Apaga los micrófonos —me susurra ella a su vez.

Sin mirarla, temblorosa por dentro, quito los micrófonos que he colocado en el cuadro de la habitación, en la lámpara de noche y en el espejo. También me agacho para quitar el que he colocado en el somier de la cama. Cuando me levanto, sorprendo a Stela mirándome el culo.

—Micrófonos desconectados. Veo que te sigue gustando lo que ves —comento y me paro frente a ella.

—Haría unos cambios en tu vestimenta, pero la vida de pobre no te ha sentado tan mal —dice ella, mientras se acerca a mí e intenta agarrarme por la cintura.

—No estoy aquí para tener ese encuentro pendiente entre nosotras. —La rechazo, apartándola sutilmente de mi lado—. Estoy aquí para que me ayudes a terminar con Javier.

—¿Y para eso me has citado en un hotel? —cuestiona, volviendo a acercarse a mí.

—Te cité aquí para poder tener un sitio en el que colocar los micrófonos. No con ninguna intención oculta —contesto, me vuelvo a apartar y camino hacia el otro lado de la habitación—. Ya he quitado los micrófonos. ¿Me vas a ayudar? ¿Sí o no? —insisto y me aproximo donde Stela ha dejado su bolso.

—¿Qué es lo que puedes ofrecerme tú?

Le relato a Stela mi plan y parece que su interés es sincero. Una vez explicadas mis intenciones, le doy mi actual número de teléfono para mantenernos en contacto y, sin alargar mucho más tiempo mi estancia en la habitación, para evitar más intentos de acercamiento por su parte, me despido de ella. El encuentro ha ido incluso mejor de lo que pensaba.

Tenía la intuición de que podía sentir un cierto interés hacia mí, pero era más una corazonada que una certeza. Comprobar que estaba en lo cierto me anima a seguir adelante con mi plan. Ese interés puede llegar a ser el punto fuerte en mis intenciones.

En cuanto llego a la seguridad y calma de mi casa, me dejo caer en el sofá con las piernas todavía temblando. Ha sido salir de la habitación del hotel y todos los nervios contenidos me han venido de golpe. Me siento como una presa que intenta contener más agua de la que puede soportar a la que acaban de abrir las compuertas. Me salen los temblores a borbotones.

Cierro los ojos y hago unos ejercicios de respiración para intentar recuperar la calma. Enfrentarme a Stela e intentar ser yo quien la desconcierte me ha resultado tan difícil como esperaba. Saber que no va a ser la última vez que lo voy a tener que hacer, saber que es probable que mi plan incluya permitirle acercarse más a mí sin poder evitarlo como he hecho en la habitación del hotel, hace que no consiga serenar mis nervios. Esa parte de mí que llegó a sentirse atraída por Stela hace dos años teme que tenerla tan cerca termine por nublarle los pensamientos.

Para tranquilizarme decido llamar a Roberto y preguntarle cómo le ha ido a él la mañana. Espero que su encuentro con Javier haya sido tan productivo como el mío. Su objetivo era llamar su atención y colocarle un micro para escuchar sus conversaciones con Stela. Colocárselos yo otra vez a ella había quedado descartado, viendo el poco tiempo que había tardado en descubrirlos.

—Hola, Roberto. ¿Cómo ha ido la mañana?

—Me tenías preocupado —dice, al oír mi voz—. Quedamos en que me llamarías en cuanto salieras de tu cita con Stela. Se me hacía extraño que se estuviera alargando tanto.

—He querido regresar a casa antes de llamarte. Me siento más segura aquí. ¿Qué tal con tu hermano?

—Llevé a cabo lo que planeamos. Le hice una visita en su despacho. Lo amenacé y coloqué un micrófono en su mesa. Cuando se acercó a mí,

amenazante, le agarré de las solapas de la chaqueta y coloqué otro micro. Lo que no sé es cuánto tardará en descubrirlo. Por cierto, me ha comentado que te ha visto esta mañana. Ha dicho algo entre dientes como «vaya puto día, primero Gema y ahora tú».

—Menos gracia le va a hacer cuando se vuelva a encontrar con nosotros, ya lo verás. Voy a comprobar con la App si el micro de Javier sigue funcionando. Quiero ver qué habla con Stela cuando vuelvan a encontrarse. Él le contará tu visita a su oficina, pero tengo curiosidad por saber si ella le comenta nuestro encuentro en el hotel —contesto sin inmutarme porque a Javier no le haga gracia verme.

—¿Qué tal ha ido?

—Diría que bien, pero no me fío en absoluto de Stela. Creo que he captado su atención, pero no sé si puedo decir lo mismo de su interés. Tendré que ofrecerle pruebas si quiero que traicione a Javier. Puede que su matrimonio sea de conveniencia, pero puede que la confianza entre ellos no sea fácil de romper. Quizás lo prefiera como aliado. Por eso, quiero saber qué habla con él.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha ido como esperabas?

—Diría que incluso mejor de lo esperado. Stela ha intentado besarme, dos veces.

—¿En serio? —A Roberto le cambia hasta la voz.

—Te lo juro. Creo que estaba en lo cierto cuando pensaba que yo le atraigo más que mi exmarido. La duda que tengo ahora es en quién va a confiar más y de la mano de quién va a intentar lograr sus metas. Haga lo que haga, estaré preparada.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Cuál es el siguiente paso?

—Ponerme en contacto con Victoria a ver cómo va con lo que le he pedido. Escuchar las conversaciones de Javier y, dependiendo de las acciones de Stela, volver a encontrarme con ella o hacerlo con él. Veremos cómo

reaccionan a los encuentros de hoy. Ahora voy a escuchar la App a ver si me entero de algo. Seguimos en contacto.

—¿Quieres que vaya a tu casa a escucharlas contigo?

—No hace falta, tranquilo. —Creo que las intenciones de Roberto son las de pasar la noche juntos, otra vez, pero no me veo de humor para ello. Además, tengo que trabajar en la webcam—. Me iré pronto a la cama. Una cena ligera y a dormir, que el día de hoy ha sido muy estresante —añado, intentando justificarme.

Después de pasar la noche juntos, me vuelvo a sentir incómoda con la idea de estar cerca de Roberto. Me pareció bien acostarme con él antes de iniciar nuestro plan, existía la posibilidad de que nuestras vidas se pusieran tan patas arriba que no se volviera a dar la ocasión. Pero lo que era un encuentro sexual de una noche de emociones fuertes no quiero que se convierta en algo más. Sé los sentimientos que dice sentir hacia mí y sé cómo me sentí a la mañana siguiente con él en mi cama. No quiero que esos sentimientos vayan a más, al menos por ahora. Mejor evitar los encuentros personales. El plan nos va a separar y no quiero que esa separación duela en exceso. Tengo que mantener las ideas frías y la mente despejada.

Mientras me preparo una cena ligera, escucho el micro de Javier. Al principio, solo distingo una mezcla de voces ininteligibles y una música que tampoco puedo llegar a identificar. Parece que está en un bar y que no habla con nadie. Cuando ya estoy cenando y empiezo a aburrirme de no escuchar nada que pueda entender, oigo con claridad la voz de Javier.

«Sí, llegas tarde. Estoy en el bar donde habíamos quedado. Sí. ¿Diez minutos? De acuerdo, te espero.»

Termino de cenar y recojo la cocina con prisas para terminar en esos diez minutos. Quiero saber con quién ha quedado —espero que sea con Stela— y quiero tener la cocina recogida cuando llegue, para concentrarme solo en la conversación.

Pasados los diez minutos se sigue escuchando solo el ruido de fondo. No es hasta pasados quince que vuelvo a escuchar voces con claridad.

—Lo siento, cariño. Ya sabes que, cuanta más prisa tienes, más se te complican las cosas en el trabajo —se excusa la voz de Stela, que reconozco con facilidad.

—Sí, ya lo sé. También yo he tenido un día difícil en el trabajo.

—¿Qué ha pasado? ¿El secretario general ha dado ya la lista de candidatos al Congreso? ¿No estás entre los primeros?

—No, tranquila, no es eso. La lista no la comunicará hasta final de mes y sabes, perfectamente, que estaré en los primeros puestos. El problema ha sido otro. He tenido una visita sorpresa de mi hermano.

—¿En tu oficina? ¿Todavía no has ordenado que le impidan la entrada? Te dije que lo hicieras para evitar estas situaciones. No es bueno que ande paseándose por los pasillos de la sede del partido.

—Los asuntos de palacio van despacio. Soy un recién llegado a la sede central. Todavía tengo que ganarme la confianza de la gente para ir pidiendo favores. Mi hermano también es miembro.

—¡Maldita sea, Javier! Eso lo arreglaba yo en dos días. No puedes ser tan descuidado. ¿Y qué es lo que quería tu hermano? —A Stela se le nota enojada.

—Lo de siempre. Saber por qué he dejado de pagarle lo acordado e intentar ponerme nervioso, pero no lo ha conseguido.

Durante unos segundos se hace el silencio entre los dos. La visita de Roberto a su oficina sí que parece haber puesto nervioso a Javier, aunque intente disimularlo. Por su parte, Stela todavía no ha mencionado nada de nuestro encuentro en el hotel.

—No te preocupes por nada, yo me encargo —dice, al final, Stela—. No dejaré que Roberto sea un problema en tus aspiraciones.

Ninguna otra conversación interesante durante el resto de la noche. Cuando llegan a casa y Javier guarda su chaqueta en el armario, ya no puedo escuchar nada más y decido irme a acostar, pero me cuesta conciliar el sueño.

Mi cabeza no para de dar vueltas a una idea. Stela no le ha hablado de nuestra conversación a Javier en el bar, pero puede que lo haya hecho durante la cena en casa. No puedo permitirme errores y necesito tener en mi poder toda la información posible. Necesito poder escuchar lo que se dicen. Tengo que encontrar la manera de colocar micros en su casa. Dándole vueltas a la manera de colarme en su vivienda, me encuentra la mañana.

El principal problema reside en que el portal donde viven tiene conserje. No va a ser fácil colarme sin que me vea. Me preocupa tanto su presencia que mi incapacidad para abrir la puerta de una vivienda pasa a un segundo plano.

Decido pasar la mañana observando al conserje, sus costumbres y manías, en busca de una manera de entrar en el edificio. Por suerte, no tardo mucho en encontrar la manera. El hombre sale a vaciar la basura y mantiene la puerta abierta hasta su regreso. Si esa costumbre la tiene todos los días, aprovecharé ese momento para colarme.

Paso el resto de la mañana solucionando mi otro problema: cómo entrar en una vivienda, aunque desde que existe Internet creo que puedes encontrar videotutoriales casi de cualquier cosa. Abrir cerraduras es una de ellas. No tardo ni cinco minutos en encontrar un método para entrar y lo que más me sorprende es que, además de vídeos de cómo fabricar las llaves necesarias de manera rudimentaria, puedo comprarlas en Amazon.

Gracias al servicio prémium, tengo las llaves en mi casa al día siguiente. Pruebo el método con mi propia cerradura antes de aventurarme a colarme en casa de Javier y Stela.

Me resulta tan sencillo que mi preocupación pasa a ser mi propia seguridad. Si el método es tan fácil como para que a mí no me haya costado esfuerzo entrar en mi hogar, ¿cómo puedo evitar que alguien entre a robarme? Hago una búsqueda por Internet y una llamada a un cerrajero para que me instale una nueva cerradura.

Voy camino de casa de Javier y Stela, como si llevara miles de euros encima. Con esa sensación de estar siendo observada cuando intentas pasar desapercibida. Intento tranquilizarme pensando que lo de mi vivienda ha sido suerte, que mi cerradura es bastante peor que las cerraduras en hogares que

cuestan más de un millón de euros y que, tras pasar la puerta esquivando al conserje, al segundo intento fallido iba a salir de allí como alma que lleva el diablo.

Pero nada de eso ocurre. El conserje vuelve a ausentarse, como la vez anterior, y deja la puerta abierta mientras va a vaciar la basura. Subo andando para no hacer ruido usando el ascensor y que, a su vuelta, no se pregunte si ha entrado alguien sin que él lo haya visto. Compruebo en el buzón que la casa de Javier y Stela está en la segunda planta.

Miro a ambos lados cuando me arrodillo frente a la cerradura más veces que si fuera a cruzar una carretera de ocho carriles en hora punta y, cuando estoy completamente segura de que no hay nadie cerca, me dispongo a probar mis conocimientos recién adquiridos. Al tercer golpe, la cerradura cede y la puerta se abre ante mi asombro.

Entro con prisas, sin prestar atención a los detalles de la casa, una en la que, solo en su salón, cabe todo mi apartamento. Maldigo para mis adentros al comprobar que tiene más estancias que yo cámaras he traído. ¿Para qué necesita cuatro habitaciones y tres baños un matrimonio sin hijos? Decido colocarlas en el salón, la cocina, la habitación principal y en una de las otras que veo más amueblada, pensando que serán la otra que más usan. También pongo otra en una que parece ser un despacho. No creo que hablen nada en los cuartos de baño, aunque Stela tenga tendencia a desnudar mujeres delante del espejo de esa estancia.

Salgo de la casa con prisas, cierro la puerta y, cuando voy a bajar corriendo las escaleras, me detengo y me quedo petrificada. Cómo puedo ser tan estúpida. Preocupada por cómo entrar sin ser vista, no me he detenido a preguntarme cómo salir.

Estoy a punto de darme de cabezazos con las paredes, me hago daño clavándome las uñas en las palmas de las manos por la rabia que siento contra mí misma, para al final resignarme e intentar buscar una salida. Cada vez que oigo el ascensor subir o bajar, me pongo en tensión y me coloco junto a las escaleras. Si el ascensor no se detiene en mi planta, me quedo quieta hasta que la puerta se cierra. Si el ascensor se detiene en la planta donde me encuentro, subo o bajo un tramo por las escaleras para no ser vista. Por fortuna, la gente

es muy vaga y nadie sube andando.

Me paso jugando al gato y al ratón hasta la hora de comer. Entonces el conserje sale de su garita y se marcha cerrando la puerta. Por fortuna, desde dentro se puede abrir sin llave. Escapo de allí como una leona que encuentra la puerta de su jaula abierta y llego a mi casa todavía sin recuperar el aliento. No compruebo que las cámaras instaladas funcionan hasta que me dejo caer en mi sofá. Por suerte, todas lo hacen a la perfección. Si no lo hubieran hecho, no me hubiera atrevido a volver.

Decido que mi aventura matutina no debo contársela a nadie. No quiero imaginar la cara que me pondría Roberto si le cuento que he entrado en casa de Javier y Stela como una vulgar ladrona, y menos si le cuento las horas que he tenido que pasar encerrada.

Tengo mis piezas colocadas en el tablero, pero estoy esperando el movimiento del rival. Le di a Stela mi número de teléfono con la idea de que fuera ella quien se pusiera en contacto conmigo. Esperando su interés en conocer cómo puedo acercarle a ese poder que tanto ansía. Pero han pasado dos días y no tengo novedades.

Cuando Javier y ella están fuera de casa, paso el rato revisando los archivos que sube el bolígrafo de su bolso a la nube —aunque la mayoría son inútiles y temo que esté a punto de quedarse sin batería— y escuchando las conversaciones que se producen en el despacho de Javier, aunque, como buen político, casi nunca está en su oficina. Cuando llegan a casa, sus conversaciones y quehaceres se convierten en mi espectáculo televisivo. Dentro del hogar, Stela y Javier son de lo más soso que he visto en mi vida. Solo hablan de trabajo, cenan prácticamente en silencio mientras ven la tele y se acuestan temprano. No hacen ningún ruido cuando apagan la luz. Apenas ninguna muestra de cariño o afecto entre ellos, salvo el típico beso de buenos días antes de salir de casa cuando lo hacen por separado. Si salen juntos a desayunar, ni siquiera eso. Al menos hasta esta noche.

Hoy Javier ha llegado a casa antes de su hora habitual. Se ha dado una ducha, se ha puesto a preparar la cena y no se ha puesto la ropa de andar por casa que suele usar. He vivido los suficientes años con él para saber lo que eso significa: hoy tiene ganas de sexo y está preparando el terreno. Lo hacía

exactamente igual conmigo y, lo que más rabia me da ahora, siempre le funcionaba. Tengo curiosidad de saber si con Stela va a obtener el mismo resultado.

Ella llega a casa pasadas las diez de la noche. A su hora habitual. Cuando abre la puerta, Javier está esperándola en medio del pasillo. Cuando ella le ve pone cara de extrañeza. Javier se acerca sin mediar palabra y le da un beso. Un beso intenso por su parte que Stela apenas corresponde, ni siquiera le abraza, se queda parada con los brazos caídos como si quien le estuviera besando fuera un desconocido.

—¿Qué haces? —pregunta cuando él deja de rodearla con sus brazos.

—He preparado la cena y hoy me gustaría que tuviéramos una velada especial. Estás preciosa, no hace falta que te cambies de ropa. ¿Te apetece?

—Mientras me dejes quitarme los tacones, que me están matando... — responde ella sin ningún entusiasmo.

Cuando Javier me esperaba a mí en el pasillo y me besaba, yo le rodeaba con mis brazos y le correspondía al beso. Cuando me decía de cenar juntos con ese halo de misterio en su voz y veía el brillo en sus ojos, yo no ponía ninguna pega, concedora de lo que venía después, y me sentaba a la mesa siempre con la intención de que él fuera mi postre. Stela no muestra ninguna señal de entusiasmo, más bien de desgana.

Va a la habitación, se quita los zapatos y el bolso y regresa donde Javier la espera. Él sirve una copa de vino mientras ella se sienta en la mesa. Yo siempre le volvía a besar antes de sentarme. Cuando empiezan a cenar, Javier empieza con su juego de miradas al que yo siempre le correspondía, mientras que Stela empieza a preguntarle por cómo ha ido el día en el trabajo. Él intenta desviar la conversación. No le interesa en absoluto hablar de política y, el único debate que quiere tener es si tienen sexo en la habitación o en la misma cocina.

Stela apura la copa de vino y se sirve otra. Javier insiste.

—Hoy he estado pensando en ti todo el día.

—¿Y eso? —pronuncia ella, a la vez que levanta la mirada.

—Desde que nos hemos venido a Madrid, entre la mudanza, tu traslado a la nueva oficina y los cambios en mi trabajo, apenas hemos tenido tiempo para nosotros.

—¿Te refieres a que no hemos tenido sexo? —pregunta ella y le da otro trago a su copa de vino.

—Me refiero a que te echo de menos.

Dos años de supuesta relación, un año desde que se casaron y Javier todavía no sabe que a Stela no le gustan los eufemismos. Si lo que quieres es tener sexo con ella, hay que decírselo, no andarse por las ramas con miradas y palabras edulcoradas. Stela es de las mujeres a las que les gusta llevar el mando en las relaciones. Es ella la que insinúa, la que provoca, la que disfruta de la situación morbosa y de tenerte bajo su influjo. Los encantos e intentos de Javier no van a servirle de nada.

Conmigo funcionaban. Yo me dejaba envolver por su mirada, me dejaba seducir por sus palabras y sus artes de seducción; me dejaba llevar y a mitad de la velada ya me tenía en sus redes, deseosa de hacer el amor hasta desfallecer. Dejaba que sus caricias por debajo de la mesa terminaran de encender mi pasión y me abalanzaba sobre él, incluso antes de terminar la cena. En varias ocasiones terminábamos haciendo el amor en la misma cocina sin esperar a llegar a la habitación. Unos encuentros pasionales que mantenían la llama en nuestro matrimonio.

Sin embargo, él me abandonó, me traicionó y me humilló por relacionarse con una mujer que ni siquiera presta atención a sus intentos. Una mujer que lo sedujo solo con la intención de aprovecharse de su poder. Una mujer que lo mira con cierto aire de desprecio cuando él le dice que la echa de menos.

—¿Así que para esto has hecho la cena? ¿Para intentar seducirme? —pregunta ella, fijando la mirada por primera vez en los ojos de Javier.

—Quería tener un encuentro romántico contigo... —responde, incapaz de resistir la mirada de Stela y mirando al suelo.

Javier ya ha perdido. A partir de ese momento, será ella quien controle la situación. Pasará lo que ella quiera que pase.

—¿Desde que nos conocemos no has aprendido cuál es la mejor manera de seducirme? —cuestiona Stela, apoyando las manos en la mesa para acercarse a Javier.

—Sí, cariño, pero quería probar algo más romántico —se excusa Javier, como un perrito avergonzado, incapaz de mirar a su dueña.

—No soy una mujer a la que le agrade el romanticismo. Soy una mujer pasional, directa, vulgar si quieres, pero no romántica. Si quieres tener sexo conmigo, tienes que saber encenderme, y lo estás haciendo fatal.

—Pensé en probar algo distinto...

—Si una receta funciona, no la cambies, porque puede que el plato resulte incomedible. No pienses, actúa. ¿Quieres tener sexo?

—Sí, quiero...

—¡Pero no me respondas como el día de nuestra boda! ¡Mírame! —exclama Stela, agarra a Javier de la barbilla y le obliga a levantar la mirada—. ¿Quieres follar conmigo?

—Sí —responde Javier, temblando como un cordero camino al matadero.

—Dímelo.

—Sí, quiero tener sexo contigo.

—Más directo. Haz que me encienda.

—Quiero follar contigo esta noche —suelta Javier, consiguiendo mantener la mirada, pero sus ojos ya no muestran la llama de deseo que tenían cuando la esperaba en el pasillo y que yo veía cada vez que preparaba ese encuentro conmigo. Ahora sus ojos brillan de otra manera, hay cierta rabia en su mirada.

—Mejor, mucho mejor.

Stela se levanta, aparta la mesa, se levanta el vestido hasta la cintura y se sienta sobre las piernas temblorosas de Javier. Es ella quien le besa de forma apasionada y es él quien apenas reacciona. Sus brazos caen lánguidos a los lados de su cuerpo mientras ella le come la boca. Es un juguete sexual a las órdenes de su ama. Como un muñeco y su ventrílocuo, él no habla hasta que ella le mete mano y le ordena hacerlo.

—¿Me deseas? —pregunta, mientras mueve sus caderas sobre sus piernas.

—Sí —responde Javier como quien confiesa un crimen a la policía.

—Quiero notarlo —replica Stela y le agarra los huevos con una de sus manos; él grita.

Por un momento, viéndole así de sumiso, de acobardado, me da pena. Siento cierta lástima por él. Se ha convertido en una marioneta en manos de Stela, la titiritera. Me llego a plantear si Javier no estará bajo el influjo de algún hechizo de esa bruja que juega con él. Quizás, si termino con ella, quede liberado del influjo maligno y vuelva a ser el mismo Javier del que me enamoré. Puede que ella, y solo ella, sea la culpable de todos mis males y que él solo sea un peón en su tablero.

Le desabrocha los botones de la camisa. Le da mordiscos en el pecho que va a tener que ocultar durante días y él se deja hacer como si estuviera atado a la silla.

Me acuerdo del encuentro que me contó Marta, en el que ella decía ir vestida de policía y que él se excitaba estando esposado mientras ella le interrogaba y le obligaba a obedecer sus órdenes. Viendo la actitud sumisa de Javier con Stela, me llego a preguntar si aquel encuentro fue inventado o, como me había dicho Ángel, una buena mentira siempre va envuelta en una verdad.

No creo que Marta y Javier tuvieran ninguna relación física en aquella época, pero puede que me estuviera contando un encuentro real entre él y Stela que ella le hubiera relatado para convencerme.

El papel de ama dominante le pega mucho a Stela, el papel de sumiso complaciente de Javier me resultaba increíble hasta ahora, pero vista su

actitud, puede que estuviera equivocada.

Stela solo libera a su presa para quitarse la ropa interior y para despojarle de los pantalones. Me sorprende al ver la erección de Javier. La situación parece excitarle más de lo que yo pensaba. ¿Tanto disfruta mi exmarido de que le humillen?

Aparto la mirada. No quiero ver lo que viene después, pero algo dentro de mí hace que no quite el sonido. Me levanto del sofá y voy a la cocina a recoger los platos de mi cena.

—¡Dime que te gusta, cabrón! —Oigo gritar a Stela.

—Sí, me encanta, ¡joder! —responde Javier entre gemidos.

Al no verlos, los gritos y gemidos se vuelven anónimos. Aunque mi cerebro sabe a quién pertenecen esas voces y esos suspiros, mi libido parece no querer relacionarlo y empiezo a sentirme acalorada.

Asqueada conmigo misma, me voy al cuarto de baño y cierro la puerta. Me comporto como cuando veo una película de terror a solas en casa. Miro de reojo entre los dedos cuando la banda sonora de la película te avisa de que algo malo está a punto de ocurrir, me tapo con la manta cuando el asesino sanguinario persigue a la protagonista, pero nunca apago la tele. Ahora estoy haciendo lo mismo. No quiero verlo. Me avergüenza que sus jadeos hayan podido llegar a acalorarme. Los odio con todas mis fuerzas, ¿cómo puedo excitarme al oírles gemir como animales en celo? Me he metido en el baño para intentar escuchar lo mínimo posible, para alejarme del peligro, pero lo hago de manera pueril, como cuando la protagonista de la película de miedo huye al piso de arriba en lugar de escapar a la calle. No quiero escucharlos, pero no apago las cámaras y, al esconderme, lo único que consigo es que los sonidos lleguen a mí más imprecisos y capten más mi atención. Sin saber por qué, sigo atenta a los gemidos, que siguen resonando en mi salón.

—Insúltame. —Me parece escucharle decir entre jadeos. De manera inconsciente, pego mi oído a la puerta.

—¿Eso quieres? —brama Stela.

—Sí, pero por favor, no te pares —suplica Javier.

—¡Hare lo que quiera, maldito cerdo! —exclama Stela—. Soy yo la que te esta follando. Soy yo la que decide si vas a correrte o no y soy yo, y siempre seré yo, la que elija el cómo, el cuándo y el porqué vas a ser afortunado de follar conmigo. ¿Te queda claro?

—Sí... —balbucea Javier.

—¡Sí, qué!

—Sí, mi amor.

Un gemido prolongado de Javier me anuncia que Stela ha vuelto a mover con fuerza sus caderas.

—¿Esto es lo que querías, cabronazo?

—¡Sí! —aúlla Javier.

Doy un respingo contra la puerta del baño al parecerme oír el ruido de una bofetada.

Como cuando la banda sonora de la película te anuncia que el momento de miedo ha pasado, salgo de mi encierro cuando dejo de escuchar los gemidos de Javier. Pero, como en las películas, hay veces que el susto te lo acabas llevando igual. Javier ha dejado de gemir porque tiene la boca hundida entre las piernas de Stela. De su sexo, que empieza a flaquear, aún gotean los últimos estertores de su orgasmo. Salir del baño y encontrarme frente a frente con la imagen del rostro desfigurado por el placer de Stela provocado por la boca de Javier hace que sienta una contracción intensa en mi bajo vientre.

Me quedo paralizada en medio de mi salón, sin poder dejar de mirar, mientras un sentimiento de culpa retumba en mi cabeza al sentir como mis instintos empiezan a calar en mi ropa interior.

Como buena masoquista, no aparto la vista de mi televisor hasta que Stela alcanza un orgasmo e inunda con su placer el rostro del que es mi exmarido, momento en el que mi ropa ya no puede contener mis placeres que siento

resbalar por mis muslos. Como una autómatas programada para ello, he llevado mi mano entre mis piernas y me he provocado un orgasmo a la vez que ella lo alcanzaba. ¿Qué es lo que le pasa a mi cabeza?

Como la vez que me imaginé a Javier teniendo sexo con Marta, he vuelto a masturbarme con una imagen que debería provocarme náuseas. Y, sin embargo, mis piernas están temblando del placer alcanzado.

Corro al cuarto de baño a limpiarme como quien ha cometido un delito y tiene que borrar las huellas.

Cuando salgo, Stela ya no está en la cocina y Javier intenta limpiar el suelo que ha ensuciado y colocarse los pantalones antes de ponerse a recoger la mesa. Al rato, Stela sale del cuarto de baño. No se dicen nada cuando ella va hacia la habitación. La veo descolgar el bolso, sacar el teléfono y escribir algo. Cuando oigo sonar mi teléfono, pego un bote que casi hace que me caiga de mi asiento.

«¿Podemos volver a vernos mañana? Quiero conocer a esa persona».

Me pongo a temblar como si ella también pudiera estar viéndome. Stela acaba de tener sexo con mi exmarido delante de mis ojos y lo primero que hace es escribirme, como si fuera en lo único que hubiera estado pensando mientras lo hacía. Como si ella también me hubiera visto masturbarme llevada por la lujuria y el morbo.

«Déjame hablar con ella para concertar la cita. Mañana a primera hora te confirmo».

Consigo escribir después de varios intentos. Me tiemblan tanto los dedos que varias veces me equivoco de tecla. Más tranquila, envío un mensaje a Victoria. Es tarde, pero confío en que todavía esté despierta. Unos minutos más tarde, me responde para decirme que tiene la tarde libre y que está todo preparado.

Aunque sé que Stela sigue despierta, porque la veo mirando la televisión, decido hacerme esperar y no confirmarle la cita hasta la mañana siguiente, tal y como le he dicho en mi mensaje. Espero que el encuentro resulte como lo he

planeado con Victoria. Es importante para mí resquebrajar el muro de confianza entre Stela y Javier.

Mi presencia en la reunión es como intermediaria, en realidad no pinto nada en la conversación, pero espero que Victoria no se salga del guion establecido. Se lo recuerdo varias veces antes de recibir a Stela.

Las dos hemos quedado media hora antes de la hora fijada para terminar de confirmar los detalles. Victoria aún no conoce en persona a Stela Miró y temo que pueda verse influenciada. Ella me dice ser una mujer integra y de principios, pero para mí tiene la misma credibilidad que cualquier otro político. En mi vida he tenido la desgracia de conocer a varios, de distintas ideologías, y todos tenían los mismos principios: su beneficio personal.

Victoria se muestra serena y confiada mientras que yo tiemblo como la gelatina de Jurassic Park ante la llegada del Tiranosaurio Rex. Un nombre muy apropiado para Stela.

Puntual, como siempre, entra en la habitación ataviada con un vestido negro ajustado, igual de elegante que una estrella de cine en la alfombra roja de los Óscar. Sin saludarnos, recorre la habitación con un detector de micrófonos en la mano y se acerca a Victoria para comprobar que tampoco lleva ningún micro. Por último, hace lo mismo conmigo, pero al hacerlo se acerca bastante más a mí de lo que ha hecho con Victoria.

—Seguiría haciendo unos cambios, pero estás preciosa —me susurra al oído intentando descolocarme como hizo la primera vez que nos conocimos en el cuarto de baño antes de robarme nuestro primer beso.

Me esperaba su comportamiento ante la reunión y hoy no he traído ninguno de los micrófonos. Me siento eufórica al comprobar que, por primera vez, he ido un paso por delante de ella.

—Tú estás igual de guapa que siempre —respondo sonriendo mientras termina de comprobar que no llevo ningún micrófono encima e intentando disimular el rubor que me provoca acordarme que ayer la vi desnuda y practicando sexo en

la cocina.

—Muy bien. Disculpad que tenga que tomar estas medidas de precaución. No quisiera que esta conversación saliera de estas cuatro paredes. Soy una mujer que tiene muchos intereses particulares que salvaguardar. Espero que lo comprendan. Dicho lo cual, podemos empezar la reunión cuando deseen.

Victoria y yo tomamos asiento en un extremo de la mesa mientras que Stela se sienta frente a nosotras. Como mediadora en la reunión, soy la primera en tomar la palabra.

—Haré las presentaciones. Victoria, le presento a Stela Miró, empresaria de éxito y reciente esposa de Javier Márquez, compañero suyo de partido recién llegado a la capital. Stela Miró, ella es Victoria Asensio, destacada miembro del partido y una de sus voces más autorizadas dentro del Congreso.

—Conozco a Victoria —dice Stela, una vez termino de hablar—. Lo que todavía no sé es qué puede ofrecerme ella de interés. Tengo entendido que Javier Márquez, mi marido —dice mirándome con una sonrisa diabólica dibujada en su cara—, está por delante de ella en las intenciones del Secretario General del partido para figurar en las listas de las próximas elecciones. Al parecer, Victoria va a ser relegada a un segundo plano en el próximo gobierno. Sé, y corríjame, si me equivoco, que el partido está buscando una nueva imagen, una menos señalada por la sociedad, una imagen joven y con carácter, y que usted no da ese perfil. En cambio, Javier está muy bien posicionado.

La puñalada parece causar efecto en Victoria, que se mueve inquieta en la silla. Stela está bien informada, como no podía ser de otra manera. El Secretario General planea cambios en el Gobierno y la llegada de savia nueva a la cúpula del partido. Uno de esos cambios es la incorporación de Javier y a ella, que ha perdido credibilidad y popularidad durante el último gobierno, la van a relegar al cementerio de elefantes que es el Senado.

—Está usted en lo cierto, señora Miró. El Secretario planea la llegada de gente nueva a la cúpula del partido. Algunas de las personas que llevamos trabajando duro por sacar adelante las políticas del Gobierno durante esta última legislatura seremos relegadas para dar paso a gente nueva con ganas de

continuar nuestra labor. Lo que no está tan claro es que Javier sea una de esas personas —contraataca Victoria, soltando su bomba personal.

—¿Cómo dice? —pregunta Stela, a la vez que se pone recta en la silla—. Mi marido y yo nos hemos trasladado a Madrid con la palabra del Secretario de que Javier figurará en las listas al Congreso de las próximas elecciones.

—Y así va a ser, señora Miró. Javier estará presente en la lista por su circunscripción y, con casi toda seguridad, dada su posición en la lista y los resultados que nos auguran las encuestas, tendrá su lugar en el Congreso de los Diputados. Tengo entendido que Javier será el número uno de la lista y las encuestas nos dan tres escaños en su zona. Por lo tanto, dejará de ser alcalde y pasará a ser congresista. Lo que no está tan claro es que Javier pase a ser miembro del Gobierno tras dichas elecciones.

Stela parece rumiarse las palabras de Victoria como la niña que no quiere comerse la carne y se le hace bola en la boca. Le resulta difícil digerirlas.

—Javier está muy bien visto dentro del partido. ¿Por qué no iba a ser considerado para entrar en el Gobierno? —reacciona, finalmente.

—Es cierto que su marido está muy bien considerado. Su carácter, su elegancia, sus dotes a la hora de expresarse en público y de llegar a la gente, su elección dentro de las primarias del partido para la alcaldía de una de nuestras ciudades insignia y su contundente victoria en las elecciones lo colocan en un buen lugar, pero en las reuniones dentro del Gobierno actual han surgido voces discrepantes.

—¿A qué voces se refiere?

—No le voy a negar, y por eso estoy aquí esta tarde, que una de esas voces discrepantes es la mía. Yo no estoy de acuerdo con la designación de Javier Márquez como miembro del Gobierno y, junto con la mía, han surgido otras voces que opinan igual. La situación económica de su ayuntamiento y su gestión en sus dos años de mandato ha empeorado, su popularidad en la ciudad ha bajado, que vaya a abandonar a sus votantes sin haber terminado la legislatura tampoco está muy bien visto. También tenemos el resonar del escándalo familiar con el que llegó al puesto, provocado por su exmujer, aquí

presente. Creemos que es mejor que Javier pase, al menos, una legislatura como congresista antes de entrar en el Gobierno.

—¿Y para qué me han hecho venir? —cuestiona Stela después de reflexionar unos instantes.

—Porque conozco una persona que sí cumple, a la perfección, con el perfil que busca el Gobierno para su próxima legislatura. Una persona con carácter, buena imagen y respetada por la sociedad. Una persona joven, sin lacras políticas a sus espaldas y que sería recibida con los brazos abiertos en el seno de uno de los Ministerios: usted, señora Miró.

—¿Disculpe? —replica Stela, abriendo mucho los ojos.

—No voy a andarme por las ramas. Gema Romero, aquí presente, y una servidora tenemos cierta animadversión hacia Javier Márquez, cada una por motivos personales distintos. Los de la señorita Romero los conoce bien. Queremos terminar con él cuanto antes. Desde mi actual posición, me veo en la posibilidad de ofrecerle entrar en una lista para ser designada como Ministra de Economía, una vez pasadas las elecciones si nuestro partido resulta vencedor. Siempre y cuando, eso sí, nos ayude a terminar con la carrera política del que ahora es su marido.

—Te dije que podía conseguirte el poder que buscas sin la necesidad de tener que compartir tu vida con un hombre —añado después de que Victoria ha terminado de hablar.

—No voy a negarle que la idea me seduce —confiesa Stela, al final—, pero no sé si es el mejor momento para dar el paso. No entra en mis planes actuales involucrarme directamente en el mundo de la política, sino en obtener sus favores en el ámbito empresarial. Déjeme meditar unos días mi respuesta.

—Lo entiendo, pero no se demore mucho tiempo. En unos días tendremos una nueva reunión y me gustaría poder presentar su candidatura. Si no, me será imposible terminar de convencer al consejo.

Victoria se levanta de la mesa dando por terminada la reunión. Como buena política, sabe elegir el momento dramático para abandonar un lugar. Stela y yo

nos quedamos en la habitación guardando silencio.

—No te veía capaz de llegar a esto —comenta Stela cuando nos quedamos a solas.

—Fui capaz de presentarme a las elecciones con el partido de la oposición. Soy capaz de muchas cosas.

—No me refiero a que fueras capaz de intentarlo, me refiero a que no te veía capaz de conseguirlo. ¿Cómo una periodista en paro ha conseguido el apoyo de alguien del gobierno en su lucha personal?

—Los políticos como Javier van dejando a su paso un reguero de enemigos. Por cada palmero que consiguen hay dos personas que lo miran con recelo. Como buena periodista, aunque sea en paro, solo tuve que investigar qué persona, con mayor rango dentro del partido, estaba dentro de ese grupo de gente que no soporta a Javier. No tardé mucho en encontrar a Victoria.

—Pero ¿por qué ofrecerme el puesto? ¿Acaso no me odias igual que a tu exmarido?

—Digamos que es cuestión de prioridades y capacidades. Mi prioridad siempre ha sido vengarme de Javier y me veo más capacitada para terminar con un político manipulable que con una empresaria con fuerte personalidad. No te equivoques, no me caes bien, pero soy consciente de mis limitaciones — respondo mientras me acerco a la puerta para marcharme.

—Puedo caerte mejor, si quieres... —insinúa Stela, a la vez que se aproxima a mí antes de salir y rodea mi cintura con uno de sus brazos.

—No dudo de tu capacidad de seducción, Stela. Para mi sorpresa, ya caí una vez bajo tu influjo. Nunca pensé que una mujer pudiera llegar a seducirme hasta que apareciste en mi vida.

—Puede que esta vez quiera seducirte de verdad.

Consigo salir de la reunión de forma apresurada y con un cosquilleo en la espalda que me recorre todo el cuerpo. La odio, pero tenerla cerca me sigue provocando reacciones contradictorias. Mientras que mi cerebro no puede dejar de pensar en cómo me traicionó y en lo cruel que puede llegar a ser, mi cuerpo, en cambio, reacciona a sus acercamientos temblando como una hoja y no puede evitar sentir cierto malestar cuando se aleja. Mientras me rodeaba la cintura con su brazo, he sentido el impulso de besarla, mi mente se ha puesto a recordar las imágenes de la noche anterior y solo mi instinto ha logrado que me despidiera con prisas y salir casi a la carrera.

Intento concentrarme en mis pensamientos, y no en las reacciones primitivas de mi cuerpo, y pensar con frialdad en los siguientes pasos a dar. Por el momento, todo parece ir como tengo planeado y mi idea de separarlos empieza a germinar. Solo me falta regar adecuadamente ese germen para que florezca.

Mi siguiente paso debe ser plantar la semilla de la duda en la cabeza de Javier. Al contrario que con Stela, lo que ocurrió hace dos años me extirpó cualquier tipo de sentimiento agradable hacia él. Los años y los momentos que vivimos juntos han pasado del lado bueno de la balanza de mi vida a pesar con fuerza en el lado de los peores. Solo siento ansias de venganza cuando pienso en él... pero mi plan me obliga a presentarme ante él como una mujer comprensiva, arrepentida y dispuesta a perdonar. Y no sé si voy a ser capaz de ocultar mi odio.

Por suerte, Javier tiene menos personalidad que Stela. Aquel hombre que me sedujo con su sonrisa y su olor la primera vez que nos vimos ha dado paso a un pusilánime manejable. Ahora conozco sus puntos débiles y sé que no tiene puntos fuertes. Su atractivo, su sonrisa, su olor y personalidad han dejado de nublar mis sentidos. Solo tengo que hacerle dudar y creo que sé cómo empezar a conseguirlo.

Tengo vetado el acceso a la sede del partido, incluso aquí en Madrid. Como me dijo Antonio, si la sede fuera una comisaría mi foto estaría en el cartel de los más buscados. Por eso, la primera persona en hablar con Javier no voy a ser yo. Quien va a allanar el terreno será Teresa, nadie mejor que ella conoce a la que ahora es su mujer. Cuando nos reunimos en el bar de su pueblo se mostró dispuesta a colaborar en lo que fuera necesario. Creo que ha llegado ese momento y, además, me apetece volver a verla. Nuestra primera conversación me descubrió a una mujer interesante, de la que quiero conocer más.

Hago una llamada y Teresa responde de manera cordial, casi hasta amigable. Se ofrece a venir a Madrid al día siguiente. Quedamos para comer, para poder ponerla al día de la situación y de lo que quiero que haga con exactitud. No me pone ningún inconveniente.

Aprovecho la tarde libre para ganar un dinero en la web. Tanta cita fuera de casa, viajes y reuniones me están descuadrando el presupuesto. La comida en el restaurante no se va a pagar sola. Por fortuna, la fidelidad de mis espectadores parece a prueba de bombas y, aunque falte un par de días, siempre están atentos a mis retransmisiones. Los nervios del día hacen que mi libido tarde en despertar, pero eso no parece importarles. Me adulan, me incitan, me invitan a jugar y, al final, consiguen encenderme. Ellos se llevan la recompensa que buscan y yo consigo que al final del día la página me felicite y me abone el dinero que necesito para que comer con Teresa no me impida llegar a final de mes.

Espero impaciente a Teresa en la puerta del restaurante. No tengo motivos para dudar de su llegada, pero, a cada paso que doy en el plan, me asaltan las dudas respecto a si las cosas no transcurren exactamente como las tengo pensadas. Teresa hace quince minutos que tendría que haber llegado. Tiempo más que suficiente como para que por mi cabeza revoloteen ideas de traición. Me la imagino llamando a Stela nada más colgar y planeando, con quien fue su gran amor, cómo volver a hundirme, esta vez para siempre. La impotencia, la rabia y la ira se suceden en mi cabeza, como una secuencia cinematográfica. Estoy maldiciendo mi mala estrella cuando alguien coloca una mano en mi

hombro.

—¿Está bien? —pregunta Teresa y da un paso hacia atrás cuando me giro con la ira reflejada en mi mirada.

—Sí, disculpe. Solo un poco estresada —respondo, intentando serenarme—. Entremos, tenemos una mesa reservada.

Mis escasos ahorros me permiten pedir una botella de vino. No suelo beber alcohol en las comidas, pero hoy me sirvo un vaso hasta arriba antes de que nos traigan el primer plato y doy un trago largo para intentar ahuyentar mis miedos.

—Creo que debería calmarse —sugiere Teresa, observándome.

—Sí, yo también lo creo, pero una cosa es querer y otra poder. Y poder tranquilizarme cuando estoy enfrentándome cada día a mis mayores temores no es fácil. Me siento como Jim Carrey en El show de Truman, observada y manipulada en todo momento, por todos. Hay momentos del día en los que dudo de todo. No sé quién es de fiar y quién no. Y, ante la duda, pongo a todos en la balanza de los que no son de fiar. Es difícil mantenerse estable cuando todo el mundo está en el lado contrario de la balanza, ¿no cree?

—No debe de ser fácil, la entiendo, pero yo no tengo ningún motivo para querer manipularla. Conmigo puede estar tranquila.

—No estoy tan segura de eso. Me enfrento a la persona que fue el amor de su vida. No es tan descabellado pensar que pueda seguir sintiendo algo por ella y que termine de su lado y no del mío.

—No se equivoque, señorita Romero. El amor de mi vida soy yo misma. Aprendí a tiempo que no soy la media naranja de nadie, sino un fruto completo. Mi felicidad no depende de nadie más que de mí. No le voy a negar que, por aquel entonces, la marcha de Lucía me dolió en el alma, pero la vida me ha enseñado que nadie merece tener el poder de hacer infeliz a nadie. Cada uno tenemos la opción, la necesidad incluso, de hacernos felices y solo nosotros mismos podemos hacer lo contrario. No dependemos de nadie más.

—La vida en soledad es terrible —replico, recordando mi propia vida los dos últimos años.

—No se equivoque. No le digo que no podamos compartir nuestra felicidad con otras personas, que no vivamos momentos felices rodeados de gente. Le digo que no podemos convertirlos en imprescindibles. ¿Usted qué necesita para salir tranquila a la calle?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Respóndame y se lo explico —contesta Teresa, dedicándome una sonrisa.

—Pues no sé —repongo, y me quedo unos segundos en silencio, meditando mi respuesta—. Algo de ropa para no salir desnuda, unos pantalones cómodos y una blusa, por ejemplo; mi móvil del que creo que hace tiempo que ya no puedo separarme; y un bloc de notas y un bolígrafo para apuntar datos sobre cualquier noticia que pueda encontrarme. Esas cosas no me acostumbro a apuntarlas en el móvil, me gusta tenerlas en papel.

—El maquillaje, el bolso lleno de tonterías, los anillos, pulseras, pendientes, incluso la ropa interior, que no me ha mencionado, son objetos que no necesita para sentirse tranquila para salir de casa y que, sin embargo, lleva. La felicidad es lo mismo. No necesitamos mucho para alcanzarla, está en las cosas sencillas, en los pequeños detalles. Lo demás son solo accesorios que usamos sin que nos hagan realmente falta para ser felices. Dejar que de uno de esos accesorios dependa nuestra felicidad sería como sentirse intranquila por salir a la calle sin ponerse los pendientes.

—Pues a mí me cuesta mucho sentirme feliz sin tener a alguien que me dé un abrazo o un beso en los momentos difíciles del día.

Teresa se levanta de su asiento, se acerca a mi lado de la mesa, me pide que me levante, cosa que hago sin ser muy consciente de qué está pasando. Todo ocurre tan de repente, tan por sorpresa, que me siento desconcertada. Me rodea con sus brazos y me acerca a su cuerpo. Por un instante, cuando siento el ritmo pausado de los latidos de su corazón contra mi pecho, el ritmo de mis pulsaciones se tranquiliza. Su abrazo me reconforta y me hace sentir mejor. Me hace sentir cómoda y yo también la rodeo con mis brazos. Se separa un poco

para mirarme y me sonríe cuando le devuelvo la mirada. Los latidos de mi corazón vuelven a acelerarse cuando, para mi asombro, Teresa me besa. Un beso corto, suave, dulce, pero que hace saltar mis pensamientos en pedazos.

— Qu  haces? —pregunto, cuando ella da por terminado el beso. Yo he sido incapaz de oponerme.

—Pens  que este era un momento difícil para ti.  Mejor ahora que has tenido quien te dé un abrazo y un beso?

Desconcertada, no puedo más que reconocerle que s , que me siento mejor. Mucho mejor, en realidad.

La comida transcurre en un ambiente relajado. Por primera vez desde que nos conocimos, tras el beso y de manera natural, hemos empezado a tutearnos y Teresa me escucha con suma atención cuando le expongo lo que quiero que haga. Lo primero es hacer una llamada a la sede del partido para intentar conseguir una cita con Javier.

«Buenas tardes. S , quisiera reunirme con Javier Márquez esta tarde en su despacho. S , ya s  que el señor Márquez es un hombre muy ocupado, pero también s  que le interesa reunirse conmigo. Tengo una información sobre su esposa que puede interesarle. S . Dígale que su mujer y yo nos conocemos desde hace años y que es incluso peor de lo que él imagina. Creo que con eso será suficiente. Sí. Puede llamarme a este mismo número cuando él quiera verme. Solo estar  hoy en Madrid, así que le recomiendo que se decida pronto».

—Has sonado muy convincente —reconozco cuando Teresa cuelga la llamada.

—Soy muy convincente cuando quiero —repite, gui n ndome un ojo—. Creo que tu exmarido har  que me llamen antes de que terminemos de comer. La sutileza con la que he dejado caer que ya no debe fiarse de su esposa le har  interesarse en mi visita.

— Crees que ya no se f a de ella?

—La gente que es manipulada por los encantos de Lucía no tarda en descubrir

esa manipulación, lo que no puede hacer es evitarla. Algunos y algunas están tan felices con su embrujo que ni siquiera lo desean, prefieren seguir siendo manipulados antes que perderla. Yo fui una de estas últimas. Por suerte, con los años he ido madurando. Pero todos saben que no es de fiar. Tu exmarido también se habrá dado cuenta. Ahora tendremos que descubrir si quiere o no evitarlo.

Teresa no se equivoca, antes de que nos sirvan los postres recibe una llamada.

«Sí, será un placer. A las cinco me viene perfecto. Sí. Mi nombre es Teresa, Teresa Robledo. Seré puntual y no le ocuparé mucho tiempo. Buenas tardes».

Con la reunión concertada, Teresa y yo terminamos la comida ultimando los detalles del encuentro. Llevará un micrófono en su chaqueta para que yo pueda escuchar toda la conversación. Terminada la reunión, volveremos a encontrarnos en un café cercano. Cuando aparco mi coche en la calle contigua a la sede del partido, estoy más nerviosa que ella.

—No te preocupes. Todo saldrá bien —intenta tranquilizarme, al verme temblar.

—Me encantaría tener tu seguridad. No tengo que entrar y estoy histérica perdida.

—En serio, no te preocupes. Tu plan es bueno. Saldrá como tú quieras. Nos vemos en un rato —se despide Teresa antes de salir del coche.

La veo llegar a la sede del partido y el guarda de la puerta le deja pasar. Una vez dentro, tendrá que acreditarse para superar el sistema de seguridad. Me coloco los auriculares para poder escuchar todo lo que ocurre.

—Buenas tardes, señora Robledo. La están esperando. —Es lo primero que oigo cuando la App activa el micro.

El sonido del ascensor la lleva hasta la tercera planta, donde está el despacho de Javier. Cuando más se acerca a él, más nerviosa me pongo. Espero que ella conserve la misma calma y seguridad que antes de entrar. Lo siguiente que escucho es como llama a la puerta.

—Buenas tardes, señora Robledo. Un placer conocerla. —La voz de Javier resuena en mi cabeza. Ese tono de falsa amabilidad me resulta inconfundible.

—Buenas tardes, señor Márquez. No creo que sienta tanto placer cuando me marche. Mi visita no le resultará agradable. —La de Teresa suena firme. Se nota que es profesora de instituto y que está acostumbrada a imponerse a sus alumnos con su tono de voz.

—Muy bien. Tome asiento y dígame eso que tan desagradable me va a resultar.

—Déjeme que me presente de forma adecuada, dado que imagino que mi nombre no le sonará de nada. —Teresa deja una pausa en la que me imagino a Javier negando con la cabeza—. No es relevante, yo tampoco le conozco apenas a usted, pero soy una persona empática que se preocupa del prójimo, aunque apenas lo conozca.

—¿Y por qué motivo está usted preocupada por mí?

—Porque un político, para triunfar, necesita rodearse de lameculos dispuestos a adorarlo y que le alcen a lo más alto del partido como a un mesías caído del cielo y usted, por el contrario, se está rodeando de ratas dispuestas a morderle los tobillos para hacerle caer de rodillas y trepar por su cuerpo hasta alcanzar la altura que ellas solas no son capaces de alcanzar.

—El mundo de la política siempre ha estado infestado de ratas, señora Robledo. Llevo en él desde que nací, mis padres eran políticos y mi hábitat siempre ha sido este. Su afirmación no es algo que me pille por sorpresa. He sabido moverme muy bien en este nido de ratas, como usted lo llama.

—Está sentado en este despacho. No voy a negarle que se ha manejado bien hasta ahora, pero no es lo mismo una rata de campo que una acostumbrada a vivir en las cloacas de una ciudad. A veces, son tan listas que se hacen pasar por mascotas.

—¿Se está usted refiriendo a mi esposa? Tengo entendido que usted viene a hablarme de ella.

—Así es, me refiero a Lucía Gómez.

—Mi esposa se llama Stela Miró —replica Javier.

—Lo sé, pero ese nombre es solo parte de la mimetización de la rata con su entorno. Conocí a su mujer, hace muchos años, cuando era Lucía Gómez, y para mí siempre será Lucía Gómez, se ponga el disfraz que se ponga.

—¿De qué conoce, exactamente, a mi esposa? —pregunta Javier, intrigado.

—Fui su profesora de instituto, su primer amor y quien mejor la conocía del mundo.

—¿Su primer amor?

—Y sería capaz de asegurar que el único. Estoy segura de que me amó, al menos en un principio. Después, pasé a ser solo una más en su lista de cadáveres arrojados a la cuneta en su camino. Dudo que haya amado a alguien más desde entonces, además de a sí misma, claro.

—¿Me está insinuando que mi mujer no me ama?

—No se haga el sorprendido, señor Márquez. Creo que eso es algo que usted ya sabe. Su relación es un intercambio de intereses, todo lo contrario a lo que debe ser una relación amorosa.

—Si tan segura está de que Stela y yo no nos amamos y que estamos juntos solo por mutuo interés, ¿qué se supone que viene a desvelarme sobre ella?

—Ni siquiera reconocería a la Lucía Gómez tímida y acomplejada que era incapaz de mirar a los ojos a su profesora, sentada en la primera fila de la clase mientras los compañeros se burlaban de ella. Desde que la rescaté de aquella vida, su esposa solo tiene un objetivo: alcanzar las más altas cotas de notoriedad.

—Si el mérito es suyo, debo darle la enhorabuena. Mi esposa es una empresaria de éxito y mujer de un futuro diputado.

—Y he ahí el motivo de mi visita, señor Márquez. Su bendita inocencia. Un defecto que ningún político se debería permitir tener porque, en cuanto las ratas lo huelen, se lanzan a por su presa.

—¿A qué se refiere? —pregunta Javier, desconcertado.

—¿En serio cree que el interés de Lucía se limita a ser «esposa de»? ¿En serio cree que una mujer como ella se va a limitar a eso el resto de su vida?

—Quiere ser la empresaria más exitosa del país y eso lo va a conseguir gracias a nuestro acuerdo.

—Vuelve a equivocarse. Nunca va a estar conforme con lo que alcance. Cuando sea la empresaria más importante del país, querrá ser la mujer más importante, después la persona más importante y, cuando el país se le quede pequeño, va a querer ser la más importante del mundo si es necesario. Lucía no se va a detener nunca, y menos para ser la esposa de alguien.

—¿Insinúa que Stela terminará por traicionarme?

—Afirmo que Stela nunca va a traicionarse a sí misma. Para ella, todos los demás somos prescindibles. Incluido usted, señor Márquez. Cuando no le sea útil, no le temblará el pulso. Si encuentra un camino más rápido para alcanzar sus metas, no tendrá ningún reparo en deshacerse de usted como si de un electrodoméstico averiado se tratara. Y creo que lo sabe y debería estar preparándose para ello, porque el tiempo se le acaba.

—¿Cuánto tiempo cree que me queda?

—Menos del que espera. Cree que su mujer permanecerá a su lado hasta que alcance el puesto de Presidente del Gobierno, que mantendrá su acuerdo los años que pase como diputado o miembro del gobierno hasta alcanzar el puesto de secretario general del partido y de ahí a la presidencia. Calcula que eso ocurrirá en unos cinco o seis años y es tan iluso de pensar que Lucía va a tener tanta paciencia...

—¿Y cuánto tiempo cree que va a tener paciencia Stela?

—Yo creo que ya se ha cansado de usted, señor Márquez. Obsérvela, seguro que se ha dado cuenta de que hace tiempo que ya no actúa como al principio en su relación. Entonces sería todo atenciones, cariños, buenos deseos,

complicidad. Ahora todo serán prisas, reproches, exigencias. ¿Me equivoco, señor Márquez?

Durante unos segundos, Javier no responde. No puedo verlo, pero me lo imagino inquieto, como un pájaro atrapado en su jaula. Estará repasando en su cabeza los últimos comportamientos de Stela e intentando analizarlos. No tardará en darse cuenta de que Teresa tiene razón.

—¿Y qué me aconseja que haga? —pregunta, al final.

—Que la vigile, que se prepare, que se vaya construyendo un colchón a su alrededor que le proteja de mayores consecuencias cuando llegue la caída. Rodéese de lameculos que le aseguren una salida digna, porque le aseguro que, cuando Lucía quiera librarse de usted, no tendrá ninguna clemencia.

—¿Cuáles cree que son sus planes?

—Ella no necesitará ser la esposa de un diputado si puede conseguir ser ella la elegida. Buenas tardes, señor Márquez y muchas gracias por recibirme.

Cuando oigo la puerta del despacho cerrarse, salgo del coche, en el que he estado escuchando la conversación para que no me molestara el ruido de la calle, y me dirijo a la cafetería donde he quedado con Teresa. Quiero darle la enhorabuena por la reunión, ha estado más convincente incluso de lo que yo misma esperaba. Se nota que conoce muy bien a Stela y de lo que es capaz.

Teresa me espera sentada en una de las mesas, con un café humeante entre las manos. Me sonrío al verme dirigirme a la barra. Con un café solo voy a la mesa. Se levanta y me recibe con dos besos.

—Has estado estupenda en la reunión —la felicito nada más tomar asiento.

—Gracias. Es lo bueno que tiene no tener que mentir, que ganas en credibilidad. Puede que no sea cuando le hemos dicho, pero estoy convencida de que Lucía terminará por traicionarle tarde o temprano.

—Las dos lo sabemos. Y creo que Javier también lo sabía, solo le hemos refrescado su memoria.

—Solo quiero decirte una cosa más antes de regresar a mi pueblo, Gema. Espero que tu plan no se centre solo en la venganza contra Javier y Lucía. Espero que todo esto te sirva para recuperar tu anterior vida y ser feliz. No intentes solo destrozar sus vidas, si eso no sirve para mejorar la tuya. No lo olvides: para ser feliz no necesitamos a nadie más que a nosotros mismos. Si puedes ser feliz sin vengarte, no lo hagas. Límitate a ser feliz, que la vida es muy corta para desperdiciarla.

—Lo tendré en cuenta, Teresa. Muchas gracias por tu ayuda, por tus consejos y, sobre todo, por tu abrazo, me ha hecho sentir mucho mejor.

—¿Y el beso no te ha gustado? —me pregunta sonriendo con picardía.

—También, gracias también por el beso. Lo necesitaba más de lo que yo misma pensaba —respondo y le guiño un ojo.

La verdad es que Teresa es una mujer muy interesante. Creo recordar que me dijo que tenía veinticinco años cuando conoció a una Lucía de dieciséis. Cuando yo conocí a Stela, hace dos años, ella tenía treinta y dos. Así que Teresa tendrá ahora cuarenta y tres. Conserva el atractivo con el que sedujo a la joven Lucía y las canas, que no disimula, y el aire intelectual de profesora, le favorecen. Tiene una conversación inteligente, una manera de pensar muy interesante, una sonrisa sincera y una mirada limpia. Y la verdad es que, después de la sorpresa inicial, su beso despertó mi interés. Al punto de que, cuando se despide de mí y me da un abrazo antes de marcharse, me quedo esperando un segundo beso que no llega.

Tengo todos los ingredientes cocinándose a fuego lento en la olla de mi venganza. A Stela meditando si sería interesante aceptar o no presentarse ella a las elecciones para ser elegida miembro del Gobierno. Tengo a Javier dándole vueltas en la cabeza a la posible traición de su esposa. Los pensamientos de ambos están cocinando el plato, que en esta ocasión no voy a dejar que se sirva frío.

Llevo dos días escuchando las conversaciones de Javier y Stela en su casa, desde que Teresa habló con él en su oficina. Ninguno de los dos ha hablado con el otro de sus encuentros. Stela no le ha comentado nada del suyo con Victoria y conmigo, ni de la propuesta que le hicimos. Javier tampoco le ha mencionado nada de su encuentro con Teresa. En la intimidad de su casa, ambos se comportan como un matrimonio que lleva décadas casado, con conversaciones vacías, sin apenas muestras de cariño y con discusiones estúpidas por haber olvidado cualquier mínimo detalle que al otro le moleste. Es tanta la falta de complicidad entre ambos que llego a sentir lástima por Javier.

En mi cabeza, toman forma las palabras de Teresa. Esas que me dijo antes de despedirse. Quienes caen en las redes de Stela no son conscientes de estar siendo manipulados. ¿Y si Javier no era consciente de lo que hacía cuando me traicionó? ¿Y si solo estaba «hechizado» por el poder de Stela con el que yo misma caí? ¿Y si está arrepentido de lo que hizo? No sé si sería capaz de perdonarlo, pero sí de comprenderlo. Yo misma caí en el influjo de Stela e hice cosas que, de otro modo, jamás hubiera hecho. Puede que de lo único que sea culpable Javier sea de no haberse resistido a los encantos de Stela, pero de eso yo también puedo llegar a ser considerada culpable.

Creo que ha llegado el momento de encontrarme con él. Tengo que dar un paso más, añadir un nuevo ingrediente a su creciente distanciamiento. No hablo a solas con Javier desde que me fui de casa amenazándolo con hundirle. Puede

que ahora, pasados dos años de aquel día, deba escuchar lo que tenga que decirme y él debe escuchar lo que tengo que decirle yo.

No tengo la oportunidad de ser recibida en su despacho, así que decido hacerme la encontradiza como el día que lo encontré desayunando con Stela, pero esta vez quiero hacerlo cuando él esté a solas.

Me paso una hora esperando cerca de la salida de la sede del partido, aguardando el momento en el que decida volver a casa. Espero que Stela no pase a recogerle para asistir a algún evento en el que tengan que mostrar su imagen pública de matrimonio bien avenido y que hoy no tengan ninguna reunión importante que retrase su salida. Solo necesito unos minutos a solas con él.

Frente al bar de la sede de su partido, tomo café y hago alguna llamada sin dejar de observar la puerta. Apuro mi segunda taza cuando le veo salir de la sede con paso firme. Espero que ahora que se ha trasladado a Madrid conserve su costumbre de no ir al trabajo en coche para fomentar su imagen de implicado con el cuidado del medio ambiente. Pago la consumición sin quedarme a esperar el cambio y salgo disparada en la dirección que le he visto salir.

No quiero asaltarle por la espalda. Quiero que él me vea antes, quiero ver su reacción al verme. Tengo que descubrir en qué dirección va y correr para dar la vuelta a la manzana antes de que él llegue. Cuando llego al otro extremo de la calle, le busco con la mirada, esperando no haberme equivocado. Mi corazón late acelerado por la carrera y por los nervios, hasta que le veo aparecer entre la gente. Entonces me tranquilizo un poco y empiezo a caminar hacia nuestro encuentro.

Javier viene mirando su teléfono móvil. No levanta la cabeza y así es imposible que me vea. Estamos a menos de cinco metros el uno del otro y ni siquiera me ha visto. Me quedo parada en medio de la calle y contengo la respiración. El momento de nuestro reencuentro no va a ser como lo había pensado, pero llegados a este punto, no me queda otra opción. No me aparto de su camino hasta que choca conmigo y finjo caerme al suelo.

—¡Uy, perdone! —exclama mientras se agacha a recoger su teléfono que se le

ha caído con el golpe—. Iba distraído y no la he visto. ¿Está usted bien? —añade, sin llegar a mirarme.

—¿Javier? —pregunto, haciéndome la sorprendida.

—¿Gema? —Me mira por primera vez con la sorpresa y el miedo reflejados en su rostro—. ¿Qué haces aquí? —pregunta de manera estúpida.

—Vivo en Madrid, ¿recuerdas? No tiene nada de raro que pasee por una de sus principales calles.

—Ya, bueno, sí, eso es verdad. No esperaba encontrarme contigo así, de esta manera. Eso es todo.

—Yo tampoco esperaba encontrarme contigo así, pero veo que sigues igual de despistado que cuando estábamos juntos —digo con intención de recordarle nuestro pasado mientras me sacudo los pantalones para quitarles el polvo.

—Hay cosas que con los años no cambian.

—Otras muchas, sí.

—Otras muchas cambian en un solo instante. No se puede evitar. El mundo no deja de girar por mucho que intentemos detenerlo. ¿Estás bien?

—¿Te refieres al encontronazo o a mi vida en general?

—A tu vida en general —responde tras meditarlo un instante.

—No sabía que mi vida pudiera llegar a preocuparte después de lo que pasó hace dos años.

—Claro que me preocupa. Hubo cosas que me sorprendieron, otras que no me gustaron, pero siempre me he preguntado si estarías bien después de todo lo que pasó. No en vano, fueron varios años los que estuvimos juntos antes de todo aquello.

—Desde entonces, siempre he tenido rondándome una pregunta en la cabeza que aún no he llegado a responderme.

—¿Qué pregunta?

—Porque no vamos a un sitio más tranquilo en el que podamos hablar, no creo que sea una pregunta que se pueda formular ni responder en medio de la calle y entre el ruido del tráfico. ¿Te apetece tomar una copa?

Javier se muestra dubitativo antes de responder. Está meditando si es buena idea irse a tomar una copa con su exmujer, más por el hecho de que alguien pueda vernos juntos que por si le apetece o no.

—¿Por qué no? —accede, finalmente—. También tengo algo que preguntarte. ¿Dónde quieres ir?

Elijo un bar tranquilo en el que podamos sentarnos a hablar. Un bar en el que es imposible que nos encontremos con alguien del círculo de amistades de Javier. Un lugar más de mi clase social actual que de la suya.

—No es un local muy elegante —comenta cuando tomamos asiento en unas sillas que cojean alrededor de una mesa llena de marcas.

—Con mi cambio de vida, una acaba encontrándole el encanto a lugares como este. Es tranquilo, silencioso y discreto. Además, las consumiciones vienen acompañadas de una buena tapa y son económicas. Y, sobre todo, no necesitas aparentar lo que no eres.

Javier se gira, echando un vistazo al local y buscándole esos pequeños detalles que a mí hacen que el lugar me parezca adecuado. Con una mueca de conformismo se vuelve para mirarme.

—Y bien, ahora que estamos solos, ¿cuál es esa pregunta que querías hacerme? —pregunta, sin poder disimular el nerviosismo en su tono de voz y da un trago a su copa.

—¿Te arrepientes?

La pregunta no le deja indiferente. Se mueve incómodo, no le llega la voz a la garganta y la ropa parece molestarle. Tarda en dar una respuesta y lo hace a la gallega, con otra pregunta.

—¿Te arrepientes tú de lo que hiciste?

—Está bien, si es necesario que me confiese yo primero, lo haré. Ponte en mi lugar, creí que la persona que más amaba en el mundo se acostaba con otra, nada menos que con una prostituta de lujo, con la que tenía el «gusto» de hablar después de cada encuentro contigo. ¿Crees que puedo arrepentirme de haber intentado vengarme? No, no lo hago. Tú me golpeaste donde más me dolía, yo intenté hacer lo mismo. Está claro que no me salió nada bien. No te imaginaba capaz de urdir semejante trama para traicionarme.

—No fue idea mía. Fue Stela quien ideó el plan.

—¿Cómo la conociste?

—Ya sabes que era una de las empresarias que apoyaba mi campaña.

—Me refiero a cómo la conociste personalmente. A cómo te enamoraste de ella.

—Ni siquiera recuerdo cómo pasó. Coincidíamos en charlas, reuniones y cenas. Charlábamos a menudo de trabajo, nunca de nada personal. Un día que se alargó una de las reuniones, me invitó a tomar una copa para terminar de aclarar unos detalles de la campaña. Lo vi normal, en las cenas ya habíamos tomado alguna que otra copa juntos. Todo se precipitó. No tenía ninguna intención de que pasara nada. Yo era feliz contigo, pero pasó. La conversación se hizo más personal, ella se acercó más a mí y me robó un beso. Esa noche intenté hablar contigo, pero no fui capaz. No podía quitarme ese beso de la cabeza. Las reuniones con ella se convirtieron en un juego de miradas y provocaciones. Empecé a disfrutar de sus insinuaciones, lo consideraba un juego prohibido al que no podía evitar que me gustara jugar.

—Y te enamoraste de ella...

—No sé si me enamoré —confiesa Javier después de unos instantes de silencio—. Me gustaba sentirme seducido, me gustaba cómo me hacía sentir. Ese cosquilleo en la boca del estómago cada vez que ella me sonreía o esa sensación de excitación cada vez que me rozaba o me provocaba. Era el fruto prohibido más apetecible del mundo y no quería quedarme sin probarlo.

—Y vuelvo a mi primera pregunta. ¿Te arrepientes? —reitero mientras pienso que las reacciones de Javier se parecieron mucho a las que había tenido yo al conocer a Stela. Esa sensación de estar siendo seducida por un fruto prohibido y delicioso, ese beso robado en los aseos que me dejó pensando en ella toda la noche, ese ardor en la piel cada vez que Stela estaba cerca.

Javier vuelve a guardar silencio. Su vena política le hace no decir nada sin antes haber meditado la respuesta. Está tan acostumbrado a las preguntas inquisidoras de los periodistas que sabe cuándo tiene que callarse antes de dar una respuesta que le pueda meter en problemas. Lanza un suspiro cuando se decide a hablar.

—Te seré sincero, Gema. Creo que, ante la misma situación, en el mismo momento, volvería a actuar de la misma manera. Me hubiera dejado llevar hasta probar el fruto prohibido.

—Así que no te arrepientes.

—Me arrepiento de lo que pasó después...

—¿A qué te refieres? —pregunto, sorprendida.

—Que me arrepiento de haberme dejado convencer para llevar a cabo el plan de Stela para separarme de ti. No debería haberle dejado jugar contigo de esa manera. Tendría que haberme armado de valor para ser yo quien te lo dijera cara a cara y no dejar que ella te manipulara. Pero me convenció de que era lo mejor para nosotros y para mi carrera política y, en aquel momento, no pensé en cómo ibas a terminar tú después de todo aquello. De eso sí me arrepiento.

—A buenas horas te preocupaste por mí.

—Lo sé, fue tarde, pero no lo vi claro hasta que pasó. Yo siempre pensé que nos separaríamos y que cada uno seguiría haciendo su vida. Yo en la política y tú de periodista. Nunca pensé que todo aquello terminaría con tu escarnio público y tu despido.

—Tu nueva esposa no tiene escrúpulos para esas cosas.

—Me di cuenta después.

—¿Qué tal vuestro matrimonio? —Lanzo el golpe por sorpresa, buscando desestabilizarlo.

Un nuevo silencio en el que a Javier le cambia la cara y su gesto pasa de serio a apesadumbrado.

—¿Has robado alguna vez alguna chocolatina de una tienda cuando eras pequeña?

—¿A qué viene esa pregunta ahora, Javier?

—Yo sí lo hacía. ¿Tú no?

—Alguna que otra chuchería en algún centro comercial o supermercado, pero sigo sin entender qué tiene que ver eso con mi pregunta.

—¿Recuerdas que esa chuchería robada, esa chocolatina que te llevabas a escondidas, tenía un sabor distinto? Sabía mucho mejor que cualquier otra chocolatina. Tenía el sabor de lo prohibido. ¿Lo recuerdas?

—Sí. Te la comías con esos nervios todavía encima, con esa adrenalina de haber podido ser descubierta, pero sigo sin entender dónde quieres llegar.

—A que esa misma chocolatina, cuando te la compraba tu madre no sabía igual. Seguía estando rica, pero no era lo mismo. Perdía esa adrenalina, esos nervios, ese sabor especial que le daba el hecho de haber sido conseguida de forma prohibida. A mi matrimonio con Stela le pasa lo mismo. Una vez que el fruto dejó de ser prohibido, perdió su sabor especial. Sigue gustándome, pero ya no es lo mismo.

—¿Me echas de menos? Aunque solo sea a veces...

—Entre nosotros había algo que no tengo con Stela. Y sí, a veces lo echo de menos.

—¿Qué era ese algo, Javier?

—Complicidad. Saber lo que el otro piensa con solo mirarlo a los ojos, sin necesidad de palabras. Saber si está bien o ha tenido un mal día con solo verlo. Con Stela nunca sé qué día ha tenido. Su mirada es siempre la misma.

—Pues a mí esa complicidad de la que hablas no me sirvió de mucho. No pude ver en tus ojos que ibas a traicionarme. Ni siquiera vi que fueras capaz de hacerlo ni llegué a imaginármelo, hasta que te vi entrar en aquel motel sin el anillo en la mano o en aquella casa acompañado de Marta. Y ni siquiera vi que aquello también era mentira.

—De veras que siento cómo terminó todo —se disculpa Javier y agarra mis manos por encima de la mesa—. Deseo que puedas rehacer tu vida.

—Hace poco una amiga me ha dicho que la felicidad no necesita de excesivos adornos, que está en los pequeños detalles y que debo centrar mi vida en ser feliz, olvidándome de los problemas del pasado que me impiden serlo. Puede que tenga razón y deba olvidarme de todo y rehacer mi vida lo suficiente como para ser feliz, sin cicatrices ni rencores del pasado.

Javier me sonrío y aprieta con sutileza mis manos. Es una sonrisa sincera a la que correspondo sin dejar de mirarle.

—¿Qué cojones haces, Gema? —La voz de Roberto interrumpe nuestra conversación. Javier me suelta las manos y se levanta de su silla.

—¿Qué haces aquí, Roberto? —pregunta, enfrentándose a él.

—Hablar contigo no. De eso que no te quepa duda. Quiero hablar con Gema —espeta Roberto y lo aparta con su mano izquierda—. ¿Qué haces aquí hablando con Javier a solas, Gema? ¡Creí que te había dejado claro que Javier no es de fiar!

—No es lo que parece, Roberto, tranquilízate —respondo, asombrada por la mirada de odio que destila.

—¿Qué no es lo que parece? Estáis tomando una copa con las manos agarradas por encima de la mesa. Creí que te había dejado claro que Javier es un cabrón del que no te puedes fiar. Y pensé que estabas dispuesta a ayudarme,

no a tomar copas con quien te arruinó la vida.

—Roberto, Gema ha dicho que te tranquilices —interviene Javier, a la vez que agarra de la chaqueta a su hermano.

—¡Y yo te he dicho que me sueltes, que no tengo nada que hablar contigo, pedazo de mierda! —replica Roberto y le da un empujón que casi le tira al suelo.

—Roberto, cálmate —pido, mientras me levanto de la mesa en un movimiento rápido—. Tu hermano y yo nos encontramos por casualidad en la calle y estábamos hablando. No pasa nada más.

—Escúchame, Gema: no le creas nada de lo que te haya podido decir. Mi hermano es experto en mentir para salirse con la suya. Vendería su alma por un voto. Deberías saberlo mejor que nadie. No te fíes de él, Gema, por favor, es un mentiroso profesional —advierte Roberto, agarrándome por los hombros.

Javier lo sujeta del brazo y lo separa de mí.

—Que dejes en paz a Gema. Debería haberte quedado claro ya que a ella no le interesa tenerte cerca.

Roberto propina un empujón a su hermano que, esta vez, sí termina dando con sus huesos en el suelo. Javier, enrabiado, se levanta y devuelve el empujón, a lo que Roberto replica con un puñetazo. Yo me echo a un lado para evitar verme envuelta.

—¿Qué haces, imbécil? —vocifera Javier, mientras se lleva la mano a la cara.

—Lo que debería haber hecho hace años en lugar de dejar que compres mi silencio. Al final me va a venir bien que tengas ahora una mujer que te agarra por los huevos. Sus amenazas me han sacado de mi conformismo. Ahora el que agacha la cabeza eres tú, cabrón —replica Roberto, se lanza otra vez sobre Javier y va a parar a una mesa donde un matrimonio intentaba mantener una conversación.

La gente empieza a apartarse. Ninguno de los dos da la pelea por terminada,

pese a los gritos de los presentes. Cuando Javier propina un puñetazo a Roberto y este saca una navaja de la chaqueta, el dueño del local hace una llamada de teléfono.

—Pero ¿qué haces, Roberto? ¿Te has vuelto loco? —exclama Javier, a la par que da dos pasos hacia atrás al ver la navaja.

—No vais a ser vosotros los únicos que amenazáis aquí. Te juro que, como te vuelva a ver cerca de Gema, te rajo el puto cuello. ¿Queda claro?

—Es mi exmujer. No es nada tuyo. No eres nadie para decirme con quién puedo hablar o no —replica Javier que, pese a su negativa, sigue dando pasos hacia atrás.

—La traicionaste, la dejaste tirada, arruinaste su carrera y su vida. El que no es nadie para acercarse a ella eres tú.

El ruido de la sirena de un coche patrulla resuena en la calle. Roberto da un paso atrás y se guarda la navaja en el bolsillo. Dos agentes de policía entran en el bar.

—Agentes, hagan el favor, ¡detengan a esos dos que me están alborotando el local! —pide el dueño desde la barra.

—Agentes, él me ha agredido. Se ha vuelto loco. Yo solo he intentado defenderme —se excusa Javier, quitándose la mano de la cara para que los agentes vean el golpe cerca del ojo.

—¡El de la chaqueta marrón lleva una navaja! —grita una señora, señalando a Roberto.

Los agentes de policía se acercan a él y le preguntan por el arma. Roberto no hace ningún ademán de negarlo y la saca del bolsillo en el que la había guardado. Los agentes le retienen y le informan de que va a ser llevado a dependencias policiales.

—¿Va a querer usted presentar alguna denuncia, señor? —le pregunta a Javier uno de ellos, mientras el otro se lleva a Roberto.

—¡Por supuesto que quiero presentar denuncia! —responde enérgicamente.

—Entonces debe acompañarnos a comisaría, si no le importa...

—Sin problema. Deje que recoja mis cosas y me despida. En un minuto estoy con ustedes —dice, mientras se acerca a nuestra mesa para recoger su chaqueta—. Lo siento, Gema. No entiendo nada de lo que acaba de pasar. ¿Te importa si terminamos nuestra conversación en otro momento?

—No, claro. No me importaría, pero salvo con tropiezos como el de hoy, no sé cómo localizarte. Sabes que tengo vetada la entrada en la sede del partido.

—Este es mi número de teléfono —dice, a la vez que lo apunta en una servilleta de la mesa—. Cuando se calme un poco todo el lío que se va a formar con lo de mi hermano, llámame —añade Javier antes de irse con los agentes.

La noticia de la pelea no tarda en salir en la prensa. La popularidad de Javier dentro del mundo de la política y sus apariciones en la prensa rosa de la mano de la empresaria Stela Miró hacen que cualquier suceso relacionado con ellos tenga repercusión. Que un posible candidato al Congreso sea agredido en un bar por su propio hermano abre periódicos y programas de televisión. Por fortuna, mi rostro no aparece en ninguna de las imágenes capturadas por los presentes. Solo me veo en una de las fotografías, pero mi cara aparece pixelada, como la del resto, para preservar nuestro anonimato. Los vídeos que la gente sube a las redes sociales se centran en los contrincantes de la pelea y todo lo acontecido en el bar se vuelve viral.

En casa de Javier y Stela las cosas siguen igual de frías que siempre. Solo hablan de trabajo y de cómo sacar rendimiento a la popularidad en los medios. En sus conversaciones con Stela, Javier tampoco me menciona. Parece que no quiere que su actual mujer sepa que estaba conmigo en ese momento.

Stela le ha dicho varias veces que tiene que aprovechar la situación para terminar con la reputación de su hermano. Así, en caso de que Roberto se decida a hablar a los medios, su credibilidad sería puesta en duda. Stela piensa que lo mejor es hundir de forma definitiva la reputación de su hermano. Javier está de acuerdo. Creo que, en su fuero interno, sospechaba de alguna acción más drástica por parte de Stela para acabar con la amenaza que le supone, así que la idea de terminar solo con su reputación le parece más aceptable.

Los trapos sucios de Roberto Márquez empiezan a salir a la luz y son portada durante varios días:

«Desde la muerte de sus padres, Roberto Márquez no es el mismo»; «Roberto Márquez tuvo problemas con las drogas después de la muerte de sus padres en un trágico accidente»; «La vida solitaria de Roberto Márquez tras la muerte de

sus padres y sus malas conductas»; «Accidente, drogas, mala vida» son algunos de los titulares que encabezan las noticias que salen en la prensa.

Alguna de ellas llega a sorprenderme. Desconocía detalles del pasado de Roberto que salen a la luz. Cuando vivía con Javier apenas me hablaba de su hermano y, desde que hablo con él, nuestras conversaciones se centran más en nuestra venganza que en recordar nuestro pasado.

Mientras tanto, Roberto sigue retenido en comisaría por un delito de lesiones con agravante por llevar un arma blanca en el momento de la agresión, habiéndola sacado con intención de usarla. Como las heridas sufridas por su hermano no son graves, se expone a una pena de tres a seis meses de cárcel, pero seguirá retenido en comisaría en espera de juicio, al menos los próximos días, hasta que un juez le ponga una fianza.

Javier concede varias entrevistas en las que, como en casa con su esposa, nunca me menciona. Para las televisiones y la prensa yo no estuve en el local, lo que me libra de volver a aparecer en los medios de manera desagradable. Estoy segura de que, si mi nombre hubiera aparecido en las entrevistas, las televisiones no hubieran tardado en reponer mi vídeo con Ángel.

Estoy viendo una nueva noticia en el telediario sobre el pasado de Roberto cuando mi móvil suena en la mesita del salón y me hace dar un salto. Estaba tan concentrada en la televisión que me ha pillado por sorpresa. Cuando veo el nombre en la pantalla de la persona que me llama, los latidos de mi corazón pasan del acelerón por la sorpresa a detenerse en seco. Aunque esperaba su llamada, no por ello me siento más preparada para enfrentarme a ella.

—¿Sí? —respondo, intentando aparentar calma en mi tono de voz.

—Buenas tardes, Gema, tenemos que hablar. —El suyo es firme y premeditadamente sensual.

—Imagino que para eso me has llamado. Tú dirás —digo, en un intento de mostrarme impasible, aunque me tiemblan un poco las piernas.

—No me refiero a una charla telefónica, aunque podría llegar a ser interesante, ya que nuestra mejor conversación, hasta ahora, fue por escrito en

una pantalla de ordenador, pero prefiero que nos veamos en persona.

Sé que mencionar nuestra conversación por Skype el día que terminamos masturbándonos frente a nuestras webcams mientras ella me insultaba y yo me descontrolaba, busca desconcertarme, hacerme pensar en cómo me sentí en aquel momento.

—Muy bien, como tú consideres. Dime lugar y hora —accedo, esforzándome en mantener mis pensamientos concentrados para que no note que parte de mis recuerdos han viajado a ese día en mi despacho y que imágenes de mí misma con las piernas abiertas y jadeando me golpean en las sienes.

—Esta tarde-noche Javier tiene una reunión importante y una cena de negocios. Tendré toda la tarde libre y no habrá nadie en casa. Estoy segura, por nuestro encuentro «casual» mientras desayunábamos hace unos días, de que sabes dónde vivo, así que, ¿qué te parece si quedamos en mi casa a eso de las cinco?

Las imágenes provocadas por el recuerdo de nuestra conversación por ordenador son sacudidas de mi cabeza de un golpe. Intento que mi silencio al otro lado de la línea telefónica no sea demasiado largo, pero mi cabeza bulle de ideas contradictorias que me hacen difícil responder. Por un lado, está el hecho de enfrentarme a Stela en un ambiente en el que ella se siente cómoda. Es como ir a la selva africana a enfrentarse a leones salvajes. Sería mucho mejor quedar en un lugar en el que ella no se sienta a gusto, al que también tenga que adaptarse. Por otro lado, están las cámaras que tengo colocadas en su casa y que todavía no han sido descubiertas. Si quedamos en cualquier otro lugar que ella elija, no voy a poder colocar cámaras, salvo que lleve yo alguna encima, y estoy segura de que Stela, como hizo el día de la reunión con Victoria Asensio, va a comprobarlo. Poder tener copia de lo que ocurra en nuestra conversación, teniendo en cuenta que, con seguridad, quiere hablar de nuestra oferta para ser candidata del partido, podría venirme bien para convencer a Javier de su traición y terminar por separarlos.

—Muy bien. En tu casa a las cinco —respondo convencida de que es la mejor opción, pero poco segura de salir ilesa del encuentro.

Durante la siguiente hora, mientras intento convencerme de que soy capaz de

salir indemne de la reunión, son tantos los nervios que noto que siento náuseas y estoy a punto de tener que ir al baño a vomitar. Estoy incluso más nerviosa que el día que fui a su casa por primera vez y que me hizo desnudarme frente al espejo del cuarto de baño. En aquella ocasión, iba a su casa con la idea de obtener su colaboración, sabedora de que iba a tener que mostrarme sumisa ante sus deseos si quería conseguirla. Ahora tengo que mostrarme firme, decidida, convencida de mí misma y de mis posibilidades. Lo que en mi vida real siempre me había resultado más fácil era lo que más me costaba mostrar, desde que conocí a Stela, frente a ella. Delante de su mirada intensa, su sonrisa sensual, su cuerpo y su voz autoritaria, mi reacción natural es mostrarme sumisa.

Pese a los nervios iniciales, el día que me presenté en su casa para conseguir su colaboración, terminó siendo una velada de recuerdo imborrable en la que me terminé sintiendo excitada cumpliendo cada una de sus órdenes.

Intento aprovecharme de su confesada atracción hacia mí para descolocarla un poco, aunque solo sea al principio de la reunión. Para ello, elijo una vestimenta que capte su atención inicial. Elijo la ropa interior del cajón de la ropa sexi que uso para mis espectáculos por Internet, zapatos de tacón, falda roja, a juego con el color natural de mi pelo, por encima de mis rodillas y medias negras para cubrir el resto de mis piernas. Una blusa blanca en la que se intuye el color negro de mi sujetador y una cazadora que impida que ese detalle capte la atención de la gente que, con seguridad, llenará la estación de metro en el que tengo que desplazarme. El pelo bien cepillado con las puntas apuntando al escote de mi blusa y un tono de carmín llamativo y provocador. Me gusta mi imagen frente al espejo y espero que cause el efecto deseado, captando la atención de Stela para que no sea ella quien intente descolocarme.

Hago ejercicios de respiración para intentar calmar los nervios y evitar que el temblor de mis piernas me haga caer de mis tacones. Con los ojos cerrados, en mi casa parecen surtir efecto, pero cuando me monto en el metro y las paradas se suceden, acercándome a mi destino, tengo que agarrarme con firmeza a la barra para no caer. El metro, como suponía, va atestado de gente y no he encontrado sitio donde sentarme.

Cuando la voz grabada del vagón de metro anuncia mi parada, temo caerme al dar el primer paso. Al llegar a la altura de la vivienda, me quedo paralizada

antes de cruzar la calle como el día que fui a colocar las cámaras, como la vez anterior en su casa de mi ciudad, antes de ser capaz de llamar a la puerta.

A las cinco en punto de la tarde consigo cruzar la calle y llamar al portal. El conserje sale a recibirme.

—Buenas tardes, ¿qué desea?

—Buenas tardes. Vengo a ver a la señora Stela Miró. He quedado con ella, me está esperando.

—Un momento que lo confirme —pide el conserje y se acerca a su mesa.

Es increíble el comportamiento receloso de estos edificios pudientes del centro de Madrid en los que tienes que estar pidiendo permiso para entrar, pero la gente rica es tan desconfiada que así se sienten más seguros y protegidos.

—Buenas tardes, señora Miró. Disculpe que la moleste. Aquí hay una señora que dice venir a visitarla, que usted la está esperando. Sí. Sí. Muy bien. Muchas gracias —dice, antes de colgar el teléfono—. Puede usted subir, señorita Romero —añade, antes de dejarme cruzar el pasillo. Parece que Stela le ha mencionado mi nombre.

Subo en el ascensor, que no pude utilizar la vez anterior, hasta la planta donde reside Stela con mi exmarido y me quedo unos segundos ante la puerta, respirando profundo, intentando tranquilizarme antes de llamar.

«Vamos, Gema, ¡tú puedes! Esto va a salir bien. Sabes que va a salir bien, solo tienes que hacer lo que tienes pensado».

Me digo a mí misma, intentando autoconvencerme. Me lo tengo que repetir dos veces porque a la primera no funciona. Por fin, me decido a llamar a la puerta. Ha llegado el momento.

Ilusa, inocente, torpe, ingenua de mí, en cuanto la puerta de la casa se abre, descubro que estoy a años luz de Stela a la hora de aprovecharme de mi apariencia física para intentar descolocar a alguien. Ella me gana por

experiencia, y yo esperaba descolocarla con mi indumentaria. La suya no me la hubiera esperado por mucho que lo hubiera intentado imaginar. Esperaba que me recibiera elegante, con alguno de esos vestidos de revista con los que suele hacer acto de presencia en eventos públicos o que luce en las portadas en las que titulares como «Empresaria del año» suelen encabezar su imagen. Jamás me la hubiera imaginado de la manera que ahora me sonrío.

—Buenas tardes, Gema. Bienvenida a mi casa —saluda, dando un paso hacia un lado e invitándome a entrar.

Sus palabras me suenan lejanas, apenas son audibles para mí, como si lo que ven mis ojos afectara a mi cerebro y me hubiera eliminado el sentido del oído para poder centrarse en el de la vista. Solo reacciono para entrar en la casa por el gesto que me hace, no por su invitación oral.

Cierra la puerta a mi espalda. El «clic» de la puerta al hacerlo me recuerda al sonido metálico de los barrotes de una cárcel al cerrar las puertas.

Ataviada con una bata japonesa de satén de color negro con flores rosas estampadas, Stela coge su detector de micrófonos de una balda de la entrada.

—Espero que lo entiendas —dice mientras se acerca para registrarme.

—Tranquila, el único micrófono que llevo está en mi teléfono móvil y te enseñaré cómo lo apago antes de que hablemos, si quieres —respondo y levanto mis manos para facilitarle el registro. Me sorprendo de haber sido capaz de pronunciar una frase entera.

Stela se acerca tanto a mí para registrarme que no solo puedo oler su perfume, sino que también llego a sentir el calor que desprende su piel. Su mano derecha pasa el detector por mi costado izquierdo mientras su otra mano me agarra con suavidad de la cintura y su calor traspasa mi blusa. Cuando pasa el detector por mi espalda roza, descuidada, mi culo.

—¿Te importa separar un poco las piernas? —me pide casi arrodillada frente a mí.

—¿Es necesario? —inquiero, sin llegar a moverme.

—Es solo una formalidad. Una... tremendamente morbosa y excitante — replica, mirándome con una sonrisa traviesa, pero fría.

Separo un poco mis piernas y Stela pasa el detector entre ellas subiéndome ligeramente la falda. Me estremezco un poco cuando apoya el frío metal del detector en mis muslos.

—Si llevo micros, van a pitar sin necesidad de que te acerques tanto —zanjo y cierro las piernas.

—Lo sé, pero así me he excitado más —confiesa Stela, se levanta y se dirige a la cocina—. ¿Quieres tomar algo?

—Una cerveza estaría bien —contesto. Siento la boca seca y miro hacia todos lados como un pájaro que busca escapatoria de su jaula. El alcohol puede tranquilizarme.

Camina con los pies descalzos. La calefacción de la casa está encendida y el calor brota del suelo.

Me acerca la cerveza y me invita a tomar asiento en el salón. Su bata es tan corta que me da miedo y curiosidad a la vez saber si va a seguir cubriendo lo que tiene que cubrir cuando Stela se siente. Al final, se queda en el lugar exacto que te impide ver nada, pero te permite imaginar un provocador descuido.

Yo, por mi parte, me quito la chaquetilla ahora que los únicos ojos que pueden ver como mi blusa trasluce mi ropa interior son los de Stela.

—Estás muy guapa —comenta Stela, cruzando las piernas antes de dar un sorbo a su cerveza.

—Gracias —respondo aliviada de haber captado su atención al menos—, pero no he venido aquí a hablar de nuestros looks, sino para que me des una respuesta a nuestra propuesta. Victoria Asensio está esperando impaciente.

—Pensé que antes de los negocios podríamos tener una charla.

—Creo que es mejor que nos centremos en los negocios por ahora —repito y

me alejo un poco de ella, pues se ha sentado a mi lado en el sofá.

—Muy bien, iremos a los negocios entonces. La propuesta de Victoria me resulta interesante. Entre mis planes estaba, algún día, llegar a ser miembro del Gobierno. Para serte sincera, mis planes llegan incluso a ser la primera presidenta de este país, pero consideraba más oportuno empezar por ser la mujer de un presidente y dar el salto después; estilo Hillary Clinton en Estados Unidos, pero sin dejarme ganar por Trump. Y sigo pensando que es la opción más adecuada.

—Entonces, ¿rechazas nuestra propuesta? —pregunto sorprendida.

—Confío en Javier y él confía en mí. Sin embargo, no confío en Victoria Asensio y quien me podría hacer confiar en ella no pone mucho de su parte.

—¿Te refieres a mí?

—Por supuesto que me refiero a ti, Gema. Tú misma me lo dijiste después de la reunión. Me gustas mucho más que tu exmarido. Si pudiera confiar en ti, todo sería más sencillo.

—¿Y cómo confiarías en mí? —indago, deseando saber qué puedo hacer para que colabore. Si quiero que Javier y Stela se distancien, tengo que hacer que acepte la propuesta.

—¿Tú confiabas en mí hace dos años? —me pregunta y da otro sorbo a su cerveza.

—Sí, lo hacía —confieso, después de meditar unos segundos—. Y creo que es evidente que fue un error por mi parte viendo cómo terminó.

—Pero confiabas en mí en su momento. ¿Sabes por qué?

—Imagino que porque necesitaba tu ayuda.

—No, ni mucho menos. Confiabas en mí porque te seduje.

—No querrás que te seduzca para ganarme tu confianza, ¿verdad?

Stela se queda unos segundos en silencio mientras sonrío. Yo cada vez me encuentro más nerviosa y casi me he terminado mi cerveza.

—Cuando creíste que estábamos en el mismo bando, deseabas que te besara, que probara el néctar de tu sexo, mis palabras sucias te hacían arder de placer por dentro —dice Stela, finalmente, poniéndome todavía más nerviosa—. Olvídate de lo que pasó al final, ahora puede que sí estemos, de verdad, en el mismo bando.

—Pero me manipulaste, jugaste conmigo. No puedo olvidarlo.

—Pero me deseabas, antes de eso me deseabas con locura, ¿no es cierto, Gema? —suelta Stela y me arrincona en un lado del sofá.

En ese momento, viene de nuevo a mi cabeza nuestra conversación por Skype. En aquella ocasión, cada vez que intentaba ocultarle algo, ella sabía siempre que le estaba mintiendo.

—Sí, te deseaba —respondo, intentando ser sincera—, pero en ese tiempo verbal, en pasado —añado, aunque me doy cuenta de que me estoy mintiendo a mí misma.

—Te haré esta vez una confesión para ser sincera contigo. Yo también te deseaba... y te sigo deseando. Aún recuerdo el sabor de tu sexo en mis labios en el restaurante y las ganas con las que me quedé de saborearlo más.

Stela pronuncia la última frase casi en un susurro jadeante, tan cerca de mí que siento su aliento. Al descruzar las piernas y aproximarse, la bata se le abre y puedo ver su ropa interior. Lleva unas bragas de color rojo y no lleva sujetador.

—¿Te gustan? —pregunta, al captar mi mirada furtiva.

—Son bonitas —afirmo, sin mentir, pero esforzándome en disimular que la visión me ha alterado.

—Por dentro están húmedas —me susurra al oído y eso provoca una descarga eléctrica en mi cuerpo—. Solo pensar que íbamos a volver a estar a solas esta

tarde me ha tenido alterada todo el día.

Intento evitarlo, pero no puedo. Intento que no me afecte, conservar el control de mis pensamientos y de mis deseos, pero con cada palabra, con cada gesto, Stela consigue aflorar vivencias y mis instintos más primarios.

Mi cerebro me traiciona y deja atrás los recuerdos de su manipulación y se centra en aquellos en los que alcancé el clímax con sus palabras o pensando en ella. El día que me besó en el salón de su casa, llevando en sus labios sabor a mujer. El día que nos masturbamos frente a nuestras cámaras y sus palabras soeces me hicieron perder el control. El día que me acaricié por debajo de la mesa mientras agarraba su mano y después mojé sus labios con mi placer para después probar mi propio sabor de su boca y de, cómo al salir del restaurante, me masturbé deseándola. Todos recuerdos de morbo, placer y deseo que nublan mis sentidos.

—No, por favor... —me niego en voz alta, pero hablándole a mis pensamientos.

—¿Tú no me deseas, Gema? —insiste Stela, a la par que deja su cálida mano sobre una de mis piernas.

—Sí... —confieso en un susurro, pero intentando no ser escuchada.

—¿Sí, qué? —repite, sabedora de que está tomando el control absoluto de mis pensamientos.

—Sí, te deseo... —vuelvo a susurrar, mientras su mano sube por mi muslo hasta llegar a mi cadera por debajo de mi falda.

Sus ojos brillan con la llama del deseo y su malévola sonrisa me hace pensar que los míos también me están delatando.

—Sigues teniendo el mismo alma que descubrí en ti hace dos años —pronuncia y se muerde los labios tan cerca de mi boca que puedo sentir su calor.

Sé a qué se refiere y no puedo negárselo. Mis pezones se muestran tan firmes

contra mi sujetador que casi llegan a dolerme, mi respiración es agitada y el ritmo de los latidos de mi corazón acelerado. Mis pensamientos son lujuriosos, perversos, obscenos, lascivos y solo un hilo de cordura los contiene. Me siento como una olla en ebullición a punto de explotar, como una presa que a duras penas contiene el agua que empieza a desbordarse por sus grietas.

—¿A qué esperas para coger lo que tanto deseas? —pregunta Stela, dejando que su bata japonesa se termine de abrir. Mi mirada a sus firmes pechos termina de delatarme—. Son tuyos si quieres...

—No debo... —me niego, aferrándome a ese hilo de cordura que me queda y agachando mi mirada para no mirar sus tetas. El ardid no surte efecto. Al agachar la mirada no puedo evitar fijarme en sus bragas. Unas bragas que empiezan a oscurecerse en su zona central.

—Vamos, no te resistas. Sé que me deseas y yo también te deseo. Déjate llevar por tus instintos. Saca esa alma que las dos tenemos, disfrútala y hazme disfrutar a mí.

El hilo de cordura se deshilacha, busco aferrarme como sea para evitar caer. Estoy a un gesto, una caricia, una palabra de precipitarme al abismo de mi lujuria. A ese rincón de mi ser que solo piensa en disfrutar del sexo. Mi cuerpo tiembla como una hoja, como un flan ante el terremoto de sensaciones que Stela me provoca. Mi instinto quiere salir corriendo, mi mente, mi cuerpo, mi alma sienten que están donde siempre han querido estar.

—Por favor... —Intento que mis palabras suenen como una súplica para que se detenga, pero esa alma de la que Stela no deja de hablarme me domina y mis palabras suenan como una invitación a que haga lo que la vez anterior me descontroló. Solo hay una cosa que Stela no ha hecho y que sí hizo la vez que perdí totalmente el control de mis deseos. Y esa parte de mí, pecaminosa, acaba de suplicarle que lo haga.

—Déjate llevar... puta. —Stela me lee el pensamiento y complace mi súplica.

—¿Qué me has llamado? —reacciono, no buscando reprenderla, sino invitándola a que lo repita.

—¡Putta!

Y adiós a mi cordura, a mis reticencias, a mi control. La presa estalla en mil pedazos. Esa palabra, esa forma de decirla, ese sentimiento de pasión descontrolada que me hace sentir escucharla brotando de sus labios termina por romper el hilo que me aferraba a la razón, termina por destrozar el dique de mi presa, termina por hacerme caer.

Mis manos se lanzan a apretar sus pechos y mi boca se abalanza a besarla. La de Stela me recibe y su lengua me busca. Sus manos buscan soltar los botones de mi blusa y, con habilidad, se deshace también de mi sujetador. Pronto nuestros pezones se rozan mientras nuestras bocas se besan y nuestras manos nos abrazan. La sensación de rozar mis pechos contra los de otra mujer es totalmente distinta a cualquier otra que haya experimentado antes. No solo los tuyos reaccionan a las caricias, sino que sientes como la reacción es correspondida de igual manera al otro lado.

Me tumba en el sofá y, mientras sus labios bajan a besar mi cuello sus manos buscan el cierre de mi falda. Cuando su lengua baja a humedecer mis pezones, ya solo mis medias y mis bragas me cubren.

Stela se quita la bata japonesa y la deja caer en el suelo. Hacía tiempo que ya no cumplía con su función de cubrir insinuando. Con sus manos aferradas a mis medias, continúa besando mi cuerpo en un camino sin retorno hacia el valle de mis piernas. Cuando llega a mi ombligo ya solo mis bragas se interponen para alcanzar su meta.

Mi respiración acelerada delata que me está haciendo disfrutar con sus besos. El olor que desprende mi sexo la anima a continuar. Sus dedos empiezan a deslizar mis bragas, levanto mis caderas para ponérselo fácil. Cuando me las quita, mis piernas se abren como si Stela hubiera pulsado un interruptor invitándola a pasar.

Mi pubis, arreglado para mis shows nocturnos, brilla por la humedad de mi deseo. Stela no se anda por las ramas y hunde su cabeza entre mis piernas para arrancarme el primer grito de placer. Me hace temblar en una mezcla de nervios, éxtasis y locura cuando sus labios hacen presa de mi clítoris. Descontrolada por el placer que me proporciona, mis uñas pellizcan mis

pezones y aumentan las sensaciones placenteras, mi boca se seca de jadear, mi espalda se contorsiona y mi corazón está a punto de salirse del pecho.

Mis manos solo sueltan mis pechos cuando el orgasmo se acerca y sujetan la cabeza de Stela para que no se detenga y me lleve a alcanzar el clímax. Cuando se siente presa entre mis piernas, conocedora de que es una señal de mi cercano orgasmo, aumenta el ritmo de su lengua y hunde dentro de mí dos de sus dedos. Empiezo a convulsionar, me hago daño en los labios al mordirme para retener un grito, pero solo lo contengo hasta el momento del orgasmo. Entonces todo mi placer se concentra en un punto de mi cuerpo, mi orgasmo brota como un manantial para mojar la cara de Stela y un grito prolongado termina de secarme la boca.

Sedienta, me abalanzo de nuevo sobre su boca húmeda cuando sale de entre mis piernas. Ha llegado el momento de saciar mi sed, el instante de disfrutar del sabor del sexo de Stela por primera vez, algo que he llegado a desear mucho.

Soy yo ahora quien hace que ella se tumbe en el sofá. Tengo tanta sed y tantas ganas de saciarla que apenas me entretengo en mi camino. Tras observarla tumbada, lo primero que hago es despojarla de sus bragas para estar las dos desnudas. Al contrario que ella, que lo primero que hizo al quitármelas fue lanzármelas a mi cara, me llevo las suyas a mi rostro y su olor solo consigue que mi sed aumente.

Tras un corto, pero intenso, regreso a sus labios y un fugaz paso por su cuello y pechos, mi boca no tarda en beber de su sexo y calmar mis ansias. Es la segunda vez en mi vida que tengo mi cabeza entre las piernas de otra mujer, después del encuentro con Jordi y Alba en los aseos de la discoteca, y, sin embargo, sé a la perfección qué es lo que tengo que hacer para que ella alcance un clímax al que ya se ha acercado estando entre mis piernas.

Una vez más, las sensaciones que mi cuerpo experimenta estando entre las piernas de una mujer son distintas a las que siente cuando me meto entre las de un hombre. En esos instantes en los que me dispongo a disfrutar del sabor del miembro erecto de mi acompañante, solo pienso en proporcionarle el mayor de los placeres. Ahora, entre las de Stela, además de en el placer que le puedo dar, mis sentidos se centran en disfrutar, en excitarme, en sentir el deleite que a

mí misma me provoca impregnarme de su olor y sabor. Sentir sus reacciones a mis caricias y besos, observarlas y provocarlas me acerca tanto al orgasmo como cuando su lengua me acariciaba a mí. Por eso, mientras bebo del sexo de Stela, deslizo una mano entre mis piernas.

Mis dedos se mueven al ritmo de su respiración. Si esta se acelera, mis dedos se mueven más rápido; si mi lengua hace que su respiración vuelva a acompasarse, mis dedos se mueven despacio e incluso llegan a detenerse. Mi alma lasciva juega con la intensidad de su placer y del mío, bajando la intensidad de mis besos y caricias cuando sus jadeos se aceleran y aumentando el ritmo cuando parece que empieza a relajarse. Cuando siento que yo misma no puedo contener mucho tiempo mi siguiente orgasmo es cuando no detengo la intensidad de mis besos hasta que Stela calma mi sed con el suyo. Una vez salgo de entre sus piernas, calmo su sed con los dedos empapados del mío y con mi boca húmeda del suyo.

Mientras nos besamos y nuestras respiraciones se recuperan, pienso que nuestro encuentro está a punto de terminar, pero Stela no opina lo mismo.

Sin dejar de besarnos se sienta sobre una de mis piernas y me rodea con la suya libre por mi cintura. Me abraza y mueve ligeramente sus caderas hacia delante, hasta que nuestros cuerpos quedan pegados. Yo también la rodeo con mi pierna libre por su espalda. Nuestras bocas se enzarzan en una encarnizada pelea por controlar la lengua de la otra, nuestros pechos quedan pegados y se rozan, lo que provoca reacciones placenteras que aumentan las que nos causan tener nuestros sexos rozándose el uno con el otro al ritmo lento de nuestras caderas.

Cuando nuestra respiración vuelve a elevarse, dejamos de besarnos y nos miramos la una a la otra a los ojos, aumentando el ritmo. Stela tiene la mirada brillante, de su boca abierta escapan jadeos y la imagen es tan sensual que me vuelve loca. Su cara de placer es lo más erótico que he visto en mi vida y la tengo a escasos centímetros de la mía. Ese gesto es la llave que mantiene mis ojos abiertos, aunque el placer que siento entre mis piernas me pide cerrarlos.

Es probable que mi cara también le parezca sensual porque aumenta el ritmo de sus caderas al mirarme y se muerde los labios. Cuando nuestros placeres se acercan a un nuevo clímax, nuestros pechos se separan, echamos al unísono

nuestros cuerpos hacia atrás y, apoyadas en nuestras manos en el sofá, elevamos el ritmo. Solo así, cuando ya no puedo mirarla a los ojos, cierro los míos en busca de un nuevo orgasmo. Escuchar sus jadeos acompañados con los míos, sentir cada contracción de su sexo en mí hacen que no tarde en sentir como ambos se deshacen.

Exhaustas, caemos tumbadas sobre el sofá mientras siento sus últimas contracciones entre mis piernas. Tardo casi tres minutos en poder incorporarme.

—¿Siempre consigues lo que deseas? —pregunto cuando nuestras respiraciones empiezan a relajarse.

—Solo cuando la otra persona lo desea también —responde Stela a la vez que busca su bata japonesa en el suelo.

—¿Y si no lo hace? —vuelvo a preguntar, mientras empiezo a abrochar los botones de la blusa.

—Entonces hago que lo desee tanto como yo —manifiesta y dibuja una sonrisa en sus labios antes de volver a besarme.

—Te envidio —digo, le devuelvo la sonrisa y correspondo al beso.

Stela me deja sola en el salón mientras termino de vestirme. Ella se va al aseo a recomponer su vestimenta y su peinado. Pasados unos minutos, regresa al salón cuando ya estoy vestida.

—Yo también debería peinarme antes de salir —comento, dirección al aseo—. Entonces ¿aceptas la propuesta? —pregunto mientras intento desenredar mi pelo.

—Creo que te has ganado mi confianza, pero antes de aceptar me gustaría hablar personalmente con el presidente del partido. Quiero que sea él, en persona, quien me confirme que Javier no va a ser elegido para su próximo gobierno.

—No habrá problema, dame unos días para organizarlo. Tú deberías ir

pensando cómo vas a escenificar tu traición a Javier, no creo que le queden muchas horas a tu matrimonio, recién estrenado, cuando salga a la luz la noticia.

—Por eso no te preocupes, siempre he sabido lidiar con esas situaciones —reconoce Stela y me da un beso antes de abrirme la puerta de su casa—. Tú y yo vamos a hacer una buenísima pareja, ya lo verás.

—Desde que te conozco, yo también procuro conseguir todo lo que deseo.

Tienen que pasar dos horas desde que salgo de la casa de Stela para que recupere la lucidez en mis pensamientos. Cada vez tengo más claro cuál debe ser mi objetivo. Ahora que parece que Javier y Stela tienen las horas contadas como pareja, tengo que asegurarme de que no sea él quien le haga cambiar de idea. Javier no tiene la persuasión de Stela, pero, como buen político, sabe hacer creer a la gente lo que él quiere. Vende motos como ninguno. Tengo que hacer que se preocupe de sí mismo y, para eso, necesito hablar de nuevo con él. No lo he hecho desde nuestro encuentro en el bar, tras la discusión con su hermano. Creo que ha llegado el momento de sincerarme.

Javier me coge la llamada al segundo tono.

—Javier, creo que deberíamos volver a hablar. No hemos tenido la oportunidad de terminar nuestra conversación desde el desagradable encuentro con tu hermano y tengo algo importante que contarte.

—Tengo el día bastante ocupado —responde de primeras, como si fuera la respuesta que da le propongan lo que le propongan—, pero mañana por la mañana creo que puedo sacar un rato para verte —accede, después de quedarse un rato en silencio.

—¿Quedamos en la Plaza de Colón, en los Jardines del Descubrimiento?

—Mejor en el Parque del Retiro y damos un paseo mientras charlamos.

—El Parque del Retiro es muy grande, ¿puedes concretar un poco? —pregunto, por miedo a no encontrarnos en las casi ciento veinte hectáreas que tiene el parque.

—Quedamos en la puerta de entrada que está al lado de la Puerta de Alcalá, a las once de la mañana. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

Como me caracterizo por mi impaciencia, a la mañana siguiente estoy saliendo de la estación de metro del Retiro a las once menos veinte, con tiempo de sobra para llegar a la cita antes de las once y sin saber muy bien qué voy a hacer con el tiempo que me sobra.

En casa me comían los nervios calculando el tiempo que iba a tardar en llegar al metro, en coger uno de los trenes y en sumar el tiempo que iba a tardar en cada parada antes de llegar a mi destino y pensando la hora a la que debía salir de casa para no llegar tarde. Como siempre en estos casos, mis cálculos han sido pesimistas y he empleado mucho menos tiempo en llegar. Ahora tengo que ver cómo ocupo veinte minutos sin perder la paciencia.

El tiempo, como concepto, siempre me ha resultado curioso. Hay días que con veinte minutos te falta tiempo para hacer lo que tienes que hacer y otros en los que en veinte minutos podrías solucionar los problemas del mundo, porque tardan en cumplirse tanto que piensas que Einstein tardó menos en formular la teoría de la relatividad. Hoy es uno de esos días.

Pese a que doy un rodeo por la calle Columela hasta la calle Serrano en lugar de caminar, directamente, por la calle Alcalá para llegar a la Plaza de la Independencia, pese a que intento caminar con paso lento y me entretengo mirando los pocos escaparates que encuentro por el camino, llego a la entrada del parque a las once menos diez. Para mi sorpresa, Javier me está esperando en la puerta.

—Buenos días, Gema —saluda y me da dos besos.

Una sensación extraña me recorre. Solo hubo una ocasión en la que Javier me dio dos besos en la mejilla. Fue en nuestra primera cita, después de la entrevista que le hice como Concejal de deportes. Desde entonces, los besos entre nosotros siempre habían sido en la boca, hasta hoy.

Cruzamos las puertas del parque y, tras pasar la fuente, subimos las escaleras. Nos metemos por el camino que está al lado de la heladería, aprovechando la sombra de los árboles. En ese corto trayecto ninguno de los dos dice nada. Nos mantenemos en silencio, esperando a que el otro inicie de nuevo la

conversación. Yo, personalmente, no sé por dónde empezar y espero que sea él quien rompa el silencio.

—Siento lo que pasó la última vez con Roberto —pronuncia Javier, finalmente.

—No recuerdo ningún encuentro nuestro con tu hermano que haya terminado bien.

—Lo sé. Roberto siempre ha sido difícil. Aunque, por su manera de hablarte, me pareció que ya habíais hablado más veces desde la última vez que nos vimos.

—Esa es una de las cosas de las que quería hablarte.

—Muy bien, te escucho —me insta Javier cuando estamos a la altura del teatro de títeres.

En lugar de dirigirme hacia el estanque, lugar donde más gente suele haber a cualquier hora del día, dirijo mis pasos hacia la zona arbolada, como si quisiera mantener entre nosotros lo que quiero contarle.

—Creo que deberías tener cuidado, Javier. Creo que quieren hacerte daño —declaro cuando nos encontramos solos en el paseo.

—No sabía que te preocupara mi seguridad después de lo que pasó hace dos años.

—Si me hubiera enterado de lo que ahora sé hace dos años te aseguro que lo habría utilizado para hundirte. En aquel momento te odiaba con todas mis fuerzas.

—¿Y ya no me odias? —pregunta con cierto tono de sorpresa.

—Digamos que, en dos años, he tenido tiempo de ver todo con perspectiva. Creo que tú eres casi tan víctima como yo.

—¿A qué te refieres?

—A que creo que también te han manipulado, que solo hiciste lo que hiciste por estar bajo el influjo de malas influencias. Creo que, sin la influencia de Stela, no me hubieras traicionado nunca. Con esto no quiero decir que te perdone, no es eso. Quiero decir que lo entiendo. Yo también me dejé influenciar por Stela y muchas de las cosas que hice jamás las hubiera hecho si no hubiera sido por ella. Creo que a mí me utilizó para conseguir lo que quería en aquel momento y que a ti te está utilizando desde entonces para un objetivo más a largo plazo. Cuando lo consiga, terminará contigo como hizo conmigo.

—¿Es a ella a quien te refieres con que quieren hacerme daño?

—No solo a ella. Creo que hay varias personas, cada una a su manera, que intentan acabar contigo. Otra es tu hermano. De eso es de lo que quiso hablar conmigo cuando nos vimos.

—¿Qué te contó mi hermano?

—Me habló del accidente de tus padres, Javier.

Cuando menciono el accidente, Javier detiene en seco su caminar y se queda petrificado en medio del camino.

—¿Qué te contó Roberto del accidente? —pregunta sin moverse del sitio y con la voz temblorosa.

—Me dijo que el día del accidente eras tú quien conducía. Que tú provocaste la muerte de tus padres.

—¿Y le creíste?

—No importa si yo le creí o no. El caso es que dice que sabe de la existencia de pruebas que confirman su historia y me pidió mi ayuda para conseguir las. Pensaba que yo seguiría queriendo acabar con tu carrera después de dos años. Me dijo que si no había dicho nada hasta ahora era porque le pagabas por guardar silencio, pero que desde que te casaste con Stela, teme por su seguridad. Por eso me pidió ayuda, porque pensaba que yo seguía queriendo vengarme de los dos.

—¿Y no quieres vengarte?

—Como te he dicho, en dos años he tenido tiempo de sobra para meditar sobre lo que pasó. Creo que la culpa de todo la tuvo Stela y por eso no quiero que se salga con la suya.

—¿Y qué tiene que ver ella con mi hermano? —pregunta Javier, mientras nos encaminamos al Paseo Argentina.

—Si la historia de tu hermano es cierta y el partido tiene unas fotos tuyas que confirman su historia... ¿crees que Stela permanecerá mucho tiempo al lado de alguien que siempre va a estar subordinado a los mandatos del partido o crees que intentará ponerse del lado de quien tiene el poder?

—Del lado de quien tiene el poder —sentencia Javier tras meditarlo unos segundos.

—Sobre el partido sobrevuela un cargamento de mierda y alguien está a punto de dejarlo caer y me temo, Javier, que eres el objetivo.

Javier vuelve a detener su camino y se queda pensativo. Se lleva las manos a la frente y cierra los ojos.

—Lo que tengo que hacer es que la mierda termine encima de otro —murmura sin abrir los ojos.

—¿Sobre quién? —pregunto intrigada.

—Yo sé quién custodia las fotos que me comprometen en el partido. Sin esas fotos no tienen nada contra mí. Sin ellas, Stela no me verá como una carga y no intentará nada. Mientras mi poder dentro del partido no se vea coartado, no necesitaré traicionarme.

—Pues tendrás que darte prisa porque creo que Stela ya ha empezado a dar pasos en ese sentido.

—Tengo que hacerme con esas fotos de una vez por todas y para ello necesito algo que le importe más a la persona que las tiene que tenerme controlado...

—Algo que pueda comprometer su carrera. Algo con lo que puedas chantajearle.

—Eso es. Algún trapo sucio del Secretario General que termine con su carrera y que esté dispuesto a mantener en secreto a cambio de eliminar las pruebas que tiene del mío.

—¿El Secretario General tiene las fotos? —Javier vuelve a quedarse en silencio. Se da cuenta de que igual ha hablado más de la cuenta mientras pensaba en voz alta. Desde que iniciamos nuestro paseo por el Parque del Retiro, me ha confirmado la existencia de las fotos y quién las tiene—. Si él tiene las fotos, quizás yo pueda ayudarte...

—¿Cómo me puedes ayudar tú? —pregunta, sorprendido, pero interesado.

—Aunque ahora no me dejen ejercer mi profesión en ninguna parte, sigo siendo una buena periodista y sigo conservando el olfato y las fuentes de las que obtener información. Es más, poseo algún trapo sucio del Secretario General de tu partido que podría interesarte y, si tiramos un poco más de ese hilo, puede que obtengamos lo que buscas.

—Cuéntame más de ese hilo del que podemos tirar.

—Seguro que conoces más detalles que yo sobre cómo funciona el partido por dentro. No creo que te pillen por sorpresa las corruptelas que hay dentro de él, pero lo que nos interesa ahora es las que ha cometido el Secretario General y si somos capaces de demostrarlas.

—Creo que nuestra conversación se va a alargar más que un paseo —comenta Javier al acercarnos a la Puerta España—. Tengo que ir a mi oficina. Buscaré información que nos pueda servir. Tú, mientras tanto, haz tu trabajo de periodista. Nos vemos en una semana en la misma entrada del parque. ¿Estás de acuerdo?

—No sé si voy a poder obtener la información suficiente en una semana, pero podemos ir compartiendo los datos cada mañana. Yo te diré lo que encuentre y tú me pondrás al día de lo que averigües en la oficina. Sería estupendo que pudieras conseguirme permiso para entrar en la sede del partido sin que me

miren como a una criminal. O, bien pensado, me da igual cómo me miren, pero al menos que me dejen pasar.

—Veré qué puedo hacer. Nos vemos entonces la próxima semana a las once de nuevo.

—Ten cuidado, Javier. Tienes el mayor peligro en casa.

—Lo tendré, tranquila —se despide para dirigirse hacia el Museo Naval y, desde allí, a la parada de metro del Banco de España.

Yo, por mi parte, regreso al Parque del Retiro y doy un paseo calmando mis nervios. Todo está a punto de terminar y solo tengo que saber si lo va a hacer como tengo planeado.

Los dos primeros días de la semana transcurren con aparente normalidad. Hago mi trabajo periodístico y obtengo información que comparto por las mañanas con Javier, que me llama desde su despacho. Me da información sobre hacia dónde debo dirigir mis investigaciones para obtener más información comprometedoras y yo le doy detalles de la información obtenida que le puedan resultar de utilidad.

El tercer día de la semana su llamada se retrasa, en lugar de a las diez de la mañana, no recibo su llamada hasta pasadas las doce. Me dice que ha tenido una reunión que no ha podido eludir. Su voz me suena distinta. Le noto más tenso, menos comunicativo, sin ese tono empático que le noté los días anteriores. Mi instinto periodístico me dice que algo está a punto de pasar. Se acerca el momento y creo estar preparada.

Mi instinto solo dejó de funcionar cuando me dejé llevar por la rabia y los celos en mi intento de venganza. Solo entonces no vi venir lo que se me venía encima, pero ahora no se equivoca.

Al día siguiente, una noticia abre la mayoría de las portadas de los periódicos, una noticia que llama mi atención y pone en alerta todos mis sentidos. La cara que aparece en todas las portadas me es conocida. Es Victoria Asensio, la

mujer del partido de Javier que se mostró dispuesta a ayudarme y que ofreció a Stela la posibilidad de entrar dentro del próximo gobierno.

En las fotos de las portadas luce el mismo aire de superioridad que tenía en nuestras conversaciones, siempre altiva, pero cuando leo el titular de la noticia me la imagino en su casa con gesto preocupado y asustada, como un dóberman herido por un perro más agresivo.

«La caída de Victoria Asensio»; «La oposición pide su dimisión inmediata»; «El escándalo que salpica a nuestro gobierno».

Parece que Javier ha encontrado quién era el miembro de su partido que confabulaba contra él. Sabe quién le hizo la oferta a su mujer y, seguramente, y de ahí su tono de voz en su anterior llamada, sabe que yo estaba presente en las negociaciones.

Cuando a las diez en punto de la mañana suena mi teléfono, la sorpresa y el temor se mezclan en mí. Pensé que, una vez descubierta, dejaría de llamarme.

—Buenos días, Javier —respondo, como si no me hubiera enterado de la noticia de la prensa, esperando su reacción.

—Buenos días, Gema. Tenemos que vernos y lo mejor es que sea cuanto antes. Creo que ya tengo más que suficiente para poner a salvo mi carrera y debemos dar por finalizada nuestra colaboración.

—Organicé las reuniones para que vieras que Stela no era de fiar, que te vendería en cuanto tuviera una mejor opción que estar a tu lado. Lo hice solo para que abrieras los ojos.

—Sé por qué lo hiciste. Conozco las ambiciones de mi esposa, no me pillan por sorpresa. Tampoco me sorprende que sea Victoria Asensio la que estaba más interesada en terminar con mi carrera política. Intenté darle una salida honrosa y que aceptara su retiro en el Senado, pero está claro que no sabe diferenciar una buena propuesta de un escarnio público. Ahora no tendrá más remedio que abandonar la política para siempre. No es por eso por lo que quiero hablar contigo.

—¿Y por qué es? —pregunto, sorprendida.

—Mejor te lo digo en persona. He dado la orden para que te dejen entrar en la sede del partido. Creo que he localizado las fotos y tengo la información que buscábamos para hundir a mi mayor enemigo. Estamos a punto de dar el tema por zanjado y quiero que compartamos ese momento. ¿Te parece bien?

Javier tiene un tono de voz confiado. Parece que ha encontrado la manera de salir airoso y, aunque me sorprende, parece que está dispuesto a compartir conmigo ese triunfo. Puede que se haya dado cuenta de que su mayor enemigo, además del Secretario General del partido, es su esposa y que, sabedor de mis ganas de acabar con ella, quiera mostrarme su final.

Acudo a la cita con los nervios a flor de piel. Ha llegado el momento final. Esperaba poder alargarlo todo un par de días más, pero no va a ser posible. Me tengo que enfrentar a ese momento que llevo esperando desde el primer día que decidí retomar mi venganza. Incluso podría decir que, en mi fuero interno, llevo esperándolo desde que mi vida quedó patas arriba. Ha llegado el momento de disfrutar de la caída de Stela.

Javier ha descubierto mis planes para sacar a la luz la verdadera personalidad de Stela, ha hundido la carrera política de su más acérrima enemiga dentro del partido y creo que, con las informaciones que le he enviado y las que haya podido obtener él, se dispone a terminar con el Secretario General o al menos recuperar las fotos que le comprometen.

Las últimas noticias han cambiado la situación dentro del partido y mi veto ha quedado aparcado. El conserje no me recibe con buena cara, pero me deja pasar sin ponerme impedimentos cuando me presento en la sede a la hora fijada.

Javier me espera sentado en su despacho con una sonrisa amplia en su rostro. Hay algo en su sonrisa que me desconcierta. Le veo radiante, eufórico, feliz, como flotando en una nube. Esperaba que se alegrara de no verse envuelto en el escándalo, pero no esperaba verle tan radiante tras la traición de su esposa.

—¡Gema! Qué placer volver a verte. Estábamos hablando de ti hace un instante.

—¿Estábamos? —pregunto, buscando en la oficina a esa persona que haga conjugar el verbo en plural.

—Stela y yo. Acaba de ir al baño. No tardará en regresar.

—¿Qué hace ella aquí, Javier? Pensé que habíamos quedado a solas. ¿No viste

el trato que hizo con Victoria Asensio para echarle a un lado? ¿Cómo puedes seguir confiando en ella? —inquiero, sorprendida y descolocada.

—Pero ¿cómo puedes seguir siendo tan inocente, Gema? Pensar que un hombre como yo, que lleva en el mundo de la política desde que nació, rodeado de buitres carroñeros que aprovechan cualquier descuido para atacar, voy a ser tan confiado como para no saber de qué pie cojea mi esposa. No hubiera confiado en ella nunca si, desde el principio, no hubiéramos puesto las cartas sobre la mesa. Ella conoce mis metas y yo las tuyas y estamos juntos porque sabemos que ambas son compatibles y que nuestra colaboración nos favorece a ambos. ¿En serio pensabas que Stela quiere ser Ministra? Hay que ser inocente.

Stela entra en la oficina y agarra a Javier por la cintura mientras él se ríe a carcajadas antes de que yo pueda responder.

—Conocíais mis intenciones desde el primer momento, ¿verdad? —digo, mirándoles de manera alternativa.

Como una bofetada, la risa de Javier me golpea en la cara. Es la primera vez que su risa me descubre su lado más manipulador y siniestro. Hace dos años se mostró ante mí sorprendido, descolocado, como si de verdad no supiera lo que estaba pasando. Estos días se ha comportado de forma amable, casi cariñosa, ocultando su lado manipulador, capaz de ocultar su responsabilidad en el accidente de sus padres durante años y de engañarme.

—Desde que interrumpiste nuestro desayuno, ya estábamos alerta. Tus micrófonos ocultos, tus notas. Esa misma noche nos divertimos muchísimo en casa elaborando el plan para volver a terminar contigo. Dejándote hacer, viendo cuáles eran tus movimientos y sacándoles partido. Un par de días más tarde, cuando descubrimos el micrófono en la solapa de Javier después de que se encontrara con Roberto, supimos que estabais juntos en esto. Nunca dejas de sorprendernos, fuiste capaz hasta de rebuscar en mi pasado y traer a Teresa a hablar con mi marido —expone Stela sin borrar una sonrisa de su boca.

—¿Cuándo te contó Javier lo de Teresa?

—Otra cosa que ha sido muy divertida fue burlar las cámaras que colocaste en

nuestro hogar. Tampoco te veía capaz de colarte en una casa como una vulgar ladrona, pero, como digo, no dejas de sorprendernos.

—¿Sabíais que coloqué cámaras en vuestra casa? —pregunto y la boca se me abre como si me hubiera descubierto desnuda frente a un espejo.

—¡Por supuesto! —exclama Stela—. No veas lo divertido que ha sido dejarnos mensajes en el baño, donde no habías colocado cámaras, mientras nos comportábamos de manera errática en el resto de las habitaciones. Incluso a Javier se le ocurrió la idea de la escena romántica representando cómo solía recibirte, pero con un mejor final, claro. ¿Te excitó nuestra escena? Javier dice que no, pero yo te conozco y estoy segura de que no pudiste controlarte. Hemos hecho una apuesta. —Stela sonríe y le da un beso a Javier delante de mis narices. Un beso que se prolonga en el tiempo, en el que se recrean, en el que me dejan ver, casi por primera vez, la complicidad que hay entre ellos. El destino ha ido a juntar a la pareja ideal de cabrones.

—Ahora, gracias a ti, voy a librarme de las fotos del pasado que me comprometían y podré ser libre para seguir mi ascenso en el partido. Con la caída de Victoria Asensio, con el retiro «voluntario» del Secretario General y con mi campaña orquestada dentro del partido, lo más probable es que ni siquiera tenga que esperar una legislatura. Seré el próximo Secretario General y, casi con seguridad, el próximo Presidente. Quién nos iba a decir que, después de lo que te hicimos, nos ibas a seguir resultando de utilidad —declara Javier, que le guiña un ojo a su esposa antes de volver a besarla.

—Y yo seguiré manejando los hilos desde la sombra, enriqueciendo mis negocios con contratos con el Gobierno, sin manchar mi imagen pública con la política. Los que gobiernan el mundo no son los políticos que dan la cara en los medios de comunicación, querida Gema. Son los banqueros y empresarios que mueven los hilos en las sombras y marcan las líneas de actuación a los Gobiernos. Ellos son los que tienen el verdadero poder, y yo voy a ser muy poderosa. Mira que pensar que yo iba a traicionar a mi marido por un puesto de Ministra. Hay que ser ignorante —añade Stela cuando terminan de besarse.

—Vaya, parece que, una vez más, os habéis aprovechado de mí. Una vez más os habéis salido con la vuestra... —manifiesto, agachando la cabeza y con el mismo tono de voz que emplearía un esclavo ante sus amos—. Quise terminar

con vuestro matrimonio, pensando que era una farsa en la que Stela se aprovechaba de Javier, y resulta que sois la pareja perfecta. Estáis hechos el uno para la otra. Sois igual de impresentables. Qué ciega he estado.

—Siempre, Gema, que no se te olvide. Siempre nos saldremos con la nuestra. Lo hice tras el accidente, lo he hecho cada vez que he necesitado escalar en el partido, incluso lo hice cuando convencí a una mujer feliz en la soltería de que se casara conmigo. No tardé ni dos meses en hacerte cambiar de opinión. Y Stela se ha salido con la suya en cada uno de los negocios que ha emprendido. Entre otras cosas porque este es nuestro mundo y nos sabemos mover por él como peces en el agua. Tú, sin embargo, eres nueva y apenas consigues mantenerte a flote.

No puedo evitar fijarme en que a Javier la situación le está produciendo placer. Es tan cruel que, verme derrotada, besar a Stela delante de mí y humillarme le están provocando una erección. Lo que me faltaba.

—Puede que haya vuelto a equivocarme, pero ya no tenéis nada que quitarme. Ya no podéis hacerme daño. Y volveré a intentar acabar con vosotros una y otra vez, hasta que lo consiga —replico con el brillo de la rabia en mis ojos.

—Vuelves a equivocarte —interviene Stela con una sonrisa tan cínica en sus labios que me cuesta controlar las ganas de partírsela de un puñetazo—. Claro que hay algo más que podemos quitarte: la libertad.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—El allanamiento de morada es un delito penado por la ley con entre seis meses y dos años de cárcel. No eres la única que pensó en poner cámaras. Solo que las nuestras están integradas en la vivienda. Tenemos imágenes del día que te colaste en nuestra casa, Gema.

—Con una condena de menos de dos años no entraré en prisión. Yo también conozco la ley —digo con la voz insegura. Me temo que Stela no ha terminado.

—Cierto. Por eso añadiremos a la denuncia los delitos de coacción y amenazas y pediremos una orden de alejamiento por tu continua obsesión contra nosotros. ¿Qué te hemos hecho nosotros, personas respetadas, para que

nos acosas continuamente? —replica Stela, intentando poner su voz más suplicante e inocente, pero estallando en una carcajada final—. A la salida te está esperando una patrulla de policía. El guarda de seguridad de la puerta les ha llamado en cuanto has entrado. Si alguien le pregunta, testificará que te has colado en el edificio y que eres una amenaza para nuestra seguridad. Con tus antecedentes, nadie te creerá si dices lo contrario. No se puede ir por la vida mintiendo, Gema.

¿Son imaginaciones mías o a Stela se le marcan los pezones en el vestido? ¡No me lo puedo creer! Ella también se está excitando con su victoria.

—Zorra —murmuro entre dientes.

—Prefiero puta, ya lo sabes —se mofa mientras vuelve a besar a Javier—. Y a Javier le ha sorprendido mucho que tú también disfrutes de oír esa palabra.

Se lo ha contado. Nuestro encuentro en su casa. ¡Se lo ha contado!

—Hemos visto el vídeo esta mañana en su despacho. Siempre me ha excitado verme tener sexo, pero no te puedes imaginar lo salvajemente lascivo que se ha puesto Javier al ver el vídeo. Me ha follado en su oficina casi sin quitarme ni las bragas.

El pudor, la vergüenza, el rencor y el odio casi me hacen derramar una lágrima, una que ya pensaba que estos dos no iban a ser capaces de hacerme derramar nunca. Intento mostrarme firme. No quiero que vean que me siguen afectando. Controlo mis sentimientos, aún no puedo dejarme llevar por las emociones.

Con paso decidido, me encamino hacia la puerta, intentando huir de allí, aunque sé que en la calle me espera una patrulla de policía. Antes de conseguir salir, un gemido me detiene frente a la puerta. Giro lentamente cabeza porque mi cerebro ya intuye lo que va a ver. Es increíble. Sin darme tiempo a marcharme, Javier se ha bajado los pantalones, le ha subido el vestido a Stela y se la está follando contra la mesa. Y la muy zorra no deja de mirarme.

—No nos has dicho quién ha ganado la apuesta —jadea con el brillo de la

maldad en su mirada.

Salgo de la oficina con prisa, ante el temor de que mi mente lujuriosa decida quedarse a mirar, pero hace que me detenga al otro lado de la puerta a escuchar.

No sin esfuerzo, esta vez, consigo controlar mis impulsos y escapo de allí, casi deseosa de que me detengan con tal de huir de su influjo.

Dos agentes me esperan en la puerta y me invitan a acompañarles. No opongo resistencia. Me llevan a dependencias policiales y quedo encerrada a la espera de que el juez dictamine si me pone una fianza antes del juicio.

Entre las tres paredes y la verja de mi pequeña celda transcurren dos días hasta que un agente viene a buscarme. El juez ha fijado la fianza y alguien la ha pagado. En cuanto me devuelven mis pertenencias, mi teléfono móvil empieza a sonar.

—¿Gema? ¿Estás bien?

—Perfectamente —respondo—. ¿Te ha dado tiempo?

—¡Sí! Todo ha salido como planeamos.

Encamino mis pasos hacia la casa de Javier y Stela. El portero de su edificio me retiene en la entrada. Me dice que los inquilinos no quieren que se les moleste. Cuando le digo que Stela y Javier estarán deseosos de recibirme, se decide a ponerse en contacto a regañadientes.

Subo en el ascensor cuando el portero me da su permiso. Por la cara que ha puesto, mi visita es toda una sorpresa para ellos. Cuando salgo del ascensor, ambos me esperan en la puerta con aire de suficiencia.

—¡Qué alegría volver a verte! —exclama Stela—. Nuestro abogado estará encantado de saber que sigues acosándonos.

—Creo que vuestro abogado va a tener otras cosas de las que preocuparse —replico sin dejar de acercarme—. ¿Puedo pasar?

Desconcertada, Stela me hace un gesto para que entre en la vivienda. Javier me mira con recelo y Stela cierra la puerta a mi espalda.

—¿De qué va a tener que preocuparse? —pregunta Javier cuando Stela se coloca a su lado.

—Hace dos días, en tu despacho, os dije que parecía que os habíais vuelto a salir con la vuestra, pero no os fijasteis en el pequeño matiz de mis palabras.

—¿Cómo? —inquire Stela, desconcertada—. ¿Qué quieres decir?

—Que dije PA-RE-CE —respondo, remarcando esa última palabra— que pensáis que os habéis salido con la vuestra, o al menos he conseguido que parezca que os habéis salido con la vuestra, cuando en realidad no es así. Hace dos años cometisteis un error y ese error lo vais a terminar pagando caro.

—¿A qué error te refieres? —reacciona Javier con el mismo gesto de incredulidad que tenía en la cara el Secretario General del partido de la oposición, hace dos años, cuando desvelé el secreto de sus relaciones extramatrimoniales. No cree haber cometido ningún error, piensa que me estoy lanzando un último farol a la desesperada, pero he sembrado la duda en él.

—No le hagas caso, Javier —dice Stela—. Hace dos años no cometimos ningún error, lo planeamos todo al milímetro y salió todo como esperábamos. Acabamos con su carrera y hundimos su credibilidad ante la imagen pública. No hubo ningún error. Y esta vez, tampoco hemos cometido ninguno. Mírala, no tiene nada y nosotros hemos vuelto a conseguirlo todo. En unos días la meterán en la cárcel por allanamiento y tú serás elegido Secretario General.

—Claro que hubo un error, Stela. Uno enorme. Vuestro plan fue tan perfecto, tan bien calculado, que me dejasteis hundida, sin nada que perder, y ese fue el vuestro. En cambio, vosotros podéis perder mucho. No hay peor enemigo que alguien que, haga lo que haga, no puede perder. Me saliera bien o mal, desde el principio, no podía perder nada porque nada me dejasteis. Ni siquiera la libertad la considero una pérdida. Ya vivo esclava en mi casa sin mayor objetivo en la vida que sobrevivir.

—¡Y sin nada sigues! ¡Porque no has podido terminar con mi carrera, porque no has podido separarnos y encima nos has ayudado a descubrir quiénes eran mis enemigos dentro del partido y a alcanzar nuestros planes de acortar los plazos para llegar a la secretaría general! —estalla Javier, levantando la voz—. Ahora soy la imagen de la regeneración dentro del partido, quien ha sacado a la luz a los corruptos, el que comandará una nueva etapa.

Las soflamas políticas de Javier cada vez me hacen más gracia. Hasta me cuesta controlar la risa oyéndole hablar de regeneración o de alcanzar la cima del partido. Intento mantener mi compostura para seguir hablando.

—Rectifico: algo sí me dejasteis hace dos años, algo con valor. No de ese valor material que a vosotros tanto os gusta, sino un valor educativo. Me dejasteis una enseñanza. Algo que se quedó en mi cabeza grabado a fuego. Para engañar a alguien, hay que actuar como un buen mago. Centrar la atención del espectador en un lugar y, mientras tanto, hacer el truco en otra parte. Todo este show de encuentros y desencuentros, de ofertas y de favores, no ha sido más que la distracción que os ha mantenido ocupados mientras yo hacía mi truco de magia. Eso es algo que me enseñaste tú —digo, señalando a Stela—. Y me lo enseñaste tan bien que ni siquiera lo has visto venir.

—¿De qué truco hablas? —pregunta Stela, ahora con el mismo gesto de incredulidad y nerviosismo que Javier en la cara.

—Voy a contaros algo: después de escucharos hablar con el ego tan subido, dejadme ambientar el momento. Hace dos años, me dejasteis tan hundida que durante todo este tiempo no he sido capaz de levantarme. Después del escándalo, una cara tan conocida como la mía no era bien recibida en ningún medio de comunicación y tuve que dejar mi trabajo y sobrevivir como pude. Si tu hermano hubiera cejado en su empeño por encontrarme, seguramente, os habríais salido con la vuestra y os habrías librado de mí para siempre. Pero Roberto no se rindió y me buscó durante dos años hasta que dio conmigo.

»Cuando Roberto me contó lo que ocurrió con tus padres, un interruptor se encendió en mi cabeza. Yo siempre he sido una mujer de palabra, algo que los políticos desconocéis su significado, y hace dos años le di mi palabra a Stela de que nuestra historia todavía no había terminado. Tenía que cumplir mi promesa, pero no llevada por la ira y la sed de venganza como entonces. En esta ocasión, lo haría bien.

»¿Te acuerdas de que hace unos días te dije en tu casa que te envidiaba porque siempre conseguías lo que querías? —le recuerdo a Stela con una sonrisa cada vez más amplia dibujada en mis labios, disfrutando de su desconcierto.

—Sí, me acuerdo.

—Pues yo recuerdo que hace dos años, cuando estaba abatida y los ecos de mis gemidos todavía resonaban en la sala, dijiste que, si algo habías echado en falta en tu plan, era un encuentro personal entre tú y yo. En aquel momento, si no me hubiera sentido abatida, humillada y hundida, hubiera podido matarte en un ataque de odio. Pero te seré sincera: yo también lo eché en falta.

»Visto con calma, con el paso del tiempo, pensé que, ya que os habíais salido con la vuestra, no hubiera estado mal, al menos, haber disfrutado de ese encuentro. Eres una zorra, pero no puedo negar que una zorra sumamente atractiva e interesante. Durante todo vuestro maléfico plan de hace dos años yo me sentí cada vez más atraída por ti. Nuestro primer beso en el cuarto de baño que me dejó descolocada, aquel hormigueo por todo mi cuerpo cuando me pediste que me desnudara. La cena en tu casa rodeada de gente mirándome desnuda, las sensaciones vividas tumbada sobre la mesa de tu salón, aquella frustración de no llegar al orgasmo contigo antes de que me echaras, hacerlo frente a un ordenador excitada solo por tus palabras. Todas esas sensaciones también se quedaron grabadas en mi cabeza. Fueron sentimientos reales.

»Nunca pensé que pudiera sentirme tan atraída por una mujer. Había tenido alguna fantasía lésbica, incluso en esa etapa de nuestras vidas en las que se nos revolucionan las hormonas me había besado con una amiga, pero nunca había sentido ese deseo de dejarme arrastrar por los instintos más primarios hasta que te conocí, así que en mi plan no podía faltar nuestro encuentro personal mientras te hundía la vida. Era mi prueba final. Demostrarme que yo también era capaz de conseguir aquello que me propusiera, por difícil que pudiera parecer. En este caso, la alumna ha superado a la maestra. Yo sí he conseguido todo lo que quería.

—¡Pero no has conseguido nada! —exclama Stela—. Bueno, ese encuentro sexual conmigo, algo que yo también tenía pendiente, pero nada más. Javier va a alcanzar sus metas en política y yo voy a alcanzar mis metas en los negocios. Tú, en cambio, no tienes nada.

—Me sorprende que a veces seas tan inocente. Al final, va a resultar que Teresa tiene razón y que no te has conseguido alejar tanto de la Lucía Gómez de la que se reían en el colegio —declaro, disfrutando de cada palabra que sale de mi boca como si fueran onzas de chocolate negro. Stela cambia su gesto al volverle a mencionar a aquella niña asustadiza y a la profesora que la

sacó del capullo de gusano—. Yo lo tengo todo. Y lo tengo desde mucho antes de que tú siquiera me hayas visto acercarme. Como te digo, todo esto solo ha sido el adorno del mago que mantiene la atención del público.

»Ahora tengo la carrera de Javier en mis manos y voy a hundir la tuya como empresaria. Bueno, esto último en realidad lo lleva haciendo hace unos días Marisa Jubero. Seguro que su nombre te suena.

—¿Qué cojones pinta en todo esto Marisa? —inquire Stela, a la vez que da un paso amenazante hacia mí.

—Me siento como Hércules Poirot en las novelas de Agatha Christie, cuando se coloca delante de los sospechosos a desvelar cómo ha descubierto al asesino. ¡Es muy emocionante! —celebro, frotándome las manos—. Cuando inicié el plan de hundiros, ella fue la segunda persona con la que me puse en contacto, la primera fue Roberto, claro está —confieso, mirando a Javier—. Era la persona más interesada en hundir tu carrera profesional, lo que la convertía en una perfecta aliada. Me confesó que había mucha gente interesada en terminar contigo, pero muy poca con el valor suficiente para hacerlo. Y ahí es donde toma relevancia vuestro error de hace dos años. Toda esa gente dispuesta a hundirte no era capaz de enfrentarse a ti porque todos tienen algo importante que perder: dinero, negocios, familia... Yo, en cambio, no tengo nada, no me dejaste nada, y por eso Marisa encontró en mí a su mejor aliada. Yo sí estaba dispuesta a plantarte cara. En realidad, terminar con tus negocios fue muy sencillo. Lo hice incluso antes de encontrarme con vosotros en el bar.

—Mis negocios marchan estupendamente —replica Stela.

—Para que pensaras eso, necesitaba el resto del montaje. Mantenerte ocupada para que no prestaras atención a tus empresas. Lo primero fue darte una opción para acabar con la credibilidad de Roberto sin hacerle daño. Él me habló de vuestras intenciones de silenciarlo y yo pude escuchar una conversación entre vosotros en la que estabas dispuesta a tomar medidas más drásticas que lo que habías hecho conmigo, así que lo primero que hice fue poner a Roberto a salvo. Toda la escenita del bar estaba planeada para que pasara unos días en las dependencias policiales y alejarle así de tus sucias manos. Verte ocupada inventando noticias para la prensa sobre su turbia vida, intentando terminar con su credibilidad, me ha resultado divertido. Claro que la credibilidad de

Roberto nunca ha sido su punto más fuerte. Si no, hace tiempo que hubiera ido a la prensa con la historia del accidente. Para mantenerte más ocupada, urdí la historia con Victoria Asensio y tu encuentro personal conmigo. Es de valorar tu capacidad de concentración cuando quieres hundirle la vida a alguien. Pones todas tus fuerzas, todos tus pensamientos y retorcidas ideas en elaborar un plan brillante. Tenías que fingir tu interés mientras planeabas cómo aprovecharte de ello. Mostrarte de una manera en nuestras reuniones, mientras ideabas tus planes a mis espaldas, también te mantuvo alejada de tus negocios. Sabía que no te ibas a conformar con acabar conmigo, ibas a poner todo tu empeño en terminar con Victoria Asensio. Una vez más, has estado magistral en ese aspecto. La pobre no lo ha visto venir. Y pensar que se creía que, con mi plan, la más beneficiada iba a ser ella, ya que, una vez levantada la alfombra de Javier, iba a retomar el poder que le habían arrebatado dentro del partido... Otra trepa corrupta que se ha llevado su merecido. Mientras tanto, Marisa hacía buen uso de la información que habíamos conseguido.

—¿Qué información? —Quiere saber Stela, con una mirada de odio y furia que me acobarda y agrada a partes iguales.

—¿Te acuerdas de Ángel? El atractivo informático que disfrutaba de tus fiestas personales y al que en tan buena estima tienes por ser conocedor de los secretos de mucha gente..., ¿lo recuerdas?

—Claro que me acuerdo de Ángel, pero dudo que él te haya dado ninguna información sobre mí. Hablé con él antes de venir a Madrid. Me habló de tu presencia en su casa y de tus intenciones. Ángel jamás me traicionaría. Se aprovechó de ti como hizo hace dos años.

—Bueno, el pobre pensó que lo que yo quería era información sobre tu pasado. Saber más sobre el origen de Stela, conocer a Lucía Gómez. Imaginaba que no iba a ser ningún problema para vosotros dármele porque estabais seguros de que no iba a sacar nada útil de ella. Al fin y al cabo, Lucía Gómez desapareció mucho antes de que Stela Miró fuera conocida. Y salvo tener el gusto de conocer a tu profesora Teresa y a tu excompañero de clase Antonio, la verdad es que esa información no podía hacerte ningún daño. Ángel, a cambio, conseguía un valioso archivo descriptador del antivirus más famoso y que más empresas utilizan. El programa creado por Infortec.

—¿Marisa te dio la puerta trasera de su programa informático para que se lo dieras a Ángel a cambio de una información inocua sobre mi pasado? ¡Qué estupidez!

—Conocí a Teresa, que estuvo dispuesta a hacer su papel en la oficina de Javier. Sabía que él te hablaría de ese encuentro de alguna manera y que eso te haría centrarte más en tu plan de acabar conmigo. No te gusta que se metan en tus cosas sin tu permiso y que devolviera a tu vida a la persona que conoce tus debilidades sabía que te iba a revolver por dentro. Pero, lo verdaderamente interesante de ofrecer la puerta trasera del programa a Ángel es que, en cuanto instaló el programa en su ordenador y comenzó a piratear ordenadores para obtener información que le resultara útil, Marisa obtuvo acceso instantáneo a toda su información con un virus tan sofisticado que ni el propio Ángel ha podido descubrir. Y tú y yo sabemos que guardaba muchos de tus secretos, ¿verdad, Stela? Marisa Jubero los tiene en su poder hace días y está sacándoles provecho. Mi primera idea era descubrir esos oscuros secretos y utilizarlos en tu contra, pero el devenir de los acontecimientos me ha ofrecido una opción más interesante. ¿Qué tal va el proceso de ampliación de capital? ¿Te ha dado tiempo a comprar alguna acción para no descapitalizar tu posición en la junta? —pregunto con una sonrisa tan malévola en mi cara que haría sombra a cualquiera de Stela.

Ella no dice nada. Saca su teléfono del bolso y marca un número de manera nerviosa. Sale del salón, esperando que al otro lado la contesten. Empiezo a entender la reacción de Javier y Stela en su oficina. Esta sensación de poder resulta muy excitante.

—Ahora vamos contigo, Javier. También tenía que distraerte para terminar contigo. Al principio, pensé que las fotografías de las que me habló Roberto del día de la muerte de tus padres serían la mejor manera de terminar con tu carrera. Un escándalo semejante arruinaría tu imagen pública, pero enseguida me di cuenta de que no era la mejor opción. Las fotografías han sido tu espada de Damocles durante toda tu carrera. Has pagado durante años a tu hermano por su silencio. Siempre las has tenido presentes y sabías que, tarde o temprano, ibas a tener que deshacerte de ellas si querías alcanzar la cima del partido. Mientras alguien supiera de su existencia, siempre te tendría bajo su control. Así que descarté las fotografías porque era muy difícil atraparte con

algo que tenías siempre presente. Tenía que encontrar una puerta trasera.

»Que descubrieras el micrófono colocado por tu hermano en tu solapa y decirte que me había hablado de ellas, hizo que centraras tu foco de atención en esas fotografías y documentos y dejaras descuidada tu espalda. Como tú bien has dicho, en la política siempre hay que tenerla vigilada porque siempre hay alguien dispuesto a acuchillarte por detrás. En tu caso, son varias las personas dispuestas. Una de ellas era Victoria Asensio, otra era el Secretario General. Una te odia con toda su alma, el otro te soportaba porque te tenía agarrado por los huevos. Dejar que descubrieras la propuesta de Victoria a Stela y recordarte una y otra vez que debías librarte del Secretario General logró que centraras tus esfuerzos en ellos dos y dejaras descubierta tu retaguardia. Y al hacerlo, ha sido mucho más fácil darte por el culo. —Me río. La frase me ha resultado ingeniosa cuando la he pronunciado—. Pero hay otra persona, la que menos esperabas, dispuesta a acabar contigo dentro del partido. Un mísero secretario llamado Antonio Luque, a quien ni siquiera tienes el gusto de conocer, pero al que tu amada esposa arruinó la vida hace años en su ciudad natal. La vida a veces es un pañuelo y terminas encontrándote con tu pasado donde menos te lo esperas. Stela arruinó la carrera profesional de Antonio porque él le rompió el corazón y la humilló de pequeña en la escuela y, sin poder encontrar trabajo, Antonio acabó de secretario en un partido político. Tu partido político.

»Y me puse a pensar. Alguien que lleva toda su vida escalando en política y sin escrúpulos, como es tu caso, ¿cuántos secretos comprometedores tendrá a sus espaldas, además de las fotografías del accidente de sus padres?

El gesto de Javier se convierte en una mueca de dolor, como si le hubiera clavado una puñalada entre las costillas.

—A esa misma conclusión llegué yo. No necesitaba un escándalo mayúsculo, como las fotografías de un siniestro familiar, para terminar con tu carrera. Me valían decenas, cientos de pequeños trapicheos, negocios o intercambio de favores, en los que te hayas visto involucrado a lo largo de estos años para socavar tu imagen pública para siempre y terminar con tus deseos de alcanzar las cotas más altas de poder. Me acordé de Al Capone quien, tras muchos años ganando dinero de forma ilegal con el tráfico de alcohol durante la Ley seca y con otros negocios fuera de la ley, cayó por evadir impuestos. No te vas a

creer todo lo que he encontrado de ti.

—No estás hablando en serio... —balbucea Javier, a la vez que se lleva la mano al pecho como si de verdad estuviera sintiendo el dolor de la puñalada.

Desde el pasillo, se oyen los gritos de una Stela que vocifera a su interlocutor al otro lado de la línea. Parece que las informaciones que le están dando no le hacen ninguna gracia. Un nuevo escalofrío de sensaciones placenteras me recorre la espalda.

—Pues claro que estoy hablando en serio, Javier —declaro, esbozando una amplia sonrisa—. Me hundiste la vida y yo voy a hundir la tuya. Está claro que, desde que te relacionas con malas influencias, te has vuelto un chico malo. He encontrado cosas de la época en la que estábamos juntos, cosas que yo justificaba en su momento por amor. Los abrigo, zapatos, bolsos que me regalabas no salían de tu bolsillo, pero te justificaba como ciega esposa. Todo ese dinero salía de fondos públicos que desviabas a tus campañas. Pero desde que estás con Stela, además del desvío de fondos públicos, también hay delitos de falsedad documental, cobro de comisiones en dinero negro, apropiación indebida, blanqueo de capitales, cohecho, malversación de fondos, tráfico de influencias y un largo etcétera con el que no te quiero aburrir, porque seguro que eres conocedor de todos ellos. Con todo esto, tu relación con el accidente de tus padres es solo un cotilleo para la prensa del corazón. No solo voy a acabar con tu carrera política, sino que vas a terminar en la cárcel.

—¡No te atreverás a usarlo contra mí! —grita Javier, se abalanza sobre mí y me agarra del cuello de mi chaqueta.

—Por supuesto que no me atreveré, Javier. Ya me he atrevido. Exactamente, quince minutos antes de entrar a esta reunión «familiar». En estos momentos, varios agentes de la policía deben estar cursando una orden de detención contra ti. Por supuesto, en todos estos delitos no estás solo, el Secretario General del partido caerá contigo y dejará asustados a varios miembros más, incluida Victoria Asensio, otra rata de cloaca solo preocupada por alcanzar cotas de poder. Otra buitre carroñera dispuesta a alimentarse de los cadáveres que va dejando por el camino. Hacerle creer que quería acabar contigo y beneficiarla fue tan sencillo... Sois todos productos de la misma mierda.

Salvo Antonio Luque, nadie dentro del partido merece mi compasión. Gracias a su colaboración, ahora podrá trabajar en aquello para lo que había estudiado en una de las empresas de Marisa. Como ves, un plan perfecto. El partido hundido, Stela hundida y tú hundido, todos en la misma mierda de la que nunca debisteis salir. Y ahora, haz el favor de soltarme, si no quieres que añada a tu larga lista de delitos el de agresión.

—El partido tiene tentáculos en todas partes. Está en el ámbito judicial. No podrás acabar con él.

—Lo sé, Javier. Deja de pensar que soy tan ingenua. El partido moverá sus hilos, pero necesitará un par de cabezas de turco para limpiar su reputación. Te dije que estaba a punto de caer un montón de mierda y que, harías bien en evitar que te cayera encima. No vas a poder evitarlo. El partido saldrá adelante, pero el Secretario, Victoria y tú vais a terminar de mierda hasta las orejas.

—Stela me ayudará a salir de esta —replica Javier y me suelta la chaqueta. Su voz suena a plegaria en lugar de a convicción—. Ella siempre tiene un plan brillante.

—Stela bastante tendrá con solucionar su problema. Es probable que tenga que volver a recuperar su antiguo nombre con lo dañada que va a quedar su imagen. De ti no puedo decir que pases muchos años en la cárcel, todos sabemos cómo funciona la justicia en este país, manipulada siempre por el ejecutivo colocando a los jueces que más les interesa a dedo, pero lo que sí es seguro es que no vas a poder ejercer ningún cargo público en lo que te queda de vida. En cuanto Stela descubra que ya no puede sacar nada útil de ti te dejará tirado en una cuneta como a un perro abandonado cuando llega el verano. Y ahora, con tu permiso, tengo que sacar a tu hermano del calabozo, no vaya a ser que coincida con vosotros dos allí.

Salgo del salón y me cruzo con Stela en el pasillo donde sigue gesticulando y vociferando.

—¿Va todo bien? —pregunto, sonriendo con malicia.

—¡Putá! —espeta al verme pasar.

Me río al comprobar que es la vez que más placer me produce oír salir esa palabra de su boca. Creo que hasta me produce un microorgasmo. Esta vez me la he ganado a pulso.

—¡Ah! Que no se me olvide. La apuesta con Javier... la ganaste tú —sentencio sonriendo, camino del ascensor.

Cuando Stela trasladó las oficinas centrales de sus empresas a Madrid, tuvo que iniciar para ello una ampliación de capital. Se lo escuché decir durante el primer desayuno. Necesitaba más dinero para llevarlo a cabo, sacar a la venta nuevas acciones de sus empresas para sufragar el coste del traslado. Tenerla ocupada con sus maquinaciones contra Roberto, contra Victoria Asensio, contra el Secretario General y contra mí le hizo olvidarse de un detalle importante. Al sacar nuevas acciones a la venta, su porcentaje de acciones en las empresas se vería reducido. Para mantener el mismo porcentaje, tenía que comprar parte de esas nuevas acciones. Al no hacerlo, había dejado de tener la mayoría del accionariado en su poder. De reunir el número de acciones suficientes se había ido encargando Marisa en la sombra. Con su nuevo paquete de acciones y las informaciones comprometedoras de Stela, había convencido al resto del consejo para que se unieran a ella y apartarla de su puesto de presidenta. Le estaban dando la noticia por teléfono en ese momento. Marisa iba a recuperar la que había sido su primera empresa.

Mi idea inicial era terminar con su reputación, buscar alguna información comprometedora que dañara su imagen pública. Si era posible encontrar algún delito que le hiciera terminar entre rejas, mejor que mejor, pero, con las informaciones encontradas y con esa oportunidad a la vista, había conseguido algo mejor: que perdiera su empresa y yo había ganado una fuerte suma de dinero especulando en bolsa con sus acciones. Sabedora de que se iban a desplomar cuando se conociera la noticia, solo había tenido que comprar unos cuantos futuros a la baja, para multiplicar mis pequeños ahorros.

Con los papeles entregados a la policía y con lo que encontrarán en los registros de sus oficinas, tengo asegurado que van a estar un tiempo más preocupados por salir del lío en el que se han metido que por intentar vengarse de mí, aunque pasado un tiempo es probable que vuelvan a intentarlo. Ahora vuelvo a tener algo que perder y ellos son el enemigo que lo ha perdido todo.

En toda esta historia solo hay tres cosas que me faltan por hacer y la primera es sacar a Roberto del calabozo.

Tras pagar la fianza, espero a que suelten a Roberto. Cuando me ve, acude a abrazarme.

—¿Ha ido todo bien? —me interroga.

—Todo ha ido como esperábamos. Hemos acabado con la carrera de Javier y con la imagen de Stela, pero recuerda que, aunque ahora tienen menos poder, siguen siendo peligrosos. No creo que corras peligro durante un tiempo, pero deberías ir pensando en desaparecer, en buscar otro sitio donde vivir en el que nadie te encuentre. Te he hecho una transferencia con tu parte del dinero que hemos sacado con la compra-venta de acciones de las empresas de Stela. Con eso tendrás suficiente para vivir, sin excesos, pero cómodamente, el resto de tu vida.

—Querrás decir el resto de nuestra vida, porque me gustaría que te vinieras conmigo.

El cambio en mi gesto ya delata mi respuesta. A Roberto le muda la sonrisa en un gesto más serio.

—¿No vas a venir conmigo, Gema? —pregunta sin llegar a entender.

—Lo siento Roberto, pero no. Tengo otros planes.

—Creí que yo te gustaba, que había surgido entre nosotros esa llama, que me querías tanto como yo a ti, o al menos lo suficiente como para darme una oportunidad, que por fin había captado tu atención.

—Lo sé, y no te voy a negar que en un principio yo también sentí que empezaba a sentirme atraída por ti, pero, si de algo me he dado cuenta durante todo este tiempo, es de que me gustan los hombres, pero me atraen mucho más algunas mujeres. Te tengo mucho cariño, Roberto, y espero y deseo que todo te vaya muy bien. Espero que, de alguna manera, podamos mantener el contacto y seguir siendo amigos, pero... yo también me siento atraída por alguien, y no eres tú. Espero que lo entiendas.

Roberto no llega a entenderlo, pero respeta mi decisión. Sé que me quiere y que por encima de todo desea mi felicidad, aunque una pequeña parte de él desee que me vaya mal con esa otra persona y que corra de vuelta a sus brazos. Esa parte egoísta que todos tenemos que desea la felicidad de la persona amada, pero la desea a nuestro lado.

La segunda cosa que me queda por hacer es hablar con mi madre. Me voy unos días al pueblo a disfrutar a su lado de las noticias que llenan la prensa y los informativos. Juntas alzamos la cabeza orgullosas cuando paseamos por las calles, mientras a nuestro alrededor murmuran comentarios sobre la caída de Javier y lo mal que lo he tenido que pasar este tiempo. Ahora él es el culpable de todo, yo la víctima, y ya nadie nos mira con desprecio.

Pasados unos días, en toda esta historia ya solo me queda encontrar esa felicidad al lado de la persona que ha captado mi atención y a la que espero conocer mejor, si me da la oportunidad. Pienso en coger el coche y en ir a su encuentro, pero los miedos al rechazo me hacen llamar primero por teléfono.

—Hola, Teresa, buenas tardes.

—Hola, Gema, qué sorpresa que me llames. Ya he visto en los informativos que te ha salido todo como esperabas.

—Sí, todo ha ido estupendamente.

—¿Y para qué me llamas? ¿Puedo ayudarte en algo más?

—Yo diría que sí. ¿Te acuerdas de que me dijiste que lo más importante en la vida no era mi venganza, sino que consiguiera ser feliz?

—Claro que me acuerdo. ¿Lo eres?

—Voy a intentarlo. Ya te dije que me era difícil ser feliz estando sola... ¿Me dejas invitarte a tomar un café? Puedo ir a tu pueblo, si quieres...

—Claro, ¿necesitas algo?

—Un beso y un abrazo. Sobre todo, un beso... —declaro, dejando la insinuación en el aire, esperando no haberme lanzado a la piscina sin que esta

tenga agua.

—¿A qué hora crees que te daría tiempo a llegar?

—Para cuando termines tus clases podría haber llegado, si me doy prisa.

—No corras innecesariamente, no vayamos a tener un disgusto. Si no llegas para el café y tienes que invitarme a cenar, tampoco pasa nada. ¿De acuerdo?

—responde Teresa con su voz más cantarina.

Ahora que los problemas económicos han quedado apartados, ahora que gracias a Marisa tengo el dinero suficiente para vivir sin preocupaciones, espero que Teresa se anime a dejar atrás su vida y acompañarme en la mía, aunque sea en un país distinto y alejadas de las posibles influencias e intentos de venganza de Stela y Javier. Ha llegado el momento de dejar atrás mi pasado y enfrentarme a un nuevo futuro, aunque ahora que he descubierto lo que me excita ser observada y observar, nunca se sabe lo que me puede deparar la vida...

AGRADECIMIENTOS

Cuando comencé a escribir esta historia mi intención era escribir solo una novela. Después el personaje de Stela Miró se me reveló y se negó a salir derrotada en la primera parte. Es por eso que decidí escribirla en dos partes.

No hubiera sido posible, aún así, sin el apoyo de las lectoras que valoraron de manera positiva mi trabajo en esa primera parte de la novela. Espero y deseo que salgan igual de satisfechas con esta segunda parte.

He aprendido muchas cosas en este espacio de tiempo y podréis comprobar que el formato de la novela es diferente. Es porque he dejado atrás mi colaboración con Circulo Rojo y me he lanzado a la aventura de autopublicar esta segunda, y última, entrega.

Gracias a todas por apoyarme en esta aventura.

Con todo mi cariño;

Alex A. Moresti

Ponte en contacto conmigo en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

Y si te gusta el libro no olvides dejar tu reseña en Amazon o en Goodreads.

Para nosotros, autores independientes, es muy importante.

Gracias

OTRAS PUBLICACIONES

TEJIDO DE FAVORES-EL SABOR DEL PODER



Primera parte

Mi nombre es Gema Romero. Creía estar en el mejor momento de mi vida. Disfrutaba de los éxitos que, en las facetas laboral y sentimental, había logrado. Todo parecía irme bien hasta que mi esposo, Javier Márquez, fue elegido como candidato a la alcaldía.

Las ausencias de mi marido empezaron a ser habituales. Una tarde, cenando con una amiga, lo descubrí entrando en un motel a escondidas. No llevaba nuestro anillo de compromiso, Aunque en un principio me negué a creerlo, estaba segura de que era él.

Guiada por mi instinto periodístico comencé a investigar y descubrí que estaba viviendo una mentira. Herida en mi orgullo he decidido vengarme.